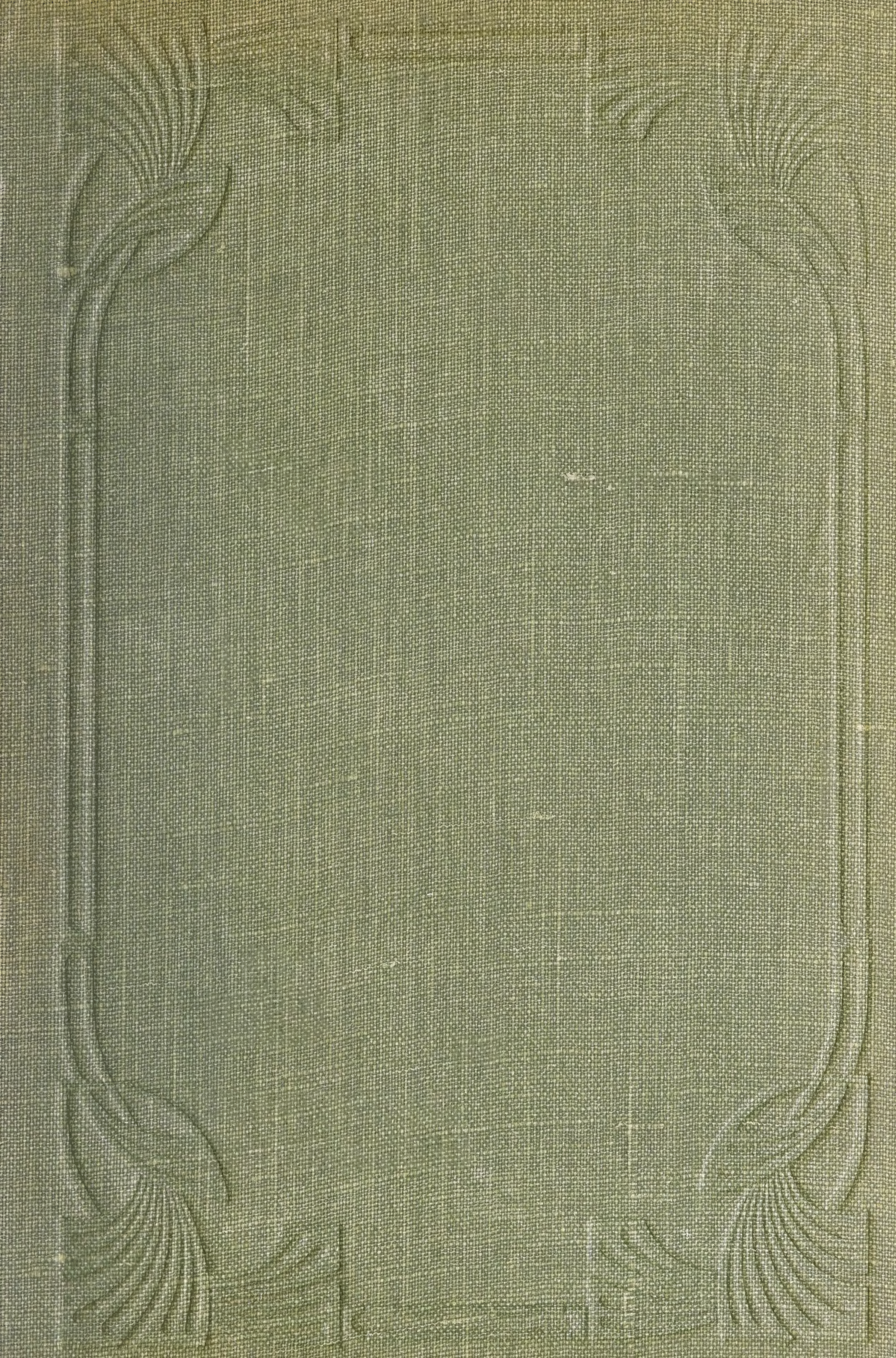




AGENCIA MUNDIAL
DE LIBRERÍA
PARIS

GREGUERÍAS ESCOGIDAS

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

GREGUERÍAS ESCOGIDAS



AGENCIA MUNDIAL DE LIBRERÍA
PARÍS / MADRID / LISBOA

ADVERTENCIAS

DESMORALIZO a mi alma, tranquila y repanchingada, flaqueando al dar explicaciones sobre lo que es como la propia alma que sentimos mórbida, cuajada, mortal y deseosa en el fondo de nosotros; pero, sin embargo, necesitaban cierto encabezamiento mis sencillas GREGUERÍAS.

Ante todo, yo necesito recabar mi condición de iniciador, porque en este país en que se entierra en secreto a los precursores, en que no hay críticos y todo es rebatiña, es uno mismo el que ha de escribir las fechas de sus rebeldías.

Desde el 1910 me dedico a la Greguería, porque la Greguería me tiene convencido por cómo nació aquel día de escepticismo y cansancio en que cogí todos los ingredientes de mi laboratorio, todos, frasco por frasco, y los mezclé, surgiendo de su precipitación, de su depuración, de su disolu-

ción radical, la Greguería. Desde entonces la Greguería es para mí la flor de todo, lo que queda, lo que vive, lo que surge entre el descreimiento, la acidez y la corrosión, lo que lo resiste todo. La Greguería ha sido perseguida, denigrada, y yo he llorado y reído por eso entremezcladamente, porque eso me ha dado pena y me ha hecho gracia.

Las cosas apelmazadas y trascendentales deben desaparecer, comprendida entre ellas la Máxima, dura como una piedra, dura como los antiguos rencores contra la vida; a la Máxima es a lo que menos se quiere parecer la Greguería.

Hay que dar una breve periodicidad a la vida, hay que darla su instantaneidad, su simple autenticidad, y esa fórmula espiritual, que tranquiliza, que atempera, que deja tan frescos, que cumple una necesidad respiratoria y gozosa del espíritu es la Greguería, y esas otras especies de Greguerías que también propagué hace tiempo—siempre antes que otras cosas parecidas de los otros—, los «Momentos», las «Miradas», los «Parecidos» y las «Mentiras». Todo eso ha esparcido después su disolvencia por toda la literatura, y ha roto, ha roturado, ha dividido las prosas, ha abierto agujeros en ellas, las ha dado un ritmo más libre,

más leve, más estrambótico, porque el pensamiento del hombre es, ante todo, en la creación una cosa estrambótica, y eso es lo que hay que cargar de razón y de sinrazón.

Muchos, después, con hipócrita deslealtad y con oscura ingratitud, han cultivado este género, pero todos de un modo brillante, haciendo bajas concesiones, como cronistas de salones, venenosa y acibaradamente cursis, llenos de todos los tópicos de la galantería más fácil, entregados a la suplantación vergonzosa y llenos de vanos alardes, entre los que ha descollado el alarde de juventud, aunque en el fondo eran anticuados y ramplones. ¡Cuánto he sufrido viendo que los enemigos solapados y primeros de este género lo realizaban y lo explotaban! ¡Pobres Greguerías, pobres suspiros tiernos y sinceros, acursilados o dichos de modo *desagradable* o con una intención *desagradable* o recargada!

II

Sin embargo, con paciencia, yo he sonreído en medio de mis sufrimientos, diciéndome: «Menudo tío soy», fumando mi pipa, abriendo el ojo derecho y entornando el

izquierdo en la reflexión, abriendo los dos en la iluminación, la frente diáfana, esperando, hasta que me ha llegado la hora.

¡Qué difícil es trabajar para no hacer, trabajar para que todo resulte muy deshecho, un poco bien deshecho!

Trabajar de ese modo es la única manera de ser leales, de dejar intersticios, porque esos intersticios es lo más que podemos conseguir. Esto se puede discutir como se quiera. A mí nada me importa. Algún día se verá que sólo desajustando, sólo tratándolo todo por la disconformidad se ha portado uno un poco bien. Algún día se verá que es lo único que se puede hacer, lo único que se debe hacer. Lo otro es amontonar dolores, materialidades mucho más duras de lo que es la materialidad jamás, pedruzcos insolubles, graves sombras, graves pegajosidades, algo ingrato como no pudo sospecharse frente a su apariencia amena de cosa literaria.

La prosa debe tener más agujeros que ninguna criba, y las ideas también. Nada de hacer construcciones de mazacote, ni de piedra, ni del terrible granito que se usaba antes en toda construcción literaria. Hay que romper las empalizadas espesas.

Todo debe tener en los libros un tono

arrancado, desgarrado, truncado, destejido. Hay que hacerlo todo como dejándose caer, como destrenzando todos los tendones y los nervios, como despeñándose.

Lo inesperado, la suerte bien echada, sólo estará barajándolo bien todo, dejándonos barajar con todo y *cortando* por cualquier parte. Sólo haciendo esto con verdadera limpieza jugaremos limpio, seremos honrados en el juego.

Siempre debemos de tener el temor de acertar la idea completamente, o sea tropezar con ese fenómeno del acierto. Comprendamos bien esa descomposición y esa soltura del ambiente y del aire libre, y dejémosla vagar por nuestras páginas.

El hombre no quiere convencerse de que vive al margen de la creación. Se ha dado tanta importancia, que quiere conservarse y hacer cosas ¡supremas! Así resulta cogido al final y martirizado por esa idea viciosa de la importancia. Vivimos al margen. Sólo lo que sirve para que la gravitación universal exista, puede considerarse con deberes. Lo demás vive al margen, de cualquier modo vive al margen.

Resolver una cosa por el ingenio o por la estética es falsearla. Deben resolverse las cosas como no resolviéndose, saliendo al

vacío de vez en cuando, dejando entrever las grandes plazoletas de silencio, de olvido, de tontería, de incongruencia, de luz demasiado blanca, de espacios increados.

III

Todo depende de mi expresión, de que os miro como muerto que ve a los muertos, y en ese extremo, ya estamos amistadísimos. Este es el gran afecto que puede garantizar algo las confidencias.

Yo sé —¡valiente cosa! ¡¡pero qué cosa!!—que todo va a enfriarse. Se va a enfriar todo, y con todo se quedará yerto el espíritu de todo libro. ¡Pobres libros en una tierra definitivamente muerta, yerta y deshabitada! Y el libro no se leerá entonces a sí mismo. Definitivamente se habrá *desleído*. En vista de eso no conviene engañar en los libros, ni líricamente ni prosaicamente. Hay que hacer una cosa preparatoria de la conciencia deshecha y tranquila. Hay que dar una facilidad de escape, de trasfusión y de trasmigración de la vida.

El que los otros quieran contener, reprimir y angostar esto, es lo que nos hace unos huídos, y por eso buscamos las calles sin balcones impertinentes, esas calles de

balcones cerrados por las que sabemos componer todos los itinerarios.

Yo vivo en un eterno ocaso de muerto. Será lo más largo en mí. ¿Por qué vivir lo que es sólo excepción? Así se hace el espíritu insensato. Yo miro el mundo a través de un cristal de hornacina de pared. (Yo quiero ser enterrado en la pared). Yo huelo las flores, por ejemplo, como muerto. Y sin embargo, estoy vivo aún, y sólo por esto se me puede oír y puedo ir de un lado a otro.

Yo me siento morir alegremente, y así me preocupo y me fijo en las cosas. Este sentirme morir sin temores ni ideales de lucro inmortal, este sencillo sentirme morir es lo que da esa desvergüenza, esa corrupción y ese plante a mis cosas, eso es lo que las desenlaza y las quita gravedad.

IV

Todos los escritores adolecen de que no quieren descomponer las cosas, y no se atreven a descomponerse ellos mismos, y eso es lo que les hace timoratos, cerrados, áridos y despreciables.

«Tened el valor de equivocaros», ha dicho Hégel.

Yo me he permitido el desorden, la descomposición, el barroquismo sincero, y esto desde hace años, es decir, mucho antes de que fuese todo un poco barroco, ¡un poco barroco! ¡Qué cantidad de cuquería hay en eso de que sólo lo sea «un poco», y qué pecado mayor que el de que no lo fuese nada!

V

Yo soy el idólatra, y mis pequeñas y numerosas oraciones son las Greguerías. Yo soy un idólatra que tiene dioses como ésos que pasan por el Evangelio de Buda, como Suddhodama o Arroz-Puro.

Debemos hablar por todo y consagrarlo así rotundamente.

No vale ni acertar desde la primera palabra a la última; basta acertar o equivocar de un modo extremo una palabra central. No hay que esperar a la inspiración, hay que ser raudos sobre todo, raudos, decididos y desprendidos.

Afirmar lo que de trivial hay en el hombre es inducirle a no ser ni riguroso, ni desleal, ni malo, ni fanático, ni inconmovible para nada ni ante nada. Aceptar la trivialidad es hacerse transigente, comprensivo,

contentadizo. Nada más solucionador que la trivialidad hallada, cultivada, comprendida, asimilada, temeraria. No los principios abstractamente revolucionarios, sino la trivialidad admitida será lo que cree la libertad espiritual, resolviendo todos los problemas insolubles, que serán solubles, más que por la solución, por la franca disolución, por la incongruencia y las pequeñas constataciones que apenas parecen tener que ver con ellos.

VI

La Gueguería lo es todo en un libro. Leyendo los libros en voz alta hemos visto esto, porque sólo ha coincidido el interés de todos cuando hemos llegado a esa especie de Gueguería abortada que hay en los libros cuantiosos, esa única Greguería que es lo único que a lo más se esboza en ellos. ¡Pobres de ellos, que tienen que hinchar una Greguería, aunque el lector les alabe por eso, porque el lector se asusta y desconfía de lo demasiado, de lo variado y de lo numeroso!

Nuestra alma está hecha de Greguerías, y si se la pudiese observar al microscopio —alguna vez se podrá—, veríamos vivir, cir-

cular y vibrar en ella, como su única vida orgánica, un millón de Greguerías. Nada más sincero que la Greguería, y por eso vivimos más por las Greguerías que por las calorías. A más Greguerías, más vida; esta es la verdad profunda.

Así, este libro es como un específico, más que un libro; porque, como esos específicos que prometen cultivar en el organismo nuevos glóbulos rojos, éste promete algo así como unos glóbulos rojos y azules, y verdes y amarillos, y luminosos y rosas, y negros y blancos...

Y en este nuevo específico no entra mercurio, ni ningún elemento mineral, ni nada insoluble en el alma diáfana. Este nuevo específico previene, entre otras cosas, contra la vejez, a la que corrompen y amedrentan las entelequias y a la que hacen padecer los grandes conceptos rigurosos algo así como el mal de piedra, porque todo eso, todo lo duro y pesado se queda en la vejiga del alma.

La Greguería se ampara de la confusión que necesita—si no es que por excepción necesita una gran nitidez—, porque sólo para presentarse ante los examinadores se necesita llevar bien claras y aprendidas las mentiras.

Para sorprender el secreto a voces de las Greguerías hay que comenzar por revocar el alma según su bondad y su credulidad nativa. ¡Y esto es a veces tan difícil! Para entender las Greguerías, es decir, no para entenderlas en lo que aparentan, que eso es tan sencillo que despista, sino para entender cómo son una sorpresa, para ver que son, sin seriedad ninguna, algo dramático a la vez que regocijante, hay que arrepentirse y desmentir cada uno en sí mismo muchas cosas que muchos consideran que no merecen arrepentimiento ni rectificación, hay que no ser muy profesional de nada, hay que estar en posesión perfecta de un alma incólume, bien afondada en uno, burlona, llorona y solitaria.

Para oír, para leer, para ver las Greguerías, se necesita libertad de espíritu, es decir, no negar al espíritu su propia extensión, su vacío, su espontánea confusión, su tontería destilada, su independencia.

VII

La Greguería no es enteramente literaria, pero tampoco es enteramente vulgar y sediciente, no se sabe si se debiera vender en las cacharrerías o en las librerías,

no es primera visión de los objetos ni última, es algo así como el paso de las horas y de las ráfagas de las cosas a través del alma contemporánea, es el abandono de las cosas a una interpretación abandonada. La Greguería consiste en decir tanto las suspicacias como las certezas.

La Greguería no consiste más que en un matiz entre todos los matices, el matiz de un plural, de una palabrita —«oiga, que le voy a decir *una palabrita*»—, una virgulilla, una tilde, algo que podrá ser una incorrección, un ripio, una pifia, un balbuceo, una virguería rotunda, una piedrecita, un número, un desplante, un error.

La Greguería no significa casi nada como palabra, pues yo, más que nada, he escogido su nombre por lo eufónico que es y por secretos privados que hay en el sexo de esa palabra.

La Greguería resuelve las hinchazones con que todo se hinchaba.

La Greguería es silvestre, encontradiza, inencontrable.

La Greguería es la audacia y la timidez, es la «manera» sin amaneramiento, es la «manera» que no es más que la manera, y que por no ser no es ni la «cierta manera».

La Greguería es como esas flores de agua que vienen del Japón, y que siendo, como son, unos ardites, echadas en el agua se esponjan, se engrandecen, y se convierten en flores.

La Greguería resarce, consuela, es un refrigerio inesperado. Sacia como un cuscurro de pan entre planes y planes, o como un vaso de agua entre la sed falsa de los negocios o de las especulaciones incurables.

La Greguería, aunque en eso esté precisamente su corrupción, debe recoger cosas muy locales, muy pasajeras, muy efímeras, porque la corrupción es humana, y el arte humano debe gozar y perfeccionarse y descansar en ese *corrompimiento*.

La Greguería es el género que se debe escribir en los bancos públicos, en los pretiles de los puentes, en las mesas de los cafés, al ir solos en los simones lentos acompañando a los entierros, en las mesas de las cocinas, en los fogones, etc.

La Greguería no se encuentra a punto fijo o con seguridad en ninguna parte, pero de pronto se encuentra mirando esa escala de polvo que baja desde el sol hasta el suelo de la habitación y que forma el dejar sólo un intersticio de las contraventanas abierto bajo el sol de las siestas del vera-

no. ¡Con qué presentimiento de la Greguería veíamos de niños esa gran materialidad de la luz en la casa entornada de nuestra abuela!

La Greguería es, por su forma, por su envase, la pequeña urna cineraria que yo necesitaba para mis cenizas cotidianas y que me ha dado la medida de la aspiración, disuadiéndome de todas las accidentales aspiraciones insensatas.

La Greguería tiene el brillo de los azulejos y su policromía; es un clavo sobre una pared—un clavo al que se mira intensamente—; es lo que hay en nuestros redaños y en lo que se aprieta la emoción de la vida y el temor a la muerte; es lo que podemos tener de todo, la sospecha venial.

La Greguería es lo único que no nos pone tristes, cabezones, pesarosos y tumefactos al escribirla, pues su autor juega mientras la compone y tira su cabeza a lo alto y después la recoge.

La Greguería no es ese género fácil que se les antoja a muchos espíritus resbaladizos, para los que sería más fácil hacer un nuevo *Quijote* a hacer una Greguería natural, frutal y en su punto.

La Greguería, a veces, con una alusión remota y jeroglífica, con una alusión tre-

mendamente criticable, con una pinta de un color indefinido, lo define todo, como Dios.

La Greguería es lo más casual del pensamiento, al que hay que conducir, para encontrarla, por caminos de serpiente, de hormiga o de carcoma, hasta ese punto de casualidad.

La Greguería conjuga el verbo como nada, dialoga, se ausenta, se humilla, solloza, musita, tira una miga—su miga—como un niño que juega en la mesa, comienza a cantar, se calla, coge un violín, lo rasca, le da un trastazo con el arco, se deja caer en un sillón, da un respingo, hace un gesto con la mano o con la nariz, saca la lengua, pinta un grafito de esos que los granujas pintan en las tapias, abre un piano remilgado y lo sobresalta con un despropósito o un golpe desgarrador, hace una diablura con el sombrero de un señor serio que está de visita en el despacho de papá, da una pincelada, se agacha en el jardín público creyendo haber encontrado algo de oro, y recoge lo que relucía, aunque sea una bolita hecha con el papel de un bombón, regala una idea para un drama, para una novela o para ahorcarse de ella, y sigue corriendo y saltando como una listada pelota de celuloide con un perdigón dentro.

La Greguería es ultravertebrada, y está bien en los libros y en los periódicos y se ajusta en las máquinas de imprenta ella sola, buscando y encontrando en ellas la ranura precisa.

La Greguería es una mirada fructífera, que después de enterrada en la carne ha dado su espiga de palabras y realidades.

La Greguería es algo así también como una aceituna preparada lo mismo que ésas a las que se quita el hueso y se coloca en su lugar una anchoa.

Y así, con todo eso, queda dicho algo de lo que son las Greguerías, que yo separo entre sí por dos palitos horizontales cortados por otros dos verticales, el signo irregular que es más grato de escribir a la pluma y que a veces es el incentivo que me hace escribir Greguerías, *Gregue*, como yo las llamo en la intimidad, signo ante el que he sospechado si será un signo japonés con su significado genuino, un significado que debe definir mejor que eso de *Greguerías* el nombre de ellas.

VIII

Un poco vidente, veo a los amigos darse a la Greguería, exigiéndose así pruebas in-

equívocas y entrañables de sí mismos, en vez de recurrir al chiste o de tratarse con mala fe o de tener que dedicarse a agotar más los temas infructuosos y demasiado generales; veo a los escritores concebir en Greguerías, sin darse a ese amaneramiento nocivo que es el largo discurso, el capítulo y la crónica; veo al profesor decidiendo ante todo la competencia de sus discípulos con un ejercicio práctico de Greguerías; veo a los enamorados variar su vacío repertorio por causa de las Greguerías, dándose mejores y más entrañables pruebas de sí mismos, más carnosos gajos de sí mismos; veo ya resuelto el problema de los regalos de bodas: se regala una buena Greguería, y ya está; y veo así a la juventud asumir enteramente la niñez, y a la madurez la juventud, y a la vejez la madurez, y a la muerte la vida entera, acabándose por sentir el hombre fácil, curado y criatura, sin ese encono, esa dificultad y esa soberbia que hoy hace a la vida y a la muerte tan enconadas y difíciles. Hay que lanzar Greguerías en las reuniones solemnes para dispersar a esa gente negra, y muchas veces hay que hacer uso de la Greguería por su poder expansivo, más fuerte que la melinita.

Pero a veces también sabremos callarnos

una Greguería, por no desairar a los demás, aunque los demás estén siempre pensando en desairarnos.

IX

Las Greguerías ya han hecho ancho camino. Me han dado la buena suerte y han ido apareciendo por el mundo con nombres desvariados *(Criailleries* en francés, *schiamazzi* en italiano, y no me acuerdo cómo les han llamado en inglés y alemán).

Bien ajeno a todo éxito o repercusión estaba yo cuando fundé la Greguería entre las mayores incertidumbres del mundo.

Cuando en el primer guindo brotaron las guindas, se debió producir un hecho como el que se produjo en mí cuando la Greguería sintió la necesidad de brotar.

¡Cuántas asechanzas contra la Greguería!

El maligno las imita, llamándolas «tonterías» o «avellanas»; pero es cuando más ingenioso se pone, cuando más procura; el otro, «perogrulladas», y también escoge sus pensamientos más ingeniosos y excepcionales, los que arredrarían a Pero Grullo.

Afortunadamente, las Greguerías han

cruzado por entre la calumnia y la guerra industrial, sonando su cascabel argentino.

Los críticos las han definido de todas las maneras y hasta se las ha llamado «poesía en obleas», título que no me desagrada porque el mayor simbolismo de cesión humana está resumido en la oblea hostial.

De un lado y otro me envían «Greguerías» amañadas que me regalan los comunicantes con gran generosidad. Muchas veces no puedo dar las gracias por el envío, pues suelen ser envíos anónimos que ni siquiera consignan un número de la lista de correos al que poder dirigirme. En muchas ocasiones, al abrir mis cartas, descubro que viene entre ellas un talón de Greguerías. Se nota tanto como cuando viene una letra entre la prosa de las máquinas administrativas.

No desconfío nunca de esas Greguerías enviadas. Cada playa puede tener la novedad de conchas distintas, que nunca son demasiadas por muchas que posea el coleccionista.

Sólo después de leer la primera de cada envío me quedo defraudado, porque es casi siempre una infatuación personal del que escribe, en vez de llegar con la sencillez de la «Greguería» a esa provocación de

ecuanimidad en que todos los egoísmos se reconocen sin repugnancia.

A veces hay alguna buena que he tenido la tentación de utilizar, pero que no lo he hecho por no contraer una deuda con un desconocido, y que ese día en que sólo se ha salido con un duro se me acerque el verdadero autor de la Greguería y se lo tenga que dar.

«La tetera tiene aspecto de mujer hidrópica.»

«Los pollos con botines llevan párpados en los pies dormidos.»

«Siempre habréis creído refinado sibaritismo el del señor que luce flamante sombrero de paja en los últimos días de la temporada. Para nosotros es un hombre práctico, a quien no le crece la cabeza.»

Pero generalmente son productos de la pretensión, del desdén inopinado, y del «yo» abusivo que hay que lanzar con tantos cuidados y lijamientos.

No saben cómo mis observaciones personales las consulto con las «sombras», unas sombras que no me atreveré a decir que son espectadores o público que me atiende, sino sólo unos seres que están puestos en fila alrededor de las paredes de mi despacho, como en los subterráneos de esos

conventos en que los monjes muertos están recostados contra la pared y adobados en sus hábitos.

X

—¿Y las otras? ¿Las que faltan?

Sí, faltan muchas. Algunas no están, porque hombres desaprensivos a quienes se las dejé con confianza las perdieron, otras porque se extraviaron en las «platinas» impasibles, otras porque se me extraviaron en el pequeño papelito en que las apunté, otras porque cayeron en los barrancos de la memoria, otras porque las perdí antes de encontrarlas, cuando las iba a encontrar.

¡Irreparables pérdidas, porque, perdida una Greguería, el diablo que la encuentre!... Perdida una Greguería se pierde para toda la eternidad, y ya no será ninguna de las que nazcan.

RAMÓN

GREGUERÍAS ESCOGIDAS

Cada cinco o seis noches, en la hora de la bicharada veraniega, hay nuevos mosquitos y mariposas... Son como comparsas del nuevo cuadro que se estrena, y se añade, de vez en cuando, a la Gran Revista del verano, a su gran Bataclán.

* * *

Hay unos despedidores epistolares que añaden letras a las que abrevian todas las zalemas de la despedida. Muchas veces es cosa de escamarse por esas letras de más.

* * *

Parece que se consuela a los pescados y a las carnes asados si se los come no escatimando el vino.

* * *

Los caballos de carreras tienen un gran orgullo. ¡Como que son los matrícula de honor entre los caballos!

* * *

Esas tres muchachas que caminan muy altivas bajo sus mantillas parece que van a decir misa cantada.

* * *

Los coches simones parece que van sigilosos y como de puntillas, para ver si encuentran un cliente desprevenido.

* * *

Si la cosecha de cohetes de las espadañas no se enciende nunca es porque siempre están húmedos.

* * *

Hay un automóvil de verano al que viste de orgullo el mantón de Manila que echan sobre sus hombros, un enorme mantón de Manila que se sacrifica a la fiesta. Pero ese automóvil, más que automóvil, es «automóvila».

* * *

Hay un mortero cuyo toque inexplicable y cadente, completamente fuera de hora,


GREGUERÍAS
B.

es toque de oración u hora de novena culinaria.

* * *

Cuando el café es más exquisito es cuando acaba de llegar muy molido en su paquete... Inmediatamente después comienza a no ser lo que era.

* * *

El que arranca un papel de fumar a su librillo se despacha el billete de unos minutos de eternidad.

* * *

Hay niños que son rateros de nuestro tiempo, niños que sin necesidad ninguna nos preguntan: «¿Qué hora es?»

* * *

En las vitrinas para la conversación que hay a la entrada del «Metro», las hermanas siamesas que perforan los billetes están siempre tan distraídas que nos da miedo que en vez del billete nos perforen un dedo.

* * *

En las tiendas de telas hay días de primavera en que las mujeres se arman tal lío entre la pieza de tela que han mandado sacar, que hay algunas que se pierden entre

los grandes rizos de tela y a alguna madre la es muy difícil encontrar a su hija entre las túnicas envolventes.

* * *

Hay el hombre que no se lava las manos más que en los restaurantes. ¡Pero ahí con cuánta prosopopeya!

* * *

Entre las mejoras a que hay que llegar, está la del grifo tercero, el grifo en que evolucionen los otros dos, el grifo para el agua templada.

* * *

Las cosas imitan sonidos extraños... Así las bocinas imitan a los patos, y en las carpinterías la sierra esparce todo el año un aire y rezongueo de Nochebuena zambombeante.

* * *

Se necesita una biblioteca práctica en que figuren tomos como uno titulado: «Modo de ponerse las botas».

* * *

Desde lejos siempre parecerán los automóviles en plena carrera cosas a las que han dado un puntapié en salva sea la parte.

* * *

Hacía tal frío aquella mañana que los barrenderos se reunieron y quemaron sus escobas para calentarse.

* * *

Llega el tren del trueno y la tormenta llegó ya a su andén... Después suena el paso de los grandes ómnibus.

* * *

Acariciaba el melocotón con maternidad, como si fuese la empelusada cabeza de un bebé.

* * *

La bombilla que se funde tiene un momento de luz de luna.

* * *

Hay días en que los maquinistas de los trenes tienen mal humor y los pitidos de las máquinas son espantables.

* * *

Cuando el violoncista se prepara a tocar su violón parece que va a hacer cosquillas al mundo en el ecuador.

* * *

Cuando ella salió del baño se guarecían en las ostras de sus orejas dos bonitas perlas.

* * *

El aparato más sabio del mundo es el de la cascada de agua para el retrete, con cuya cadena en la mano todos somos Moisés milagrosos.

* * *

Si el mar está limpio es porque se lava con todas las esponjas que quiere.

* * *

Veo una mariposa grande como un libro en cuarto, bellamente encuadernado, que volase.

* * *

En las freidurías al aire libre, el que pasa es como esos mendrugos de pan que son echados al aceite para quitarle el mal gusto.

* * *

Si el ratón no pasase arrastrando su largo rabo, no le veríamos. Lo que pierde al ratón es su rabo.

* * *

Con los ovillos de bramante da gana de jugar al *punchin-ball* (?).

* * *

—Baja a la bodega y súbete unos cuantos peces—dice Plutón a su ayudante o sumiller.

* * *

Los frascos de botica, alineados en sus estanterías, contienen, más que las drogas que anuncian y que se acabaron hace mucho tiempo, las cenizas de los que murieron por su causa.

* * *

Hay un momento en que la luz eléctrica oscila en nuestras lámparas... Es que la fábrica se ha equivocado y nos ha enviado luz de cinematógrafo.

* * *

Ese rollo de papeles que lleva siempre en la mano el mal poeta, parece la licencia absoluta con que le han desalojado del reino de la poesía.

* * *

Hay una nube esponjada y fresca que merodea por el cielo en las noches de luna, y que es como la borla de los polvos de la luna.

* * *

Por la mañana temprano, recién abierto el portal en las casas con ascensor, los ascensores se desperezan subiendo y bajando sin interrupción durante un rato largo, sin que nadie le dé al botón.

* * *

Las latas de conserva se quedaron con la lengua de hoja de lata fuera.

* * *

Hay unos melones como con coronilla, que parecen melones fraileros.

* * *

Aquel hombre, de tanto levantar las cejas, las había perdido.

* * *

Hay unos ojos azules que son ojos de hijos de borracho, porque hay un aguardiente que azulea los ojos.

* * *

Las carrozas de los carrouseles se parecen a los coches fúnebres de los niños, y los coches fúnebres de los niños a las carrozas de carrousel.

* * *

Hay una clase de bastón peripatético que le gusta pendulear por los caminos, y que hace que los hombres asentados y sedentarios que lo adquieren, comiencen a divagar por todos lados.

* * *

Todo sordo tiene un resquicio en su sor-

dera por el que oye cuando se le llama bruto. ¡Cuidado, pues!

* * *

Hay en los paisajes una casa en que se fabrican las nubes de la tarde, que expide por su chimenea... Es su misteriosa misión en ese paisaje.

* * *

La buena propaganda es así: se regala un hotel al que compre una bombilla de la nueva marca, y después la bombilla no luce en el hotel.

* * *

El estanque estaba lleno de gritos de niños, convertidos en florecillas blancas.

* * *

Era el castigo del millonario aquella hija con piernas de basílica.

* * *

Los ladrones que lograron escapar se hicieron carboneros, porque es el oficio más disimulado y enmascarado que se conoce.

* * *

Veo un empedernido tocador de gaita que deja después de muerto un insufle sufi-

ciente en ella para que sostenga un último jipío durante su entierro.

* * *

En el orgullo que las aves ponen en sus alas hay empaque de chambelanes y de damas de la reina.

* * *

Hay unas narices de mujer que va afilando el oler perfumes y voluptuosidades.

* * *

De aquella mujer se podría escribir: «Era una boca pintada en la pared del mundo.»

* * *

Esa «mosca» en la media de seda, ese punto ido y cosido que no tiene disimulación posible, convierte a la pierna en pierna con carcoma.

* * *

Los aeroplanos de hoy figurarán en el museo futuro como las primeras calesas del aire.

* * *

Aquel mozalbete quería ser campeón de algo y por eso corría detrás de los tranvías hasta alcanzarlos.

* * *

Los peluqueros de señora tienen psicología de enamorados, y así se hacen una buena clientela. Todos dicen a todas en la soledad: « ¡No he visto pelo como el suyo! »

* * *

El reloj, como una máquina de coser, pespuntea nuestras ideas.

* * *

El bastón sin contera sufre atrozmente en su espina dorsal.

* * *

Los bolsillos altos de los chalecos nos roban los sellos o lo que metemos en ellos.

* * *

Las cartas del correo que se recibe deben barajarse bien, dejando en medio la del desconocido... Sólo así tendrá interés la brisca solitaria que juega uno con la correspondencia.

* * *

Los faros parpadean en nuestros espíritus para siempre.

* * *

Tanto viento hacía aquel día, que las tejas salieron disparadas, como una bibliote-

ca que se lleva el viento abriendo los abanicos de sus páginas.

* * *

El mar tiene una manera discreta de hacer guardar silencio a los de tierra, queriendo acallar el pensamiento humano con su rumor. No se cansa su coro, y cuando creemos haber salido de él se reproduce.

* * *

Yo no sé cuál será peor: si la mosca del sueño o la mosca que no tiene sueño.

* * *

El gesto más socorrido de la actriz es el de moverse las sortijas alrededor del dedo.

* * *

Hay un momento al atardecer del domingo en que suena la hora del tren y todo el domingo se va como el agua por las estaciones, quedando deshabitados los estanques del lunes.

* * *

Caen en el frutero unas peras que son torneadas y perfectas peritas de la luz.

* * *

El asfalto recalentado nos va tomando medida de unos zapatos.

* * *

Merecería la tarde pura, serena, indefensa, de un día que sale bien y en que se oyen los disparos de un tiro al blanco, la elegíaca alusión que guardamos para las novelas: «Hería la tarde, con ensañamiento, un tiro al blanco próximo.»

* * *

El viento tiene sus libros predilectos, y se sabe cuándo los lee porque cuida de pasar las hojas poco a poco, una a una, con una parsimonia de lector.

* * *

Hay una manera de pizcar y separar con el tenedor los granos de arroz en el plato, que revela que el que eso hace fue pollo en generaciones anteriores.

* * *

Las moscas más malditas son las que se aprovechan de que nos estamos afeitando.

* * *

Las sombrillas quisieran ser cometas de los días de viento.

* * *

Un sombrero de paja no tiene disimulación, ni hay restaurador que lo restaure.

* * *

En el sueño, el perro se parece al león. Es que quizá lo sueña.

* * *

Enfrentando los ojos cerrados con el sol, se ve la yema del huevo primero que hay aún en el globo del ojo.

* * *

Hay unas mangas de riego que funcionan toda la noche asomadas a las madrigueras de las alcantarillas, que parece que van a ahogar la ciudad.

* * *

Libros de encuadernación rota como un zapato viejo.

* * *

¡Qué grandes lenguas, siempre ensalivadas e incontinentes, tienen que tener los dueños de fábricas de conservas para pegar tantas etiquetas a los botes desnudos!

* * *

Ni la horca ni nada nos amenaza tanto como el garfio de una percha de carnicería.

* * *

Los médicos matan los percheros.

* * *

Debía de haber pájaros para los traduc-

tores. Pájaros que supiesen el idioma de su país y a quienes preguntar la palabra difícil.

* * *

Se nota en las mujeres de piernas muy al aire que una es más tímida que la otra... En la hora de las fotografías, sobre todo, la más tímida se oculta detrás de la más cínica.

* * *

Cuando pasan los grandes barcos por entre los barcos de vela parece que éstos les presentan armas con sus velas. La escena es una magnífica escena de vasallaje.

* * *

Las paletas de los pintores están llenas de «gracias» de paloma.

* * *

Los días de plancha somos materialmente planchados. ¡Qué opresión en el pecho!

* * *

Hay unos hombres enfáticos y violentos que cuando firman parece que dan un latigazo.

* * *

Por la pared y por el techo pasó la golondrina luminosa de un espejo.

* * *

Al volver a escribir el sobre que se ha puesto mal no debe copiársele, porque se copiará el error de nuevo.

* * *

—¿Oyes ese olor?—me dijo en su jardín.

* * *

Creemos que esa mariposuela que hemos soplado de nuestra mano se ha marchado por el mundo infundida de espíritu nuestro, burlona de las flores y aficionada al azafrán de la paradoja.

* * *

Las mulas siempre han llevado puestos los auriculares de la cabezada, y están muy sorprendidas de no haber oído los conciertos de la T. S. H. Por eso se llaman a sí mismas precursoras.

* * *

Las carreras de caballos serían mucho más elegantes si los caballos pudieran correr con pantalón a rayas y botines blancos.

* * *

La ilusión de los niños es montarse en un perro; pero no pueden, por como hasta en los que más parecen caballitos se derrenga el puente de su dorsal.

* * *

Nabucodonosor es para nuestra imaginación el rey más importante que ha habido, con sus barbas salomónicas y sus sortijas en los dedos de los pies como callos de cabujón.

* * *

Tan nervioso y desesperado estaba aquel pez en la pecera, que lo cogí, y sin darme cuenta, como quien liberta a un pájaro, lo eché a volar por el balcón.

* * *

Por los cristales rotos y recompuestos con tiras blancas parece que se asoma una doncella con delantal de bridas.

* * *

Aquel día de viento, el Ábrego tocaba el acordeón de las carteleras.

* * *

Sorbía con paja algo más que el helado acabado hacía mucho rato.

«¿Pero qué sorbe usted?», le pregunté, y él me contestó: «Estoy sorbiéndome el encanto de vivir.»

* * *

El que está subido en los soportes de los hilos del telégrafo parece tocar el arpa o templar las clavijas de la lira del viento.

* * *

El «Metro» necesitaría estar dotado de un periscopio por el que ir viendo las lentas gentes de allá arriba que avanzan sin libertad, dejándose las tapas de los tacones en las calles.

* * *

El trote del caballo se debe a su vanidad de publicista, por la que cree que debe ir imprimiendo su paso en el camino como los hombres sus sellos de caucho.

* * *

El sol vivo del verano viste con traje a rayas a las que pasan junto a las verjas de los jardines.

* * *

Hay una lluvia que parece la lluvia de una sola gota. Sólo una gota suena insistente y pesada sobre el cinc. Parece recrudecido el mal de gota que aqueja hace mucho al tiempo.

* * *

En el almanaque de las gallinas todos los días conmemoran los innumerables mártires y los pobrecitos inocentes.

* * *

En el centro de las fuentes, de una roca perenne y como antediluviana, hay unas

islas riscosas y entrañables, que son como las islas poéticas para las miradas independientes.

* * *

Botella, féretro del vino.

* * *

Los timbres de las bicicletas son los timbres de los despertadores para despertar a los transeuntes que van dormidos.

* * *

Hay también lluvias breves que sólo han durado media hora de una mañana de primavera, que son como baños de esponja propinados a un niño.

* * *

¡Qué desusada velocidad adquieren y qué lejos desaparecen las zapatillas a las que apenas se ha tropezado! ¡Qué lejanas carambolas hacen debajo de las camas en el ángulo inalcanzable de los zócalos!

* * *

Los largos y blancos estribos del automóvil se ofrecen a la envidia del pie ajeno.

* * *

La motocicleta llena de burbujas de ruido la ciudad. Sólo al cabo de un rato se deshacen en el cielo.

* * *

El espejo de su rostro se empañó con el vaho de la ofuscación.

* * *

La cama cruje de impaciencia cuando, siendo ya hora, uno no está dispuesto a acostarse. Las piernas nerviosas del colchón se mueven inquietas. ¿Quién sino la impaciencia ha metido ese ruido en la alcoba solitaria?

* * *

Hay clavos, fallebas, picaportes, puertas que por querernos retener como la mujer bíblica al varón casto, nos hacen los grandes sietes en los abrigos y nos desgarran los bolsillos de las americanas.

* * *

Cuando cerca del puerto tranquilo y sobre la mar serena se ve pasar un barco entre dos casas, parece un barco de teatro que pasa de bastidor a bastidor.

* * *

Para no mancharse de huevo habría que tomar los huevos con red.

* * *

Los que esperan que pase el tren en los pasos a nivel son como prisioneros impacientes que desean que pasemos pronto y

para que no se nos ocurra detenernos y ponernos a charlar desde la ventanilla del tren nos dedican el adiós más indiferente.

* * *

Dejó escapar de su pañuelo la mariposa de su perfume.

* * *

Lo más maravilloso de la prestidigitación casera es sacar una llave de un llavero.

* * *

—¿Qué era aquel hombre?

—Dentista de las máquinas de escribir.

* * *

Cada luna que pasa, cada fase lunar que se extingue, es como una gran moneda de plata que nos gastamos... Cada sol, una de oro... Y los días nublados y grises, un billete.

* * *

Los grandes autobuses se quieren comer a las bicicletas.

* * *

El jardín público provoca el deseo de tomar confianza con él. Unos se sientan en los bancos y los abrazan pasándoles el brazo por encima del hombro, y otros van tirando de las orejas a los arriates, como si

fuesen amables capellanes de colegio que pasasen revista a sus párvulos.

* * *

El que toma un refresco con dos pajas parece que toca la doble flauta del dios Pan.

* * *

Los zapatos blancos siembran jugadores de tennis.

* * *

La tapa de las máquinas de escribir tiene facha de cubierta de camilla, imagen que se especifica más cuando la vemos pasar a hombros del práctico, camino del hospital de las reparaciones.

* * *

El acordeonista hace a veces el gesto súbito y arrebatado de aquel a quien se le cae una pila de libros.

* * *

Los corsés musicales de la pianola.

* * *

Las velas limpias y raudas de las canoas son cometas de otro cielo.

* * *

Yo he viajado mucho, es decir, yo me he

atracado de esas peritas de tren que cuelgan de los estores y juegan con los cristales de las ventanillas. ¡Qué gran indigestión de esas peritas a veces!

* * *

Los pollos muertos, pelados y descabezados, que reposan boca arriba sobre las bandejas, hacen el gesto de rezar con sus sotamuslos la oración más contrita.

* * *

Los transparentes de tienda tienen algo de vista de linterna mágica.

* * *

Las viejas dedican el verano a arreglar los cajones de sus cómodas... Tiran y regalan algo de lo que encuentran... Desaprietan un momento las grandes plumas rizadas que ya no se usarán nunca... «¡Ah! Ya no me acordaba que tenía este abanico», exclaman a lo mejor, y, por fin, cierran esos cajones, llenos como maletas, que parece que no van a poder cerrarse; pero a los que sus manos saben acariciar y dar la suficiente resignación, disciplina y obediencia mientras los empujan y los cierran.

* * *

¡Lo que darían los automóviles particula-

res por poder servirse de una campana que sonase como la de los «autos» del servicio de incendios!... Pero está prohibido con la amenaza de las más severas penas: multa de cinco mil duros, confiscación del «auto» y expatriación.

* * *

La huevera es el invento del segundo Colón, del Colón industrioso y pícaro que explotó la primera silla de postas o la primera chirlata americana.

* * *

El gesto de asomarse al motor del automóvil es el mismo que el de abrir el baúl para revisar lo que se tiene ahorrado, lo que debe estar muy al fondo, lo que no se encuentra.

* * *

¡Cómo se marca la hidrografía de las venas de los animales!

* * *

Las tijeretas o zarcillos en que descuella la vid son como bigotes de gato que gulusmean la vida.

* * *

Al desaguar el baño produce su agua un

suave murmurio con algo de letanía y de responso.

* * *

La gota de lacre que cae fuera del sitio indicado para el sello es como una verruga de la carta.

* * *

Si las locomotoras se estropean tanto es porque son fumadores empedernidos que se tragan el humo.

* * *

Las plumas estilográficas son desobedientes, como niños que no saben o no quieren escribir.

* * *

Las calvas iluminan el patio de butacas. Son la batería de candilejas de la sala.

* * *

Las llaves de la luz eléctrica están dispuestas como señales de alarma en la noche; pero cuidado con no encenderlas sin razón, porque se escandalizarán las sombras y, tarde o temprano, se vengarán.

* * *

Iba tan abrochado todo el mundo aquel día de frío, que los ladrones no pudieron robar nada.

* * *

El rayo es una especie de sacacorchos encolerizado.

* * *

Esos barcos de vela que no hacen nada y están quietos en medio del mar, parecen tener un capitán que lee una novela sin levantar cabeza, olvidado de todo, diciendo a cada capítulo: «espera un poco que acabe este capítulo.»

* * *

El tren nocturno tendía en los setos que envallaban las estaciones, las toallas de sus ventanillas de luz como en un tendedero de cuartel.

* * *

En aquella noche clara, aunque sin luna, se veía la tela de araña en que caen las estrellas.

* * *

Toda la arena del reloj de arena de los siglos cae en el desierto.

* * *

Hay unos espíritus esencialmente condecoradores que ponen los sellos en varias fracciones, nunca el sello que hay para cada cosa, siempre subdivisiones azules, amarillas, rosas, dejando el sobre condecorado.

* * *

Aquella casa de te estaba llena de los *yest* de los ingleses, pertinaces como estornudos.

* * *

Esos bastones que constan de varios nudillos parecen clasificar a los que los llevan, en hombres de seis nudillos de bastón, hombres de diez nudillos de bastón, hombres de más de diez nudillos de bastón.

* * *

El tiempo que nos afeita de frío no tiene la delicadeza de preguntar si agua fría o caliente. Sólo los que llevan la bufanda atada alrededor de la boca se afeitan con agua templada.

* * *

La criada rompeplatos por excelencia es la que por romper más vajilla se rompe un omoplato.

* * *

Las cintas de las gorras de los marinos van diciendo adiós a todos los mares.

* * *

Cuando la mujer se pone una media en la mano para ver si tiene un punto saltado, su brazo toma perversión de pierna.

* * *

Se queja el viento como si le hubiesen pisado un pie todos los carromatos.

* * *

Vengo observando que cuando los tranvías pasan por delante de los cinematógrafos—que son sus capillas de luz—saludan dando un chispazo con sus troles.

* * *

Los lirios de agua, con su corola embudada en forma de barquillo, son como pequeños poemas de los quioscos. Sobre los otros lirios de languidez extrema, para mi imaginación siempre han sido los lirios verdaderos éstos dotados de una especie de cuello de tirilla poético, con la forma y el planchado de aquellos cuellos del romanticismo a los que se les ceñía una corbata de cinco o seis vueltas.

* * *

Un periódico caído en el suelo es el fantasma de un esfuerzo.

* * *

Estudiando la psicología de las grandes rúbricas, me he dado cuenta de que eran los muelles para que estuviese cómodo el apellido, el sillín del hidalgo.

* * *

Con las legaciones y los consulados tropicales que tienen los balcones abiertos se escapa y entra en diálogo inalámbrico la nostalgia de sus adorados países. El asta bandera les sirve de antena.

* * *

Se sospecha que hay cosas que no quiere conseguir la civilización, no que no pueda. Así, entre esas negativas, generalmente industriales, de la vida está el crear las medias irrompibles, el puro incandescente, la pastilla de jabón que no se desgaste nunca.

* * *

Hay unos automóviles que, por su modo de rodar, parecen tener callos en los neumáticos.

* * *

Las básculas marcan las doce y media, con optimismo de relojes parados en una hora meridiana.

* * *

La fuente vieja sólo babea ya con baba de chocheante ancianidad.

* * *

Los patos parecían bomboneras a las que quitar la cabeza para sacar un bombón.

* * *


B.

Aquel señor comía dejando un poco de la comida fuera de la boca, como comen los conejos.

* * *

El león tiene un modo de entornar los ojos ante los que le miran, que no es de sueño: es de indiferencia, de borrar la visión de los que ve con sus párpados de rey.

* * *

Hay nubes que son como fichas de nácar del tresillo con que se juegan los grandes campeonatos en el cielo.

* * *

«¿Quiere usted ponerse mis gafas?», dijo aquel doctor al otro, que no acababa de diagnosticar.

* * *

Parece que ha debido haber un propagandista de purgantes que llegó a regalar uno de esos espejitos en cuyo reverso, de celuloide, ponía el eficaz «de venta en todas las farmacias», y cuyo cristal tenía la facultad de que se viese la lengua siempre sucia todo el que se miraba en ellos.

* * *

La pluma estilográfica del doctor parece llena de tinta de herida.

* * *

Cuando un doctor pega el oído al pecho de un enfermo, parece querer escuchar una conversación a través de una puerta cerrada. Pretende escuchar, con cierta indiscreción, las confidencias que hace un pulmón a otro.

* * *

Los relojes para tomar la temperatura debían sonar cada diez minutos. Para el termómetro, los relojes se subdividen en plazos de diez minutos, nada de cuartos de hora.

* * *

Un doctor no puede ser distraído, porque entonces, mientras tomase el pulso pensaría en otra cosa. Ese caballero que siempre está pensando a qué teatro irá a la noche, no hubiera servido para doctor de ninguna manera.

* * *

La instalación por agua caliente, de casa de los médicos, es la única que rige bien, sin fiebres súbitas ni enfriamientos peligrosos. Claro que es porque los doctores regulan su circulación y su temperatura gracias a la quinina.

* * *

La conversación que el médico sostiene

con la familia mientras receta, en la antecámara del enfermo, es como conversación de crítico teatral, en el «foyer» del teatro.

* * *

Hay doctores que miran al enfermo, con gestos de pájaros, con un ojo, y después con el otro, como si no quisieran prejuzgar con los dos la cuestión, como si esperasen del cambio de impresiones de los dos ojos una orientación más eficaz.

* * *

Parece que si un doctor llevase en su corbata un alfiler con el camafeo de Hipócrates, encontraría más pronto el origen de las enfermedades.

* * *

Los médicos, en casa de los enfermos, parece que usan «pisadas de alfombra».

* * *

Nos parece bien que los doctores lleven siempre guantes, porque así preservan sus delicados pulsómetros.

* * *

En el gesto que hace el enfermo, de ofrecer al médico el rostro entero, para el diagnóstico, le ofrece, sobre todo, la na-

riz, pero la nariz nunca sirve para nada, no dice nada, no es sintomática.

* * *

Nacieron para doctores, pero equivocaron el camino, esos que tienen unas carteras de viaje con todos los instrumentos «incisopunzantes» que requiere la merienda y el aseo en el tren.

* * *

Los enfermos son muy desconfiados. Aquél, por ejemplo, sospechaba que el doctor le tenía a dieta porque así cobraba las dietas.

* * *

La merluza es un pescado que se cría para los enfermos. Lo sabe todo el mar, y por eso respeta a las merluzas cuando pasan muy engreídas de su misión. Por eso también tiene su sabor una palidez de convalecencia. Sus ruedas van recomponiendo la máquina desajustada.

* * *

Siempre que nos tomamos alguna grajea sin prescripción facultativa nos dan ganas de volverla a sacar con dos deditos, después de un cuarto de hora de tenerla en el estómago, arrepentidos de haberla tragado.

* * *

Los termómetros están hechos con carambanitos.

* * *

La puerta del piso del doctor tiene un modo especial de abrirse y de cerrarse. No he visto puerta por la que mejor se cuelen las gentes. Tiene un silencio y una precisión que sorprenden. Comparada con la de un abogado de mucha clientela, la del abogado tiene un ruido exagerado de goznes y el picaporte suena con rudeza de gatillo rabioso, además de ser más escandalosa la voz de la doncella que recibe. Se podría decir que el doctor ha puesto a su puerta una inyección de «sigilato».

* * *

Cuando el doctor se sienta a la mesa y se pone a escribir su receta, parece un poeta inspirado que nos va a dejar un soneto o una cuarteta con su autógrafo.

* * *

Entre las satisfacciones de los médicos debe estar la de lavarse las manos con una toalla recién estrenada.

* * *

Cuando un médico entra en una casa parece que entra el «detective».

* * *

Es mucho más eficaz una medicina en frasco de farmacia que en una de esas botellas de cualquier cosa que se suelen utilizar con desaprensión.

Pero si la botella en que se trae la medicina es una antigua botella de anís del mono, por muy enjuagada que esté, la pócima tendrá malignidades de aguardiente.

* * *

A los médicos que recomiendan el champaña a todo pasto habría que llamarles «médicos achampañados».

* * *

Hay en casa de algunos médicos regalos tan absurdos, que se piensa en cómo esos doctores debieron torturar a aquellos clientes dotándoles de nuevas enfermedades hasta hacerles purgar el regalito... Cuando se regala algo a un médico, el regalador debía celebrar consulta con dos o tres personas de buen gusto. Con el mismo derecho con que los enfermos piden consulta debían pedirla los médicos al saber que el rancio cliente les va a regalar algo.

* * *

Las galerías de fotógrafo son el Arca de Noé de las sillas, sillas de distinto padre y

madre, sillas de las que murieron todos los hermanitos y demás parientes.

* * *

En qué sitio dejamos aquel bastón, ¿en un museo? Entonces ya estará clasificado en su vitrina y catalogado en su catálogo.

* * *

¡Qué ruido meten los aeroplanos al subir por la escalera de caracol del espacio! Todos los hierros trepidan.

* * *

Por las mañanas se ve a unos tipos muy optimistas, que son los que han sacado dinero del Banco.

* * *

Lo natural sería que los pájaros dormidos se cayesen de los árboles.

* * *

Siempre que se bebe un vaso de agua se pone gesto de pájaro receloso.

* * *

El bizco no se encuentra nunca a sí mismo. Siempre anda buscándose por todos lados.

* * *

La que inventó las tulipas de la luz eléc-

trica fue Madame X, que puso su gorrito de encajes a la bombilla de su alcoba.

* * *

Esa barquilla que llevan los veleros a rastras, parece el tiburón que han arponeado mientras pescaban la sardina.

* * *

Si se hubiesen hecho las estatuas monumentales que se han proyectado, no habría ni piedra ni bronce en el mundo.

* * *

Hay que comprar de vez en cuando una docena de corbatas para tener una que esté bien.

* * *

El mar se pasa la vida duchando a la tierra para ver de hacerla entrar en razón.

* * *

Antes de comenzar la emisión radiada, lo primero que se oye es el rasguño del ratón de la onda que sale.

* * *

Es conmovedor en las óperas ver que cuando lloriquea la que canta, todo el coro la consuela en seguida.

* * *

Sobre las sillas altas del «bar», y frente a las banderitas internacionales que decoran sus aparadores, los pollos que hablan con el coctelero parecen estar en la peluquería banal tomando lociones para el estómago.

* * *

«¡Ven! ¡Ven!», dicen las grandes palmeras, de brazos curvados en llamada.

* * *

Cuando nos comemos el jamón de ese lado que alardea de pelo, parece que nos comemos un pedazo de cara sin afeitar. ¡Antropofagia!

* * *

El hipopótamo es como un gran zapatón ahogado.

* * *

Hay unos puentes en los que el tren entra muy despacio, como para que no se enteren, no se vayan a caer.

* * *

Son graciosas esas falsas miradas místicas a lo alto con que la gente de la platea mira a los palcos.

* * *

Erudición debería tener hache. No se sa-

be cómo una cosa tan seria está desprovista de ese gorrete.

* * *

Los violines que el artista afina dejan sembrado el aire de pelillos musicales.

* * *

Hay que ver lo orgullosas de su espada que están las palabras que llevan una *p* al cinto.

* * *

Se podría decir frente al puerto: «Las decoraciones desteñidas de las velas.»

* * *

Esos bueyes a los que ponen una zamarra en la cabeza, convirtiendo su coyunda en morrión, son como viejos granaderos uncidos.

* * *

Las grúas debían ser guluzmeadoras de lo que atrapan, y después de llevárselo a los colmillos, volver a desdoblarse y dejar lo transportado en los vagones o en los barcos. Las falta flexibilidad y paladar en la trompa.

* * *

Hay unas cojeras que consisten en que

se ha puesto una pierna tonta, chonga o amanerada.

* * *

¡Con qué tono de sacristía sueñan las puertas a veces!

* * *

Los camiones se mueven en la noche con sospechosa misión... Parece que trasladan a las afueras grandes pedazos de la ciudad, o que se dedican al robo de los arcos de piedra, o que mudan una plaza a otro sitio.

* * *

La noche, la alta noche—que en eso está lo raro—olía a estofado. ¿No sería a estofado de estrellas?

* * *

Ese que abre con una navaja las dos tapas de su reloj, parece que lo quiere partir en rodajas, como si fuese salchichón.

* * *

Lo que sabe bien en los cangrejos de río es la nostalgia de mar que les queda. Es lo que da más tono a los arroces que con ellos se hacen.

* * *

Entre la geografía que saben ya los niños de los tiempos que corren están los

mapas del «Metro», sencillos, modestos, cortos, pero recalcitrantes. ¡A ver cuándo llega el «Metro» al Elesponto o al Peloponeso, y así sus mapas pierden la monotonía de su pequeñez!

* * *

Ante los escaparates de aparatos fotográficos se siente uno como encargado de formar Gobierno que sale de Palacio y es fusilado por las máquinas de numerosos fotógrafos.

* * *

Hay unos perros blancos que, cuando se ponen viejos, parecen de yeso en sus largos éxtasis y quietudes. Sólo el que los pisa al pasar descubre—¡ay! ¡Ayayay!— que no lo eran.

* * *

Si un dueño de hotel diese todos los días buenas naranjas, se arruinaría.

* * *

Los lápices azules siempre hacen señales oficiales.

* * *

El mes que comienza en domingo es mes sin puerta. Parece que toda la vida se ha declarado en suspensión de pagos.

* * *

En los señores de gran pescuezo hacen su nido los golondrinos.

* * *

En los menús debe escogerse todo lo que esté manuscrito y no pedir nunca nada de lo que esté impreso, que *pertenece* al museo bacteriológico del restaurant.

* * *

—¿Cuántos cuernos tiene el caracol?

—Dos.

—No... Cuatro, y son las clavijas de su alegría.

* * *

En la hora de la siesta, en que las mecedoras se mueven con afán insistente, parece que trillan, que la faena es la de trillar el grano de los minutos.

* * *

Estaba tan nervioso, que di un mordisco en el hierro, dejando los dientes señalados en el barrote.

* * *

Se iba oyendo el reloj cada vez más, como cuando se oye comer a alguien en un profundo silencio.

* * *

El silencio de la madrugada barre las campanadas caídas de los tranvías.

* * *

La gallina eléctrica pone bombillas eléctricas.

* * *

Las cazoletas del telégrafo son palomas que se alimentan con las letras que faltan en los telegramas, con las h, h, h, sobre todo.

* * *

Los guantes nos llaman con su mano desde las guanterías. Tienen cierta cosa de magnetizadores y nos dan los pases magnéticos que crean el comprador.

* * *

A veces, ¿no os acordáis?, el abrepapeles no marcha. ¿Qué pasa? Que ha tropezado con un nudo, con el nudo de la novela.

* * *

En los últimos días de septiembre se celebran las últimas carreras de bicicletas de las moscas alrededor de las lámparas, las últimas pruebas eliminatorias.

* * *

Los días de tender la ropa en que sopla

el viento se verifican las mejores corridas de toros de las terrazas.

* * *

Ayer tarde nos hemos encontrado tres veces a ese señor viejo que así parece haber quedado convertido en algo como en nuestro suegro.

* * *

Los balandros van vestidos de pantalón blanco.

* * *

Diríamos a ese tendero:

—Deme un almanaque de hojas de Gillette.

* * *

Las interrogaciones de los ganchos de las perchas son muy oportunas preguntándose constantemente: «¿Quién vendrá? ¿Qué sombrero me tocará sostener?...»

* * *

Todos hemos sido lamentables cojitrancos cuando con un zapato puesto hemos buscado el otro.

* * *

Los sellos son el tafetán para las cartas.

* * *

Lo que más prueba el verano es ver el revés de los operadores de cinematógrafo, abierta su cabina, en mangas de camisa junto a la bitácora, junto a la ametralladora eléctrica.

* * *

Hay un señor que pide permiso para llevarse una de las sillas que hacen tertulia alrededor de nuestra mesa... Accedemos siempre con amabilidad, pero otra cosa nos queda dentro... Aquella silla de más era de nuestra familia... Se había sentado allí con nosotros... No tomaba nada, porque no había querido, pero era como nuestra sobrina y nos da pena que nos la quiten.

* * *

Después del riego huele a peluquería de los jardines, a lociones de jardín, a lavatorio del pelo de los árboles, al corte al cero de la hierba y al difícil y elegante corte, muy a punto de tijera, de los bojes.

* * *

La quesera es un aparato supliciante... El queso se asfixia y sufre atrozmente en la quesera. «¡Ya no puedo más! ¡Ya no puedo más!», dice con voz ahogada.

* * *

En el huevo hay un polo intacto, en que está el alma del pollo... Sólo los que se toman los huevos sorbidos a través de un agujerito de alfiler consiguen sorberse ese airecillo espiritual.

* * *

Queda en el cielo el velo de automovilista de la tarde.

* * *

No es la esfera de los relojes. Es la córnea de los relojes.

* * *

Al pasar frente a las joyerías vacías de la noche se piensa que todas las joyas se han ido al teatro.

* * *

El que suena mucho las llaves en el bolsillo es que ha nacido para sereno.

* * *

El ventilador, además de afeitar el aire, borra las ideas.

* * *

Los tapones de la luz eléctrica son como las sienes de la electricidad... Yo diría de los hombres un poco destornillados que «tienen fundidos los tapones».

* * *

Un poco más, y ese caballo de piel tan pintoresca se hubiera convertido en una cebra.

* * *

La americana clara de ese caballero ha salido funda de butaca más que americana legítima.

* * *

Los niños al tocar las *armónicas* chupan un caramelo de acordeón.

* * *

La que juega al «tenis» no puede evitar un ademán que hace abortar en seguida su perspicacia, pero que se repite involuntariamente numerosas veces: el ademán de mirarse en el falso espejo de la raqueta.

* * *

Las botellas de champagne no pueden ser utilizadas en otra cosa. Siempre les queda su diadema de plata y se ve que son grandes damas venidas a menos. Hacen el vino más triste y peor.

* * *

Me alegran las roturas de las bocas de riego o de las cañerías, porque crean arroyos serenos, los arruyuelos que mantienen frescas las raíces de la ciudad.

* * *

Las estrellas son los puntos suspensivos del cielo.

* * *

Los leones dorados que sostienen las magníficas mesas y los tronos, se alimentan con bolas de oro.

* * *

En la tormenta copiosa de rayos los pararrayos los ofrecen «a la brochette».

* * *

La escena de la chiquillería bebiendo en las fuentes de muchos caños, es la de numerosos cachorros amamantándose en una misma madre.

* * *

Es una vergüenza y demuestra la alfeñicación de los tiempos el que no haya relojes de arena nada más que para hacer unos huevos pasados por agua.

* * *

Las fustas de los látigos de los cocheros parados, parecen estar queriendo pescar transeuntes.

* * *

Al ver las teclas amarillas de los pianos, cualquiera diría que están así de tanto fumar.

* * *

Debía pagarse prenda por muchas cosas: por haber aplaudido esa partitura como si hubiese concluído ya, cuando aun la queda una caja de compases; por estar moviendo el café sin haber echado el azúcar; por intentar echar el vino sin haber quitado el tapón; por llevarse el tenedor a la boca sin la tajada que se creía conducir; por abrir el libro al revés; por mojar fuera del tintero; por mandar parar enérgicamente con gestos de energúmeno un tranvía que va lleno, etc., etc.

* * *

Siempre parece que nos ha mordido una rata el ala del sombrero de paja.

* * *

La tromba en que irrumpe una música con la que no contábamos, es como si se hubiese roto una cañería; la cañería de la música.

* * *

Se quedó llena la mesa de las horquillas de las cerezas... ¡Tanto se habían soltado el pelo a comer cerezas!...

* * *

No deben quedarse mucho tiempo los paraguas en los percheros porque se quedan

tan dormidos que no hay manera de abrirlos después.

* * *

Las cubas son las madres de los aros con que juegan los niños del proletariado.

* * *

De los tornillos diríamos «los gusanos de hierro.

* * *

Con quienes riñe Blasco Ibáñez es con los que le llaman Blasco y Báñez. Cuidado, pues.

* * *

Se sentían las chillonas golondrinas como un adorno cursi del sombrero de la tarde.

* * *

La luna, con su pantómetro, dibujaba sobre el granulado papel de los suelos la sombra de los árboles.

* * *

Hay una fraternidad especial entre las colillas, y a la que llega encendida a los suelos de los cafés o de los «saloncillos» la piden lumbre todas las demás.

* * *

Parece que el Señor, antes de lanzar una nueva alma al mundo, la prueba en un cuadro eléctrico, como hace el que nos vende una bombilla.

* * *

En las tormentas hay truenos sin rayo, porque su rayo se les ha traspapelado, y por lo mismo rayos con olvido del trueno.

* * *

Al cruzar el tranvía para bajar, se tiene paso de convaleciente.

* * *

Iba montado en los estribos de sus botines.

* * *

Al ponerse la liga del corsé parece que la mujer mata una pulga.

* * *

La niña con el arco en la mano va al jardín como al colegio jugando con la circunferencia y la secante.

* * *

El pino es el árbol que más sufre, pues cada piña que echa es como una larga y dolorosa dentición.

* * *

Tengo suprimido el paréntesis de (q. e. p. d.) porque no hay nada que ponga más nerviosos a los muertos.

* * *

Hay un gesto en la mujer que tira de su camisa por el descote, que es como si fuese a dar un papelito de camisa, un billete confidencial y urgente.

* * *

Los buques saludan a los puentes quitándose el sombrero de copa.

* * *

La remolacha es la hortaliza que más glóbulos rojos tiene.

* * *

La medida de la extensión del agua es el cisne: «Tantos cisnes de largo... Tantos cisnes de ancho.»

* * *

Abunda el misterio de lo trino: pero cuando es más rotundo ese misterio es cuando se estornuda tres veces, tres, ni una más ni una menos.

* * *

Los negros, que son los únicos que no necesitan guantes, suelen usar los guantes más amarillos del mundo.

* * *

La jirafa es un caballo alargado por la curiosidad.

* * *

Cuando se levanta del suelo una caja de cerillas que parecía nueva y resulta vacía, no es lo malo el engaño, sino que, al abrir la tapa, la caja se ha reído de nosotros.

* * *

Los impermeables con capuchón han sido causa de más de una vocación de fraile.

* * *

Hay barcos que arranca el mar a los puertos hasta con el ancla, como el ladrón que se lleva el reloj con cadena y todo.

* * *

Esa señora que lleva un hilo pegado al traje es como si tuviese lombrices.

* * *

Dio a la pera de la luz como si hiciese la fotografía de la alcoba.

* * *

El más pequeño ferrocarril del mundo es la oruga.

* * *

Antes de comenzar la emisión radiada, lo primero que se oye es el rasguñeo del ratón de la onda que sale.

* * *

Cuando llegan los atletas a la estación de término se inclina toda la ciudad por ese lado.

* * *

En la larga hilera de botones falsos que recorren la dorsal de la mujer a la moda parece que está el teclado de una nueva música de voluptuosidad.

* * *

Los negros tienen un rizado tan indeleble y menudo porque el sol de fuego lleva muchos siglos de aplicarles sus tenacillas sin cesar.

* * *

El mono procede del coco, que es el huevo del que salió.

* * *

Los ventiladores rotativos que reparten su bendición papal por toda la sala parecen decir: «Ego te absolvo del calorem tuum.»

* * *

Después de un viaje se nos ponen manos de armenio.

* * *

Cuando una bicicleta pasa por lo alto del camino parece que el paisaje se ha puesto lentes.

* * *

Dadme una carretilla de estación y moveré el mundo.

* * *

El día del perdón y del juicio final las estrellas de mar subirán al cielo.

* * *

Es más fácil quitar el traje o desollar a un cordero que desnudar a un niño dormido.

* * *

Cuando todo el chopo alto o el álamo largo suenan totalmente moviendo todos sus crótalos, parece que llueve copiosamente.

* * *

En las vacunas de las mujeres morenas, como en las de las blancas, hay un punto, una bujía incandescente que alumbra las voluptuosidades, que es en ellas un sutil faro, que es como el «contraste» de que la carne es realmente carne.

* * *

La tragedia de la gota de agua cayendo en el cubo del lavabo toda la noche es una tragedia de asunto lacónico, pero espeluz-

nante, que conocen las pobres criaturas humanas, en las que no todo ¡ni mucho menos! es heroico... Si no se levantase uno para evitar que insista, le pasaría lo que a aquellos mártires de la Inquisición, a los que horadaba el cráneo el gota a gota del suplicio «del agua».

* * *

«La mirada felina de los tornillos...», podríamos decir para acusar la expresión fija, fuerte, imperante con que se nos encara la cabeza de los tornillos, su ojo rayado.

* * *

Los cuadros nunca pueden estar derechos, sin que se sepa por qué, aunque quizás sea porque la tierra no es plana, sino redonda, accidentada, y todo está ladeado y torcido en ella, por como está edificado con una absurda inclinación.

* * *

Nos sorprende, nos sorprenderá siempre que el corazón esté al lado izquierdo y no al derecho. ¿No sería menos débil al derecho?

* * *

Los zapatos andan solos... Avanzan en la noche muy de puntillas, sin crujimientos, pegados al zócalo de las paredes... Esto

no se sabe, nunca se les ha pillado infraganti, pero se presiente y se tienen muchas pruebas de cargo para creerlo: se les encuentra distantes del sitio en que debían estar, muy extraviados; a veces se pierde sólo uno de los dos, se le busca por todas partes, y al fin aparece muy lejos, en el pasillo, quizá en la cocina o quizá en algún sitio lejano, en el que resulta incomprensible cómo pudo llegar; a veces son los dos los que desaparecen, y entonces se puede pensar que se han ido para no volver. ¿Dónde desapareció aquel par mío que estaba todavía nuevo? Es uno de los misterios que no he podido resolver nunca; el mayor de todos.

* * *

Alguna estrella está llena de sueño y se la ve cerrar los ojos.

* * *

Se naufraga en el mar y se naufraga en el cielo... Mirando al cielo se siente el mismo vértigo que mirando al mar.

* * *

El gesto de sacarse el pañuelo del faldón del frac es un gesto ignominioso e indecentísimo.

* * *

Son más largas las calles de noche que de día.

* * *

Un *consommé* de hotel es un agua que se toma por superstición, como las beatas el agua bendita... Es tal vez agua bendita caliente...

* * *

Al oso parece que le viene grande su gabán de pieles, las largas mangas sobre todo, y el faldón arrugado... O es un capitalista desgalichado y gordo o es un *chauffeur*.

* * *

En Carnaval, los tuertos tienen los dos ojos... Por eso es un gran día de fiesta para ellos...

* * *

La arena del tiempo es siempre la misma, como la del reloj de arena... Cae por el día en un hemisferio, por la noche llega a abismarse en ese bajo hemisferio, pero en el alba alguien invierte el reloj de arena y vuelve la arena cernida, la misma arena de siempre, a su sitio alto, primero y recomenzador, al hemisferio de arriba, al primer depósito.

* * *

El *whisky* es el árnica del estómago... Sabe a árnica y es grato probar ese sabor como si curásemos el fondo dolorido y desesperado de nuestra alma, lo que en ella hay de herido.

* * *

¿No se diría algunas noches que la luna incendia de frío la noche? Terrible paradoja que proclamaría la terrible y friolenta verdad. Todo se incendiará de frío el día de la consumación de los días.

* * *

El *Inri* de los que no pagan a los sastras de las tiendas que dan a la calle es que el traje que no pagaron se lo ponga el maniquí que les representa y lo luzca en medio de la acera con las etiquetas cosidas, las etiquetas en que está el nombre y las medidas del tramposo, su «ficha».

* * *

El que pueda romper el cuerno de un buey el tranvía en que vamos, al verle pasar ras con ras del asta, es una de las cosas que nos ponen más frenéticos. ¡Cómo sufriría! Sufriríamos todos su sufrimiento indecible... ¿En dónde? ¿Cómo? En nuestros cuernos? ¿Quién se atrevería a decir esto? Pero es eso... Sí... Hay que decirlo;

no somos casados y podemos decirlo... Nos duele el pensarlo, nos duele una raíz oscura, improbable, pero sensible: nos duele un cuerno.

* * *

Por gustar una dulce pesadumbre se faltaría a la cita...

—No, no...—dice nuestro respeto.

Pero marrulleramente, ladinamente, zumbonamente, no miramos el reloj, esperamos leer una página más, escribir una última idea... Nos apresuramos por acabar, nos sofocamos en una carrera en la que nos ensordecemos, y cuando al final volvemos a mirar el reloj, vemos que ya es definitivamente tarde... Entonces, llenos de contrariedad y de gusto, nos sentimos libres... Sólo cuando se trata de un entierro estas contradicciones son muy penosas. ¿Vamos? ¿no vamos? ¿se enterará el muerto? Le vemos esperarnos hasta no dejar que cierren su caja aún, porque espera que le miremos por última vez... Le vemos impacientarse en su gran inmovilidad, esperar otro momento más, y por fin dejar que cierren la caja... «Quizás le vea en el cementerio—piensa el muerto entonces—, cuando abran la ventanita en que, como la esfera del reloj en los relojes de larga caja, se

verá mi rostro...» Pero no nos hemos decidido aún, cuando ya le vemos bajar por la escalera, pesando como un baúl de esos en que van libros y que abruman al mozo y le hacen tan difícil bajar la escalera... Vemos la comitiva ponerse en marcha... Aún podríamos alcanzarle, tenemos deseos de salir gritando: «¡Cochero, cochero, pronto, al cementerio!», como cuando tememos llegar tarde al tren... Pero aún nos quedamos, porque pensamos en que nos tenemos que vestir y en que hemos de ponernos una corbata negra.... Por fin vemos abrirse la ventanita final, la vemos cerrarse, y así resulta que hemos perdido el tiempo, un tiempo más largo que el que hubiéramos invertido yendo y viniendo.

* * *

Al ver esos carros llenos que van dejando parte de su carga en el camino, pensamos que cuando lleguen a su destino llegarán vacíos. Sólo nos parece que compensa esa desdicha el que eso hará que sepan volver sin perderse, siguiendo la estela del reguero que les desangró.

* * *

Al que descompone un reloj le queda el arrepentimiento de haber matado algo, de

haber cometido sacrilegio... Es irreparable su muerte desde que se le mata, pero crece esa irreparabilidad hasta lo imposible cuando la mano «relojicida» se empeña en arrancar lo que está más aferrado a sus entrañas y lo arranca... Sobre todo, cuando se abre el rincón cerrado de la cuerda y se la suelta se siente que el reloj da el último suspiro, que da el suspiro del descanso eterno... Ante el reloj descompuesto se piensa: ¿Cuál es el alma, la verdadera alma del reloj, la cuerda o ese sutil y delicado cabello de plata que mueve el volante? «¿Qué has hecho? ¿qué has hecho?», nos dice por lo bajo la conciencia, mientras vamos viendo lo bien hecha que está esa rueda, los dientes sutiles de esa otra, lo afilado y lo elegante que es ese eje, lo rotundo que es todo y lo perfectamente dispuesto que estaba para la eternidad que hemos malogrado, que hemos frustrado. «¿Qué has hecho? ¿qué has hecho?», nos grita una voz como a Caín.

* * *

Las lagartijas meten un ruido de grandes serpientes entre los matorrales, sobre todo en el otoño, cuando las hojas suenan como papeles secos. Entonces hasta pare-


B.

ce que rebulle entre las hojas una serpiente boa o un caimán.

* * *

El que compre esas alcobas expuestas en los grandes escaparates de las casas de muebles, sentirá en su alcoba, la noche de su boda, un fisgoneo de miradas de duendes, las miradas de los transeuntes que miraron la alcoba en el escaparate, que pervirtieron su castidad, que se acostaron y se gozaron en la cama expuesta, y se sentirán así como en la alcoba del escaparate iluminado. Será inútil echar los estores y cerrar las maderas.

* * *

Ante la fuerza de la erupción del cielo de esta noche, no hemos podido menos de exclamar: « ¡Oh, parece que tiene viruelas locas... estrellas locas! »

* * *

La caída del bastón o del paraguas es irritante... Se les escarmentaría, quizás no se les debiera recoger en castigo por la humillación que nos hacen sufrir, por esa *bajeza* que nos hacen cometer al tenerles que coger.

* * *

No hay mujeres más falaces, más fugitivas, mas tenues y más desdeñosas que esas que se ven pasar por los espejos que emparedan las ventanas de los cafés... Nosotros, en el fondo lóbrego, miramos como un pasaje de ilusión el pasaje de ellas por esos espejos... A veces alguna es más tentadora que todas las otras; visiblemente ha sido una maravilla, pero pasa y se esfuma. Saldríamos a acabar de verla, nos iríamos detrás de ella, pero como se ha ido por un camino contrario al del espejo, nos desorientaríamos... Optamos por quedarnos, y aprendemos así, ante estas visiones fugaces, una renunciación que necesita la vida, una suave desesperación, una agridulce placidez que nos abisma grata e ingratamente en los divanes... ¡Todo lo que tenemos que ver pasar sin tocarlo ni comerlo!

* * *

¡Es sorprendente cómo se levanta el cielo a la mañana sin ojeras, como si no hubiese asistido al pasaje de la noche, como si no hubiese estado velando toda la noche!

* * *

Las almas del otro mundo se comen las almas de los corderos que matan en este

mundo todos los días y que llegan al otro también todos los días...

* * *

¡Cómo dicen «¡adiós!» y cómo están hechas para decir «¡adiós!» las mangas sobrado largas de los *pierrots!*

* * *

El saltamontes es una espiga que ha echado a correr y ha comenzado a dar brincos descomedidos.

* * *

La carcoma trabaja con un berbiquí.

* * *

Las cosas abren un agujero en el fondo de los bolsillos, con una marcada intención de evadirse. No hacemos caso del primer roto; siempre les queda un segundo forro que romper en el foso del chaleco o de la americana. A lo más, se piensa mandar coser el descosido; pero eso se nos pasa, y como las cosas continúan royendo, royendo, al fin encuentran la salida definitiva y se pierden definitivamente.

* * *

El hipopótamo es el animal más huraño de las casas de fieras. Casi nunca quiere

ver a las visitas, y oculto debajo de las aguas sucias hace como que no está.

* * *

Los lápices son robados por los genios del aire, o por los niños de la sombra, o por el enredoso diablo... Seres misteriosos y apañados roban los lápices para pintar garrapatos en su misterio desocupado... Por cada cien lápices que se tienen, sólo se logran gastar y conservar cinco o seis.

* * *

¿Cómo puede desaparecer un ciento de tarjetas? Resulta inverosímil, y, sin embargo, son ya muchos cientos los que llevamos gastados... Resultan como inagotables en su pequeña caja, y, sin embargo, en seguida se han ido... ¿Cómo? Nuestros verdaderos amigos son dos o tres, a los que nunca dimos tarjeta, y recordamos que, cuando más necesarias nos fueron las tarjetas, no había ninguna en nuestra cartera... ¿Qué uso superfluo hicimos de ellas? ¿A qué fantasmas livianos se las dimos? ¡Oscura, estéril, insignificante publicidad y propaganda!... Se pierden, sin que nadie las lea ni las guarde, hasta las tarjetas de los gran-

des hombres... Vuelan, se van, se inutilizan como las barajas de Casino...

* * *

Parece que comunican con los centros oficiales, con la dirección suprema de inspección, los hilos de luz eléctrica, sobre todo los agujeros de los negros enchufes... Por «ahí» nos parece que estamos vendidos y espiados.

* * *

Ese hombre que saca la cabeza por la ventanilla del coche, dando una orden al cochero, parece un gracioso polichinela.

* * *

Los aplausos son siempre fríos para quien sabe entenderlos... El hombre del éxito parece que se caló hasta el alma bajo la lluvia de los aplausos.

* * *

El botón tiene una agonía larga, obsesionante, inacabable... Al verle ir a desprenderse se piensa en mandarle afianzar en seguida, sin dilación... Pero después se olvida, se vuelve a recordar, se vuelve a olvidar, hasta que nos sorprende su caída... «¿Que será irreparable?» No. En la caja

de los botones que van almacenando ellas, siempre hay alguno parecido si no igual.

* * *

Cada losa de las aceras es una losa funeraria... No sabemos por qué pensamos esto, pero desde que lo pensamos por primera vez lo hemos vuelto a pensar muchas veces, como si se concertase bien esa idea con esas piedras anchas y desiguales y con los supuestos muertos anónimos, que primero fueron transeuntes sobre esas piedras y que después cayeron bajo ellas...

* * *

Sobre las murallas, la luna parece dar un salto de trampolín; y así, al verla desde abajo de las murallas, se la ve más alta.

* * *

Los pimientos tienen el aspecto de ser las lenguas gordas de la tierra, a veces picantes lenguas de verdulera.

* * *

El león debía tomar quinina, mucha quinina, para que se le acabase la terrible calentura que le da todos los días.

* * *

¡Con qué vida disimulada se desarrugan los papeles arrugados! Suenan como un

animal que se mueve, que se despereza, y a veces se abren, se desarrugan decididamente en el cesto de los papeles como una almeja en el agua marina.

* * *

Los bolinches de la cama son los niños pequeños de la cama.

* * *

El violón es una mujer madura a la que hurgan en el alma... El violoncello, una mujer de cerca de treinta años a la que hacen lo mismo... El violín, una niña a la que se hacen cosquillas inefables.

* * *

A la luna sucia, amarillenta, transparente, traslúcida, un poco apagada, de algunas noches, se la mira como a un reloj de Ayuntamiento, buscando la hora, las manillas, las cifras romanas del horario.

* * *

El retrasar un reloj parece que nos duele atrozmente, que contraría la marcha del corazón, que desarregla y hace andar hacia atrás algo en nosotros... Es como una contramarcha que sufre el espíritu. Perdemos indudablemente un día posible.

* * *

Todas las carnes muertas parecen dolerse aún cuando el carnicero las corta: todas menos la del jamón... El jamón está satisfecho de haber mejorado con la muerte y la salazón, está satisfecho de ser rico jamón, y le gusta repartirse en lonchas finas, revelando además su belleza veteada e inconfundible.

* * *

Es raro entrever, al pasar en el raudo tranvía, muchas lunas distintas colgadas en el cenit de las bocacalles transversales al tranvía y paralelas entre sí... Parece que, como para solemnizar unas ideales fiestas de barrio, hubiera colocado el Ayuntamiento una luna en cada bocacalle... En la rápida visión de todas las lunas de todas las bocacalles de esos trayectos llegan a unirse todas y se forma en nuestra imaginación como una guirnalda verbenera de lunas ciudadanas.

* * *

¡Oh, se nos ha caído la pluma al suelo!... Miramos profundamente consternados al abismo del suelo, porque esa caída de la pluma ya sabemos lo que significa de irreparable... La pluma se ha matado, porque la pluma siempre cae de punta.

* * *

El meternos en la cama tiene algo de tirarse a la ola, de lanzarse en el rizo de la ola fría, viva, encantadora, que rompe sobre nosotros.

* * *

Esa agua que hierve demasiado me arredra... No debe dejarse hervir el agua incesantemente, porque padece algo con eso, porque sufre indudablemente el agua... Hay que tener conciencia, hay que tenerla hasta el punto de separar toda olla que lleva hirviendo mucho, y sobre todo, esas marmitas que dejan las cocineras al acostarse, hirviendo sin objeto, sólo porque queda lumbre en la hornilla...

* * *

¡Qué fácil sería descomponer las glorias humanas más transcendentales, como, por ejemplo, la del descubrimiento de América! Así resulta, a poco que se piense, que los pájaros tenían descubierta América, que fueron los primeros que la descubrieron; porque, ¡a saber cuántos pájaros europeos encontraron antes que Colón los árboles robustos y pletóricos de América y colonizaron aquello! Sobre la misma coronilla de Colón, en la hora en que se admiraba de su descubrimiento, a algún pájaro irónico

le debió brillar una sonrisa en los ojos... ¿Pues y la luz artificial? ¡Cuánto hacía que la tenía descubierta la luciérnaga!... Y así, ¡cuántas cosas!

* * *

¡Qué sucios y de qué remota merienda hablan estos papeles que envolvieron las tortillas, el chorizo, y la carna empanada —carne vestida de gran *soirée*—y que vuelan desprendidos y engurruñidos por los jardines públicos!... Son una grave mácula del jardín con sus manchas de grasa... ¿Quién los barrerá alguna vez? ¿Quién los barrerá nunca? ¡Cómo ensucian el campo!

* * *

Si en la noche se quedase encendido un relámpago en el cielo, si se sostuviese esa luz firme y grave, se vería el fondo del cielo, sus entrañas, su techo trágico y cuajado de cosas, su fondo anatómico, crudo y abismado, los grandes baúles y los muebles desportillados del enorme desván.

* * *

Hay pensamientos consoladores, aclaradores y distraídos, como éste: «El sexo daría interés a un peñasco.»

* * *

Parece que a ese hombre que lleva tan ancho cristal sobre el hombro, el cristal le pasará la ropa y le biselará, partiéndole en dos mitades perfectamente hechas.

* * *

¿Qué terribles culones o qué terribles culonas hunden los bancos de piedra de los paseos públicos, siempre medio hundidos en la tierra?

* * *

Cuando se escucha el ruido de los cierres metálicos al cerrarse en la noche, parece que la noche se hace más oscura y más definitiva en los cielos y en la tierra, como si se corriese sobre ella el telón que la corresponde... Y también, cuando en la mañana escuchamos el metálico descorrerse de la primer cortina metálica, nos parece como si se abriese la mañana de par en par, como si esa fuese la señal teatral de levantarse el telón otra vez .

* * *

Las estatuas en pie sobre sus pedestales sólo se mueven con un gran disimulo—porque otra cosa sería más irresistible y más absurda que su movilidad—para cambiar el pie que las aguanta... Fijándose bien,

se verá que unas veces se apoyan por entero sobre el pie izquierdo y otras sobre el derecho.

* * *

Las veletas son el *carrousel* de los pájaros... Ellos lo comprenden, y tienen especial predilección en montarse en ellas.

* * *

El pez más difícil de pescar es el jabón dentro del agua.

* * *

A veces se teme que la luna tropiece y se desnuque en las guardillas.

* * *

El cielo negro de las campanas de cocina es tan misterioso, tan ancho, tan novelesco, tan dramático, que no se comprende el que se adelgace en una tubería y termine en una chimenea.

* * *

El humo que brota de los bombos de tostar café es espiritual, flúido y apetitoso como él solo. Con él se desayunan los pobres.

* * *

Las golondrinas juegan sobre la calle de cielo que corresponde a nuestra calle de

tierra como párvulos en vacaciones o al salir de las escuelas.

* * *

Si el hombre se equivoca una vez al escribir un sobre, reincidirá una o dos veces más. Es fatal.

* * *

Cuando pisamos distraídamente una cerilla, nos asustamos como si hubiese surgido de la tierra una tufarada del fuego infernal, o como si una bomba anarquista hubiese atentado contra nosotros.

* * *

Tocólogo debía ser el músico y no el partero... Pero nadie se atreve a cambiar los nombres que falsamente llevan las cosas.

* * *

Ese tic, ese suspiro con que inicia la campana del reloj el toque de la hora, es algo grave, desgarrado; es el paso espiritual, el jadeo trágico, la fatiga del tiempo, lo más interior e ingenuo del reloj, lo más voluntario... Es cuando hace su mayor esfuerzo, un esfuerzo por el que parece que se le va a romper un aneurisma, sobre todo cuando toma impulso para dar las doce... Esto se va agravando en los relojes hasta

que son asmáticos, y un día el asma los mata.

* * *

Sobre los campos iluminados desigualmente por la luna, parece que hay puesta a secar una gran cantidad de ropa blanca, sábanas, camisas y calzoncillos de luna.

* * *

¿Conmemoran los domingos los vencejos?... Parece que sí.

* * *

El cetro les sirve a los reyes, cuando son pequeños y van a la escuela, para pedir permiso al maestro para ir «a cierto sitio», pues en vez de levantar dos dedos de su mano, levantan el cetro de oro rematado por una mano, que precisamente hace un gesto como de pedir para «eso»... y les sirve, cuando son mayores, para rascarse con él la espalda—allí donde pica siempre—, como si fuese una de esas largas manecillas de marfil que usan algunas personas cochinas y sibaritas.

* * *

Las agujas saltan como pulgas y desaparecen.

* * *

Hay sobre todo medias horas que nunca creeremos que pasaron, porque aunque nos lo testimonie el reloj, nunca asentiremos a ello... Medias horas que nos escamoteó el reloj, con una ratería insufrible, sisándonos indignamente.

* * *

El modo receloso que tienen ciertas gentes de mirar un cuadro es el de quienes temen salir retratados... ¡Oh paradojas salvajes!

* * *

La hilaridad de los gallos se corresponde a través del mundo, cruzándole en todas direcciones, formando una eclíptica imaginaria, pero máxima.

* * *

El *chauffeur,* dormido en el pescante del regio automóvil, apagado y parado las horas muertas junto a la verja del palacio, muy remoto y muy fantástico en el fondo del jardín, sueña que, vestido de frac y lleno de seducción, baila en la fiesta magnífica y deslumbradora, mientras a la puerta le espera un automóvil dirigido por un *chauffeur* hipócrita, inaguantable y ladrón, al que cuando salga zarandeará sin consi-

deración y con un señorío riguroso para que se despierte.

* * *

La golondrina parece una flecha que busca un corazón... ¡Flecha mística!

* * *

¿Por quién tememos haber firmado cuando de pronto surge en nosotros esa fugaz duda de haber puesto—un poco sonámbulamente—otra firma en lugar de la nuestra, no sabemos qué firma?... Cuanto más trascendental es la firma, más nos parece que nos hemos suplantado.

* * *

Se apagan las sonrisas como las luces.

* * *

El sombrero de copa se justifica en su sombra, donde todo lo que tiene de mamotreto desaparece, para proyectar sólo su alta y ligara altivaz, tanto, que he pensado que sólo es un sombrero para las sombras, para la gallardía de las sombras.

* * *

Los aeroplanos han sido inventados para cazar los globos que se les escapan a los niños en los jardines... Se han desviado de

ese objeto con que les creó Dios, pero originariamente para eso fueron creados.

* * *

En la luz de las altas linternas de las capillas y de las catedrales está el Espíritu Santo, o séase la luz enaltecida y concentrada.

* * *

La tabla de partir la carne tiene un truculento parecido con el tajo de las ejecuciones.

* * *

Esas cenizas de los cigarros de los otros, de no sabemos quién, que quedan entre lás paginas de los libros y que soplamos, son la mejor imagen de lo que queda en ellos, entre sus páginas, de la vida que se pasa leyéndolos...

* * *

Un obrero con gafas es lamentable. Por sus gafas descubre más la injusticia de su suerte, la ve mejor, la ve como un caballero, como un hombre de ciencia, como un intelectual. Esos obreros de blusa azul que gastan gafas entristecen más la esclavitud de sus compañeros, y parece que merecen otro trato, que entienden de otra cosa y se

han tenido que dedicar al duro trabajo por fatalidad. Apiadan sus gafas, nos les hacen compañeros y se teme su mirada.

* * *

Parece que está amarrado el mundo a esas grandes setas de hierro que hay en los puertos y a las que se amarra la inverosímil maroma de los barcos... Son las agarraderas más fuertes y más hondamente engarfiadas que tiene la tierra.

* * *

En lo alto palpitan los álamos y los chopos... Para que no palpiten esas hojas como colgadas de un hilo, se necesita que el tiempo esté parado, porque son como un segundero visible y natural del tiempo vivo...

* * *

¿Se pierde el tic-tac del reloj? ¿Dónde se va yendo? A la nada no es posible. Eso repugna a la inteligencia. Es tan preciso y tan significativo ese tic-tac, que no puede anonadarse. Se va hacia atrás en el tiempo, en una hilera que se alarga a espaldas nuestras, que vamos de frente y hacia adelante.

* * *

El diamante de los cristaleros nos ha causado admiración desde pequeños... Parece un diamante que en vez de ir montado en una sortija lo han incrustado modestamente en un marcador de cristalero... Ese adminículo, de una precisión y de un poder tan maravillosos, les da a los cristales una categoría y una importancia admirables.

* * *

En la alta noche vemos, al volver al centro de la ciudad, en sus barrios lejanos, esas calles con dos hileras de faroles, esas calles rectilíneas y un poco empinadas, con un alumbrado sin gente... Parecen de un mundo distinto por el que no se puede pasar, sitas en una ciudad en hipótesis desplazada de la ciudad de nuestras andanzas... Hay algo de timidez y de asombro extraño en esta mirada a la bocacalle de esos paseos lejanos, extremos, lujosos y solitarios... Telones de fondo de la escena animada de las calles populares, telones de *pasacalle,* no podríamos transitar por ellas porque verdaderamente no existen, son una falsa perspectiva y un falso ensanche.

* * *

Las pequeñas palmeras deben desaparecer, no merecen ser cultivadas, porque como

se han imitado tanto ya, parecen de imitación todas... Cuando se crea tanto el equívoco de una cosa, la sentencia debe ser cruelmente extirpadora.

* * *

Los vasos de agua que se vierten son verdaderas trombas de agua, verdaderas inundaciones que sugieren una ley física nueva que se podría redactar así: «El agua que desaloja un vaso que se vierte, es infinitamente mayor que la que aparentaba contener.»

* * *

Esas tardes en que se ve la luna sobre el cielo azul, parece que tienen un privilegio, que están más condecoradas, que son más completas. Tardes como con «torta de Alcázar».

* * *

Son envidiables los grandes reyes, porque todo se lo pueden tomar sin hueso... La aceituna sin su hueso, la alcachofa sin sus hojas duras y desabridas, el espárrago sin nada de mango, el pez sin sus espinas, el pollo sin esqueleto.

* * *

Nos disgusta profundamente, nos hace enmendarnos, el ver que el tintero se ha

ido secando solo... ¡Cuántas ideas se nos han debido evaporar!

* * *

Una de las más grandes atosigaciones humanas es la de estar haciendo rodilleras.

* * *

Sólo el paraguas de los niños es el que tapa.

* * *

Un grave temor nos acude ante el ventilador... Parece que nos ha de matar, que nos ha de traspasar, que la pulmonía se destaca de su vorágine; pero nos ponemos aun con eso delante de él, como diciendo, llenos de atrición: «Hágase tu voluntad.»

* * *

Hay que dejar que las imágenes se acerquen a nosotros. Nosotros nos podemos acercar a las cosas, pero no a las imágenes... Hacia las imágines ni un paso voluntario.

* * *

El primer encuentro con algunas palabras fue inolvidable, como el noviazgo con aquellas jovencitas cuyos senos muy apuntados rozamos con el brazo... ¡Noviazgo

con Añoranza, Lembranza, Ofrenda, Evocación, Morbidez, etc., etc!

* * *

Cuidado al volver las esquinas, porque todos los que son chatos se lo deben a un descuido al volver una esquina.

* * *

Nunca se encuentra el cepillo. El cepillo es un milpiés que se escapa del sitio en que se le deja, del sitio en que debía estar.

* * *

Dar a una piedrecita con el pie y llevarla así siempre adelante, adelante, es algo más transcendental de lo que parece a simple vista... No hay trivialidad que ayude tanto a no ocuparse del camino, de la largura del camino y de los pesadumbrosos pensamientos que surgen en él... Es curioso cómo sucede ese enganche: se encuentra la piedrecita, la cáscara, el bote o lo que sea, ese rabo o ese tacón, o esa contera de una cosa, se tropieza con ella una vez para quitarla del camino, pero en vez de hacer sólo eso, se la empuja de frente y se la vuelve a empujar al encontrarla a los pocos pasos y se la vuelve a dar un puntapié, pero cuidando ya más de que no se

desvíe, ya con verdadero cariño por ella, hasta llegar a seguir el camino, atraídos por esa avidez del objeto por seguir avanzando... Así, nuestra finalidad llega a no tener término y violentos y excitados, quisiéramos un camino interminable para seguir haciendo avanzar nuestra taba ideal a través de este y del otro mundo, como si eso resolviese mejor que nada el objeto de nuestra vida. Lo fundaría con ese único credo la secta de los «tabistas».

* * *

Ante la súbita sorpresa del relámpago, pensamos perplejos: «¿Qué gran luz se ha fundido?»

* * *

¡Oh, qué conmovedor es el aro de ese pobre chico, de ese obrerillo vestido de azul que conduce la gran rueda de coche al taller!

* * *

Al ver esas chimeneas enormes que quedan en las fábricas extintas, sin humo nunca, se piensa que no hay medio de demoler chimeneas tan altas, y sólo desaparecerán cuando caigan en ruinas... Ese peligro inevi-

table vivirá a su alrededor hasta que se caigan y partirán la cabeza a todo el barrio.

* * *

El violón llevado en andas por los pobres ciegos, dos cogiéndole por la cabeza caída con la melena de clavijas colgando y otros dos cogiéndole por los pies, todos ellos dirigidos por un guía indiferente de ojos vivos, y seguidos por un grupo final de tristes asistentes al sepelio, todos unidos entre sí por las manos afectuosas que se apoyan en los hombros, formando así una larga guirnalda inseparable que comienza en el guía aburrido—como el cochero del entierro—y acaba en el último, que es el más jorobado por la fatalidad, el que arrastra más los pies, el que va más vestido de duelo, parece ser—¡pobre violón!—un desgraciado muerto de cuerpo presente, al que conducen sus compañeros a través de la ciudad distraída, viva y banal... Todos, en el simulacro de entierro, parece que van apesadumbrados, con la cabeza abatida y el cuerpo doblado hacia la tierra, como compungidos, abrumados y con los ojos arrasados...

* * *

¿Qué quiere decir esa flecha indicadora, aguda y maligna que hay bordada en la seda transparente de las medias femeninas en una dirección misteriosa? «POR AHÍ», quizás...

* * *

Esas sombras largas, frías y meditativas que cubren de pronto un extenso trecho de los campos, resultan extrañas, mortuorias y destempladas, poniendo también una sombra larga, agorera y escalofriante en nuestro espíritu... Turban todo el paisaje, señalan sus alas lejanas sobre la tierra, la estigmatizan, la agravan, la afean... Un no sé qué, un raro desconcierto ponen en ella...

* * *

El ruido de los pies descalzos de una mujer sobre los baldosines da una fiebre sensual y cruel...

* * *

Las portezuelas de los coches son aviesas como ellas solas; se abren en un descuido del cochero o del *chauffeur,* y un momento parecen ir a chocar con un ruido seco y a desguazarse irreparablemente... ¡Qué pánico el de esas portezuelas abiertas en el coche que corre, pero cuánto mayor las del tren que vuela! Las del tren son más resa-

biadas, siempre parecen ir abiertas, y un hondo, un abismado escalofrío, la repercusión de una caída mortal, nos ha conmovido al pensarlo... Las hay que no quieren cerrarse, por más que se intenta... Nunca olvidaremos que fuimos asomados sobre el abismo a una de esas portezuelas sin cerrar, y que cuando lo notamos se nos cayó el corazón en aquel abismo en que fue tan posible que cayésemos.

* * *

En la noche, los maniquíes de las corseteras se quitan el corsé ceñido y apretado, las enaguas, los pantalones, las medias, los zapatos, y se acuestan en el escaparate o en el fondo de las tiendas, cerrando los ojos de largas pestañas... ¿Podrían vivir si no? Ellas, que han estado como para irse a acostar todo el día, al fin pueden hacerlo.

* * *

Después de tomar un chocolate con ensaimada se es burgués, profunda, panzuda e irremediablemente burgués.

* * *

La serpiente de cascabel se nos representa con un sonoro cascabel colgando de una cinta de seda anudada a su cuello.

* * *

Durante la noche, el gobierno está en crisis total.

* * *

Linoleum, ese nombre latino, sonoro y admirable, que es tan solemne, que es tan difícil de decir, y en el que suena el órgano profundo, es absurdo, irresistiblemente absurdo que se refiera a lo que se refiere, que signifique lo que significa... ¡Pobre palabra malograda e inutilizada! *!Linoleum,* palabra suntuosa y ritual, de un bello rito muerto! ¡Palabra asesinada por los mercaderes!

* * *

Las mujeres rompen y abandonan medias y medias, como las serpientes sus camisas...

* * *

Retorciendo una mano de mujer hasta hacerla que se doble por la cintura y pida socorro con los ojos elevados y los senos ofrecidos, como sólo se ofrecen los exvotos, se obtiene su escorzo más bonito y más agradable; el más conmovedor, el más rendido. Por ese escorzo apiadable y sumiso, nos quedamos más prendados de ella.

* * *

Esas comadres que se ven desde el coche en que se llega de la estación, por la mañana temprano, son las que mantienen la más perenne realidad de la ciudad, son las que la dan su carácter firme, son las que nos hacen volver a encontrar de nuevo los redaños de la ciudad. No olvidaremos, para sostenernos en la idea baja y firme que necesitamos tener de la vida bajo nuestros pies, a esas comadres que hemos visto al pasar en el coche por la ciudad recién despierta.

* * *

El día tradicional en que varean nuestros colchones, es un día de fiesta pascual y sencilla para el espíritu... Es el día de la noche exquisita y suave, noche de infancia y de buena fortuna.

* * *

Lo hondamente sagrado vive en los bueyes, sobre todo en esos que llevan grandes tiaras bordadas y guarnecidas de moñas y de caireles... Parece que en ellos la sagrada y poderosa Providencia se compadece de los hombres y les permite transportar los grandes pesos sobrehumanos.

* * *

La pluma bebe como un pájaro en el pequeño bebedero redondo...

* * *

¿Por qué no se encierran en un marco y se cuelgan para siempre en el despacho genial las paletas de los pintores que tienen días bellísimos de color, momentos en que todas las mezclas, combinándose, sugieren algo armonioso y pintoresco, algo indefinible y florido, arabescos rebeldes, carnavales alegres y sorpresas únicas?

* * *

Nunca el fuego es más sobrecogedor que cuando en la noche de viaje se abre la portezuela del horno demasiado encendido de la máquina y se refleja en el paisaje el incendio, los carbunclos entrañables y solitarios, que dan un secreto pánico a la soledad, como si se abriese un portillo hondo y revelador en la tierra, dejándo entrever su fuego central.

* * *

A veces, ante esa insistencia excesiva e inexplicable con que se apagan las cerillas, llega un momento en que nos volvemos coléricos, para romperle la cara a «ese» que nos las apaga con marcada mala intención...

Pero cuando nos volvemos el muy cobarde se ha escondido.

* * *

El botijo es un simpático perrito de aguas, fiel y atento, a nuestro lado siempre y dispuesto a acudir a nosotros a la primera mirada.

* * *

¡Oh, el aprendizaje de los músicos militares en los desmontes, triste, lento, ruidoso!... Estraga todo el paisaje y lo echa abajo, haciendo más descampado el descampado, haciendo más crudos los vertederos, haciendo más pelados y más agrios los desmontes... ¡Sobre todo los gallos irresistibles de la trompeta, los desolados solos de la trompeta y los toques huecos sin idealidad, ni blandura, ni dulzura de la trompeta!

* * *

Hay cartas que necesitan conservarse con el sobre, otras que pueden conservarse solas y otras a las que hay que quitar el papel blanco que las sobra... Necesitan el sobre las que están llenas de pudor o faltan al pudor, las que son hijas de alguien muy simpático, las que son de alguien que va a

morirse, y lo necesitan otras por causas más misteriosas.

* * *

Cuando al afilar un lápiz se rompe la primera punta, no se debe continuar... Se romperán ya todas y dará una gran tristeza remordedora el ver irreparablemente chiquitín el lápiz largo y airoso... Hay algo de mala voluntad fatal en esa quebradura insistente, algo de no querer que escribáis lo que ibais a escribir, algo de dejar que se pase el pensamiento que ibais a apuntar.

* * *

Parece que alguna vez se nos ha entrado una hormiga por el oído y está dentro de nosotros satisfecha y sigilosa... Hay hasta cosquilleos interiores que denotan cuando se pasea... ¡Qué absurdo, y, sin embargo, qué pensado ha sido eso al levantarnos de las siestas sobre el santo suelo en los campos llenos de hormigas!

* * *

Es difícil imaginar que una calavera monda y seca sea de una mujer... ¿A que nunca habéis pensado que fuese femenina ninguna de las que visteis? Se hace difícil, sin corregir todas las pasiones de la vida,

llegar a una reflexión parecida, tan extrema y tan insexuada.

* * *

Por un mechón suelto comienza la danza serpentina que crea con sus cabellos la mujer loca.

* * *

Los pies de la mujer con zapatillas son más carnales, más blandos, más inefables, más *zapillos,* es decir, como animalitos sin trascendencia, pero con dulzura, dignos de mayores ternezas y de un despejado buen humor...

* * *

En las mañanas, en las buenas mañanas, después de haber dormido bien, en ese sopor poroso, tierno y lleno que se siente a medio despertar, sordomudos y ciegos, nos sentimos como si fuésemos un bizcocho de canela con buena miga, con el azúcar en su punto difícil y además borracho de un jerez anciano... ¡Inolvidables despertares!

* * *

En la nuez hay algo de cerebral. La nuez es un pequeño cerebro que nos comemos, es una sesada vegetal, en cuya vida, en cuya cerrazón había pensamientos herméti-

cos e ideas comprimidas que corresponden a las distintas circunvoluciones que hay en la nuez como en el cerebro.

* * *

Esa coz que mata como un rayo, es una coz que ha dado a ese hombre la providencia.

* * *

¡El ruido más terrible del mundo es el que produce un sombrero de copa al caerse!

* * *

Cuando en la madrugada vemos esos escaparates de fotógrafo que se exhiben muy iluminados, vemos con asombro a esa señorita, ese oficial y ese señorito con bigotes a lo Kaiser, que están como en vela en sus grandes ampliaciones. Están todos dentro de una noche anodina, sin poderse hablar, cayéndose de sueño, y, sin embargo, en posturas estatuarias... Parece como si sufriesen cierto insomnio pertinaz, cierto insomnio como el que se sufre cuando se duerme con la alcoba iluminada... Todos darán vueltas en la cama sin saber por qué y soñarán con rostros que son como los de los transeuntes que les miran en su ampliación al pasar por esa calle en la noche.

* * *

Un landó tiene siempre algo de coche de duelo para la familia que acompaña a *su* muerto. La familia se mira apiñada dentro de él, con un cariño de muertos, y si se pasa yendo en el landó frente a un cementerio aumenta su cariño, porque van como cuando presidan el duelo de uno de ellos, y, ¡oh, alegría!, van todos vivos aún.

* * *

Aquella noche era la luna por su calidad como la coronilla de un cura.

* * *

En otoño debían caer todas las hojas de los libros.

* * *

Cuando el cisne mete la cabeza en el estanque—como la mano de un brazo femenino que buscase en el fondo del baño una sortija—, cuando el cisne se queda como sin cabeza y como ahogado por el tiempo que pasa así, parece ya trinchado sobre la «fuente» llena de salsa.

* * *

El pavo debía llevar un pañolito bajo el ala para limpiarse el moco.

* * *

Hemos sembrado el mundo de pañuelos con nuestras iniciales... Pañuelos para que nos recuerde el mundo.

* * *

Las «Parcas» no cortan ya con tijera el hilo de las existencias sino con ese aparato con el que el chico de la tienda corta el bramante.

* * *

Como se despierte a las puertas de noche, las puertas, después de haber sido despertadas, se quedan sobresaltadas, nerviosas, rechinantes, insomnes.

* * *

Debe dar un gusto atroz llevar los colchones de muelles y los *sommiers* en la cabeza... Se ve que es el oficio mejor ese de llevar *sommier* y colchones de muelle... Van saltando sobre la cabeza suavemente, como volando, como quitándole peso al que los lleva en vez de dárselo.

* * *

Suelen faltar mucho en los puentes esas bolas de piedra que los rematan. Son los grandes quesos de bola que tienen algunas tiendas; alguien degolló a la cabezota y se llevó el melón solemne para dar un gran

valor histórico a su casa; alguien juega a los bolos en su corral, con esas dos o tres bolas que faltan; alguien parece que se tragó o se purgó con una de ellas, por prescripción facultativa de uno de esos bárbaros doctores que existen.

* * *

El blanco de los ojos es lo frío, lo aporcelanado, lo de nadie. Hay en ese blanco un brillo del otro mundo, una invocación a lo que no se sabe, unos brillos de lo vacío, de lo neutro, de lo que es cosa enteramente cosa como son cosas los ojos de las muñecas. La mujer se convierte por ese blanco de los ojos en una imagen falsa. Tiene ese blanco de los ojos el gelido blanco de las alcobas estucadas. Brilla como el relámpago y nos desconcierta. Poniendo en blanco los ojos la mujer se queda sin ojos y se pierde en el alba nativa. Ese blanco de los ojos tiene la ignorancia de los recién nacidos o de los nonnatos, porque es lo que nos queda de lo nonnato. En el blanco de los ojos nos desorientamos.

* * *

Los tirantes aprietan las alas ¿las alas? Desde luego sentimos que estamos supeditados por los tirantes, sin los que nos des-

envolveríamos más alto y mejor. La fuerza de gravedad se agarra y tira a veces violentamente de nuestros tirantes.

* * *

Hay un momento al oscurecer en que alguien abre las ventanas de los espejos, las ventanas que son las últimas ventanas de la tarde que dan a la postrer luz, una luz más viva que la del resto.

* * *

Cuidemos de que esos muelles que cierran las puertas con su solo esfuerzo, corrigiendo el olvido insistente de los hombres ordinarios, no sufran ese retorcimiento exasperante a que se les somete, obligando a la puerta a estar abierta largas horas, inmovilizada con una cuña, o una silla en esa postura. ¡Qué dolor más insufrible el del muelle tenso y paralizado demasiado rato! ¡No hagamos sufrir a los muelles tan largo suplicio! Tengamos caridad con las cosas, y sobre todo con las cosas vivas como los muelles.

* * *

Hay un hombre del que se olvida todo el mundo, las mujeres, los camareros de hotel, los cobradores de tranvía que le piden varias veces el precio del billete como

si no se lo hubiesen dado, olvidándose sólo de él, porque le olvidarían aunque fuese el «único» viajero. Los que le han sido presentados no le saludan, porque siempre le han olvidado y hasta sus novias no le reconocen. ¡Pero cómo debe ver el mundo ese hombre, detrás del olvido de todos y de todo!

* * *

El mar bulle en el fondo de las fábricas de electricidad. Algo de gran cascada—cascada de mar—hay también en ellas. Asusta su continuidad, perturbando un poco la razón su labor inacabable, su luz artificial todo el día, su rumor insostenible. Es toda la fábrica un locomóvil que no se mueve, pero viaja paradójicamente en su recinto. Es un enorme corazón que inquieta, como inquietan los corazones cuya palpitación interminable se siente, se toca, se oye. De pie en los alrededores de las fábricas se siente la leve, pero poderosa trepidación del suelo, cosa parecida a la que se siente en los pechos al poner la mano en el lado izquierdo, sobre el corazón.

* * *

La heladora de manubrio tiene algo de caja de música de verano. ¡Qué gran mú-

sica llena de frescor pone en el medio día la señorita de bata y con los brazos desnudos que da al manubrio incansablemente!

* * *

Los zapatos de terciopelo son como un antifaz de los pies.

* * *

Eso de calcular la fuerza de los motores de aeroplano hablando de caballos, es quizás lo que aún no les ha hecho estables, tranquilamente estables en el aire. Había que llamarles águilas o avestruces, y a los de los hidroplanos tritones. «Tantas águilas de fuerza» o «Tantos tritones», se debería decir.

* * *

Bajo la sombra de ese árbol que está emplazado en el centro de la llanura, parece que están en verdaderas cuclillas y de tertulia todas las ideas del paisaje.

* * *

Esa mano a la que falta un dedo, nunca parecerá que lo ha perdido, sino que lo oculta. Hasta parecerá que se la ha quedado metido hacia dentro, como el de un guante.

* * *

Los cristales de los cuadros hacen que los cuadros nos vean mejor... El cardenal, de Rafael, nos ve, no sólo porque sus ojos están capacitados para ver, sino porque tienen cristal y eso da más profundidad al cuadro y a sus ojos. La Gioconda nos miraba también en el Louvre gracias al cristal. Cuando nos reflejamos en esos cristales de mirada profunda que tienen los cuadros, nos encontramos mirados más inteligentemente que por un amigo o por un espejo.

* * *

Esas moscas que han venido con nosotros en el tren desde aquella lejana estación, ¿qué pensarán cuando se encuentren en la gran ciudad turbulenta e intrincada? Se volverán quizás locas, se estrellarán confusas, como provincianas o aldeanas arrancadas a su familia y abandonadas en el gran andén, correrán despavoridas sin encontrar posada; las moscas rateras y tratantes en blancas que esperan a esas incautas moscas en las estaciones las acabarán de perder.

* * *

Esa pareja lenta que pasa por el atardecer como sin moverse, parace que va

haciendo tiempo—años—para llegar a su casa el día de la boda.

* * *

Los únicos que dan de comer a las puertas—hambrientas como todo está hambriento—, son los niños que las dan a mascar nueces y nueces.

* * *

El mozo que crea el *cocktail* moviendo los cubiletes como en un juego de prestidigitación, lo que hace realmente es escamotearnos una peseta.

FIN



AGENCIA MUNDIAL
DE LIBRERÍA
PARIS

EL AMOR Y LA DICHA

HENRI BORDEAUX
DE LA ACADEMIA FRANCESA

EL AMOR Y LA DICHA

NOVELA

VERSIÓN ESPAÑOLA DE
GERMÁN GÓMEZ DE LA MATA



AGENCIA MUNDIAL DE LIBRERÍA
MADRID / PARÍS / BUENOS AIRES

ALDUS S. A., ARTES GRÁFICAS, SANTANDER



I

EN EL TREN AZUL

SE ha equivocado usted, señor mío. La cartera que se había metido clandestinamente en el bolsillo después de aliviarme de ella no contiene más que cheques inutilizados. Todo un fajo de cheques inutilizados. Una fortuna. De la cual le está vedado servirse. Lo mejor es que me la restituya sin tardanza y sin manifestación de ninguna clase. Los billetes de banco grandes de

que hubiera usted podido sacar partido se hallan ahí, dentro de mi chaqueta, que está colgada encima de la ventanilla y que he trocado por este pijama para pasar la noche. Le habría sido fácil sustraerlos durante mi sueño. En cambio, me ha despertado el contacto de sus dedos, por ligero que resultara.

—La... la carta robada...

—¿La carta robada? Busca usted una excusa. ¿Conque es una carta lo que pretendía procurarse de esa manera ilícita? Alegación falaz: somos totalmente extraños uno a otro. No, no se trata de eso, si comprendo sus gestos denegatorios. Usted no es parlanchín, y su semblante toma tonos verdosos. El ladrón está sin armas, y el robado provisto de una *browning* cargada. De modo que le tengo a mi merced. ¿Le entregaré a la policía? ¿Tocaré el timbre de alarma? Se me muestra usted aniquilado. Ha cesado de ser peligroso, suponiendo que lo fuera alguna vez. Cuando ha subido en Cannes a este departamento de salón-cama, donde yo contaba con permanecer solo, le acompañaba en el andén una señora hermosa que se esforzaba por consolarle, pues parecía contristado ya. He creído ver en usted un enamorado inofensivo a quien mal-

tratara una separación cruel. No imaginaba que fuese capaz de un crimen. Así como suena, de un crimen. Lo mismo podría asesinarme. Hemos cenado uno enfrente de otro en el vagón-comedor. Ha dado usted prueba de un apetito mediocre. No hemos cambiado la menor palabra: es la costumbre entre viajeros de puestos lujosos. No comienza la cordialidad sino a partir de las segundas clases. Pero yo le observaba y le adivinaba presa de una pena profunda, que me dejaba indiferente, por cierto. Después de mi cigarro, no pensaba más que en dormirme hasta París o, por lo menos, hasta Laroche. Por fortuna, han turbado mi quietud los bancos que fundo en Checoeslovaquia y en Polonia. He sentido vagamente, como en sueños, un roce misterioso. Cuando entreabría apenas mis párpados, harto pesados, he visto con claridad, al fulgor de la lamparilla, su rostro muy cerca del mío. He hecho la guerra en las trincheras, y después del armisticio he librado algunas batallas financieras duras. A esta doble experiencia debo cierta sangre fría que no me abandona en ninguna circunstancia de la vida. Así he dominado mis más que inconcretas impresiones lo bastante para no esbozar en apariencia el menor movimiento.

Sin embargo, debajo de la manta, a hurtadillas, mi mano izquierda buscaba, encontraba y acariciaba mi revólver. Había tenido tiempo de descifrarle a usted. ¿Ha notado los ocios que puede dejarnos el curso de las más violentas tragedias, las de la guerra, las del dinero? Por lo que respecta a las del amor, estoy menos informado. Sin duda no es usted un profesional, porque, en lugar de una decisión firme y fría, leía yo en sus ojos, en sus facciones demacradas, la irresolución y hasta la cuita más lamentable. Por eso no estaba tranquilo. Un profesional sólo mata bajo el imperio de la necesidad. Un desmañado, un incapaz, un novicio, puede dejarse arrastrar, por inquietud, por cobardía, por miedo, a sevicias sensibles. No me he rebullido, pues, durante la operación. Le he dejado despojarme a su sabor, aunque el trabajo ha sido dificultoso. Ya se había retirado a su colchoneta y, sin duda, pensaba apearse en Dijón antes de que, por mi parte, advirtiera su latrocinio, cuando he tomado la brutal ofensiva que le espanta todavía. Erguido, con la *browning* en los dedos, he saltado sobre usted, gritando: «¡Arriba las manos!» Tenía yo aspecto de asesino y usted de víctima. O más bien debíamos de aseme-

jarnos a actores de cine. Se habían trocado los papeles. Pero llegamos a Dijón... ¿ No se apea usted?... Voy a llamar a un empleado, a denunciarle, a entregarle... ¿ No me implora? ¿ Se niega a defenderse? Es una actitud. Todavía está en su bolsillo mi cartera. Lleva mi cifra. Le acusa. Ahora me la tiende usted. Gracias; no la quiero aún. Entre sus manos constituye una prueba abrumadora. En resumidas cuentas, sí, prefiero recuperarla. ¿ Sabe uno jamás a qué atenerse con la policía? Exigiría formalidades. Necesito realizar estos cheques en cuanto llegue a París. Porque, a pesar de todo, hay algunos que no están inutilizados; ya se lo confío. Renuncio a hacerle detener, porque empieza usted a interesarme. Pero con una condición. ¿ No me pregunta cuál? Pues bien; como me costaría trabajo dormirme de nuevo, me contará usted con toda franqueza su historia, y por lo pronto la de la carta robada a que aludía. ¿ Acepta? Muy bien. El tren vuelve a arrancar: estamos solos, tenemos tiempo. Le escucho... ¡ Ah, no vale ese silencio! Su semblante y mi revólver me han ahuyentado todo temor. Pertenezco a mi curiosidad. Deseo saber cómo un hombre honrado (porque usted ostenta todos sus estig-

mas imborrables) se compromete de buena gana en una aventura que puede llevarle a presidio. ¿Quizá desea que me presente a usted? Es justo, puesto que vamos a conversar a pecho descubierto durante algunas horas: Carlos Dampierre, director del Crédito Interaliado, cuarenta años, cruz de guerra; no insisto sobre la cinta de la Legión de Honor, promoción civil. Le corresponde el turno. Calla usted. Pero me digo: ¿no habrá indelicadeza en reclamar su partida de nacimiento a un desventurado sorprendido en situación desventajosa y para él descortés? Le ruego que me excuse. Guarde el anónimo, le autorizo a ello. Guárdelo, pero hable... Bueno, entonces responda a mis preguntas. Quiero creer que poco a poco recobrará usted alguna facilidad de palabra. En este momento está todavía algo aturdido. No tiene la costumbre de las actitudes inelegantes. Su fracaso acabará de apartarle de ellas. ¿Acepta responder? Pues comience. Explíqueme lo de la carta robada.

—No es más que un recuerdo literario, caballero.

—¿Un recuerdo literario? Usted se propone darme el pego. Le ruego que hable claramente.

—*La carta robada* es un cuento de Edgar

Poe. Un hombre de calidad, teniendo que esconder un papel comprometedor, lo pone en el lugar más evidente. Calcula, en efecto, que se lo buscará por doquiera, excepto en aquel sitio demasiado visible y como si dijéramos público.

—¿A qué viene esa historia?

—¿No ha hecho usted lo mismo al depositar sus billetes de banco en su chaqueta colgada de la ventanilla? Ha calculado también que, testimoniando tan poco aprecio por ellos, desviaba de esos billetes la atención.

—Es exacto.

—Tal era el sentido de la alusión que me he permitido.

—Es curioso: en la angustia en que yace usted, sólo la literatura no le ha abandonado.

—Tiene toda mi devoción. Pero ya observará que no me ha servido de nada.

—¿Sería usted, por casualidad, un literato?

—Todavía, no.

—Pues ¿qué es usted, señor mío? Ahora que ha recobrado el habla, explíqueme su caso.

—Es desesperado.

—¡Vaya! No hay casos desesperados.

Mientras no muere uno, nada se ha perdido.

—He creído morir.

—¿Cuándo?

—Hace un rato, cuando me ha apuntado usted con el revólver.

—No carece de valor, porque no se ha movido. Y hasta por un instante he supuesto que también estaba armado usted.

—Aguardaba un tiro.

—¿Con calma?

—Con impaciencia.

—Si ha de librarle la muerte, ¿por qué no opera usted en alguien?

—Es mucho más difícil.

—Prefería robarme.

—Sin duda alguna.

—Lleva usted asimismo la cruz de guerra.

—De ahí me viene la tentación.

—Habla usted en enigmas.

—No me deja usted hablar.

—¡Ah, por fin se ha soltado! Me ha hecho falta paciencia para conseguirlo. No titubee ya.

—Nada más sencillo. Fui citado por un golpe de mano. Habíamos sorprendido a una patrulla y tuve que registrar al oficial muerto.

—Pero yo estaba vivo.

—¡Ay!

—Gracias.

—A veces he meditado respecto al pensamiento de José de Maistre que suelen citar de mala manera los periodistas y que reza así (lo he copiado de una carta dirigida a su cuñado el señor de Saint-Réal): «No sé qué es la vida de un pillastre, porque no lo he sido jamás; pero la de un hombre honrado es abominable.»

—No nos extraviemos con citas.

—Ésta tiene su valor.

—No vale nada, pues un hombre honrado se vuelve un pillastre fácilmente. Usted constituye una prueba de ello.

—Dispense: usted me ha impedido volvérmelo.

—¿Y qué quería hacer con mi dinero? ¿Ha perdido en el juego?

—No: he ganado.

—El caso es que está sin recursos.

—Evidentemente.

—¿Cuál era su móvil?

—Partir.

—¿Para intentar fortuna?

—No, para regresar a Cannes.

—De allí viene.

—Claro.

—¿La señora del andén? Baja la cabeza. Lo confiesa. ¿Amor, entonces?

—Usted lo ha dicho.

—¡Ah, eso sí que resulta curioso! No he comprendido jamás que pueda uno arruinarse por una mujer, y menos aún que a causa de una mujer se pueda pensar en el suicidio. Eso supera mi razón. No quiero perder esta ocasión de instruirme.

—A expensas mías.

—Una confidencia le aliviará.

—Acaso. Mi historia será larga, caballero.

—La abreviará usted. Además, nos queda tiempo.

—Me es preciso remontarme dos años atrás.

—Puede hacerlo.

—¡Dos años, dos años ya que dura mi suplicio!

—¿Su suplicio? ¿Esa bonita mujer que le acompañaba al tren? Suplicio encantador.

—Es delicioso y cruel.

—Pero ha dado fin.

—La ausencia es el peor de los males.

—Ceso de interrumpirle.

—Hace dos años, había ido yo a pasar el invierno en Cannes. Llevaba entonces una

vida desocupada, como tantos jóvenes a quienes ha desamparado la guerra y a quienes se ha reprochado por error que buscaran lentamente sus aptitudes. Las mías eran literarias; pero no dejará usted de ignorar la afluencia que hay en la literatura hoy. ¿Lo ignora? Lo veo en su rostro. Pues ya está enterado. Las rentas de una fortuna bastante redonda, amontonada con trabajo por padres severos, pero previsores, venían en ayuda de esa desocupación y me autorizaban a prolongarla. Cuando me apeé allí, Cannes estaba todavía bajo la emoción de un acontecimiento considerable.

—La conferencia de los aliados.

—No da en el quid: un torneo de *tennis* que había congregado las mejores raquetas de ambos mundos: Kingscote y Lowe por Inglaterra, Johnson y Richards por Norteamérica. Lo habían honrado con su presencia la señorita Lenglen y miss Mackawe. Y por primera vez fue el triunfador uno de nuestros compatriotas, el señor Decoise. Todo el universo ha saludado su nombre. Los ingleses, que, conforme sabe usted, predominan en Cannes y dictan la ley, no volvían de su asombro. Figúrese: ¡qué humillación una derrota de sus campeones en un deporte que les pertenece! Son leales y aplaudían.

Pero rabiaban por dentro. ¡Y qué victoria para Francia! Una victoria resonante, única en nuestros anales.

—Hemos tenido la del Marne.

—En ella estaba yo. Pero no hemos sacado ningún deleite. Y los civiles están a punto de perder todas las ventajas que nos reportara.

—¿Y tomó parte en ella su señor Decoise?

—Se le había dado por inútil. Los atletas no tienen salud. En fin, en el salón, en el comedor del gran hotel cosmopolita donde paré, me encontraba a menudo con una señora joven, uniformemente vestida de negro o de blanco, cuyo dolor me hacía daño ver.

—¿Dolor?

—Sí. El primer sentimiento que me inspiró fué lástima. Desconfiemos de la lástima, que nos impone muchas debilidades. El hombre que media es implacable.

—Me gusta oírle hablar así.

—No dé usted importancia a la cosa: me desdoblo con facilidad. Ha reparado en su silueta desde el andén de la estación, ¿no? Armónica y flexible, tan blanca, que por ningún artificio de tocador puede obtenerse semejante carne nacarada, lisa y coloreada

como un pétalo de flor; lo mismo ocurre con sus cabellos, aun cuando han caído como los trigos bajo la hoz del segador, con sus cabellos rubios, cortados casi al rape, que desafían todas las lociones oxigenadas.

—Tenía puesto sombrero.

—Un sombrerito exquisito... A causa del color de sus trajes, la tomé por una viuda. Estaba, en efecto, separada del señor Decoise.

—¿Ha muerto?

—No, se había marchado. El señor Decoise, dueño del mundo después de su victoria, no tuvo más que arrojar el pañuelo entre las mujeres deslumbradas de Cannes. Escogió a aquélla. Pero, invitado desde Norteamérica para pasear por allá su gloria y medirse con Tilden, se negó a llevársela. Abandonada como Dido, ella hubo de pensar en el peor desenlace, renunciando a ponerlo en práctica sólo por no apesadumbrar con un remordimiento el destino brillante del ingrato.

—¿Cómo lo supo usted?

—No vaciló en participármelo cuando me hice amigo suyo. Entretanto, la seguía a todos los lugares y empezaba a consumirme por ella con un ardor que, a pesar de sus lágrimas, saltó a sus hermosos ojos. Nece-

sitaba un confidente y lo adiviné. Accedió a llorar con dulzura en mi compañía a orillas del mar cuando las rocas se tornan rojas y violáceas con el anochecer, luego en los tes y *restaurants* de moda. Por ella conocí su pasado. Perteneciente a la mejor sociedad, casada por snobismo con un hombre seductor, sin escrúpulos y de costumbres sospechosas, desde los primeros meses de su matrimonio se le reveló y la asqueó la indignidad de su esposo. Tuvo que librarse del infame yugo por el divorcio. Arruinada a medias, adoraba, empero, la vida elegante y no perdía ocasión de bordearla, en lo cual descubría una distracción a su tristeza. Así había tomado parte en las primeras eliminatorias del campeonato de Cannes, competido en un doble con la señorita Lenglen y seguido entusiasmada los *sets* que terminaron por la victoria del señor Decoise. Vencida ella misma, creyó encontrar la dicha, que fué de breve duración. Acabó por hallar cierto placer añorándola en alta voz. Yo me interesaba con apasionamiento por su convalecencia. Me expresó el disgusto que le hacían experimentar las promiscuidades del hotel. Alquilé para ella en la carretera de Antibes una *villa*, que amueblé inspirándome en sus preferen-

cias. Un día, la visitamos juntos. «No falta nada, suspiró. El mar, el sol y las flores se disputan el placer de adornarla. El personal mismo está en su puesto. Y he visto en el *garage* una suntuosa lemosina. No falta nada, excepto el propietario, que está ausente...» Sonreí y le entregué las llaves, inclinándome: «Está usted en su casa, señora.» Tan trastornada se puso, que me echó los brazos al cuello y por un instante creí que me invitaba a quedarme. Pero se desenlazó el abrazo en un beso de hermana y tuve que volver a mi cuarto de hotel.

—Es usted el postrer caballero.

—Lo fuí provisionalmente y no me produjo orgullo ni ventaja. No quería tener a aquella mujer sino por sí misma.

—Las mujeres prefieren alguna violencia.

—Del que aman, quizá. Ella no me amaba. Se prolongó mi cuarentena. Por fortuna, vino a poner término a la tal una historia de atraco. Habiendo sido teatro de un robo nocturno la *villa* vecina, me retuvo al día siguiente. El temor fué mi cómplice. De noche, mientras yo la escuchaba dormir, sus labios se entreabrieron para pronunciar un nombre. Llamaba a Héctor.

—Se llama usted así.

—Me llamo Eduardo. Héctor es el nom-

bre del señor Decoise. Me engañaba con un fantasma. Al principio, con la embriaguez de un placer que ella no compartía más que a medias y no alejaba, sin embargo, no presté a ello una atención excesiva. Poco a poco me poseyeron los celos hasta el furor. Los periódicos norteamericanos celebraban al campeón de Francia: llenaba yo con ellos los cestos de los papeles, de donde salían sistemáticamente encima de la mesa, de suerte que hube de quemarlos. Por todas las habitaciones se mostraban fotografías de él con todas las vestimentas, y sobre todo, con pantalón blanco, sandalias, cinturón, camisa blanda y cuello abierto. Me ingenié por esconderlas. Reaparecían como por encanto. Mimé a mi querida a fin de anular en ella el recuerdo de mi rival; pero, durante los paseos más gratos, o por la noche, ataviada con los trajes más caros y las alhajas más raras, me agradecía con ojos entristecidos que cuidara de tan delicado modo su dolor. Comenzaban a faltarme los recursos. No se puede saber cuánto requiere una dama que pretende olvidar su pena... a toda costa, nunca mejor dicho que en este caso. En vano me esforcé por realizar economías personalmente. Ella necesitaba una distracción

perpetua y, de manera infalible, siempre resultaba la más costosa. «El lujo adormece mi pena, me confesaba con lagotería. Ya no la siento en las fiestas. En cuanto estoy privada de ellas, vuelve...» Llegó día en que tuve que confesarle mi apuro. Me replicó que la llevara a Montecarlo. «Te daré buena sombra», me aseguró. Y pensé en la Manón del caballero Des Grieux. ¿Me conduciría al crimen?

—Ya le ha conducido.

—Se anticipa usted. Sigamos, si le place, el hilo de los acontecimientos. En Montecarlo gané a la ruleta algunos meses amables. Luego empecé a perder. Con un tacto perfecto, ella me detuvo en esta pendiente. Pedí prestado a mis amigos, después a indiferentes, más tarde a desconocidos.

—¿A desconocidos?

—Halagando su amor propio, se les puede sacar algo. Poca cosa.

> Encuentra uno en el café tipos
> que parecen muy obsequiosos
> y no piden dinero nunca.

—¿Hace usted versos?

—No, los cito. Por último, una noche, en mi hotel...

—Yo creía que compartía usted la *villa* de su querida.

—Incluso la compré para ella, porque le gustaba. Un collar de perlas, un auto, una *villa*, vestidos y dos años de consuelo; no hace falta más para reducir a un hombre de calidad a la indigencia.

—¿Por qué no me confiaría usted sus fondos? Precisamente, hace dos años buscaba yo capitales. En mis manos habrían fructificado los suyos.

—Y no me habrían valido tan buenos ratos.

—¿Conque decía usted que una noche, en su hotel...?

—Había ella exigido, por su reputación, que conservase allí un cuarto y hasta que me acostara en él algunas noches cada mes. Así entré en la vía criminal. Aquella noche, una avería en la luz eléctrica me habría obligado a ganar a tientas mi domicilio si no hubiera tenido la costumbre, desde la guerra, de llevar en mi abrigo una lámpara de bolsillo. Hacía jugar el resorte con intermitencias, cuando en el corredor mi lucecita sacó de la sombra una silueta extraña y sospechosa: un hombre casi desnudo, pero con el rostro oculto tras una careta de terciopelo, que se deslizaba sin ruido y que, al ser descubierto, pareció girar sobre sí mismo como un ave nocturna cegada de

pronto por un faro. No dí ninguna importancia a mi descubrimiento: sin duda, uno de esos mil dramas amorosos que se enlazan y se desenlazan en los caravanserrallos de la Costa Azul. Pero el individuo se abalanzó sobre mí, me llenó la mano de papeles y se perdió en la caja de la escalera. No había dispuesto de tiempo para reponerme de su agresión, cuando ya había desaparecido él. Un poco atontado entré en mi cuarto y examiné aquellos papeles. Eran billetes de banco. Me había tropezado con un rata de hotel que, tras de cortar la corriente eléctrica, operaba en las habitaciones de los asiduos al casino, sabiendo que no regresarían aún. Compraba mi complicidad. Al día siguiente, un general boliviano y un senador argentino se quejaron de haber sido despojados de considerables cantidades escondidas en cajones bajo llave. No presté la menor atención a este suceso, que olvidé muy pronto. ¿No es un caso idéntico al de Des Grieux en el hotel de Pensilvania? Pero a Des Grieux le amaba Manón, y a mí no me amaba Gisela.

—¿Se llama Gisela?

—¿Cómo no se lo habré especificado a usted todavía?

—Sin embargo, le prodigaba sus favores.

—No los prodigaba, los otorgaba; pero no cesaba de pensar en el otro.

—Nos bastan las realidades.

—No podrán bastar a un verdadero amante, que con las caricias quiere obtener el corazón y el espíritu inclusive.

—¡Cuántas exigencias y tonterías!

—Usted no ha amado, caballero.

—No, por cierto.

—Peor para usted.

—¿Cómo que peor para mí? Me traza con una franqueza que me escandaliza...

—La de los psicólogos.

—... las etapas de su decadencia. ¡Y encima me compadece!

—Sin duda alguna. Mis males me son más gratos que sus bienes.

—Ya me lo ha demostrado. Pero termine, se lo ruego.

—El socorro inesperado que había yo recibido de un ladrón prolongó sólo por poco tiempo una situación que el carácter de mi querida hacía intolerable. Aquella encantadora niña mimada me reclamaba cada mañana con su voz calina la luna, o, por lo menos, alguna estrella de primera magnitud. Por último, tuve que pedir gracia. Me persuadió para que me marchase. Tomó mi billete a París, me reservó este puesto

de salón-cama, me acompañó a la estación. El señor Decoise viene de regreso por el Océano.

—¿Qué pensaba hacer usted poco antes?

—Desvalijarle a usted, apearme en Dijón y retornar a Cannes.

—Puesto que es imposible ese retorno, tome ahora una resolución viril.

—¿Cuál?

—La de olvidar a esa mujer y probar fortuna. Me ha interesado su caso. Le ayudaré.

—¿Usted?

—Yo mismo. Precisamente necesito alguien para mis nuevos bancos. ¿Sabe usted el checo?

—¿El checo?

—Evidentemente, no lo sabe. En vano he formulado esta pregunta a todos los jóvenes que buscan un empleo. Es lástima. ¿Y el alemán?

—Lo he aprendido en las prisiones.

—¿En las prisiones?

—Sí, en Alemania, al final de la guerra.

—Al pelo. Le enviaré a Praga. Checoeslovaquia despierta a la vida financiera, mientras Polonia se zambulle aún en las disensiones intestinas y vive del recuerdo de Sobieski. Varsovia no es una buena plaza para los negocios. Praga, sí. He funda-

do allí una sucursal. Me hace falta un representante distinguido, y usted lo es; emprendedor, y usted lo es; sabiendo gustar, y usted sabe...

—¡Ay, no!

—Sabrá. Y resuelto a salir adelante en su carrera. Está usted en las últimas; esa resolución le salvará. Convenido: le coloco. Han comenzado de la peor manera posible nuestras relaciones, y no pueden por menos de mejorarse. Están mejorándose ya. Me ha conquitado usted hablándome de una cosa que a mi edad ignoro, sin haber tenido jamás tiempo de practicarlo.

—¿Y cuál es?

—El amor. No adopte ese aire ofendido. He ganado todas las partidas que he arriesgado, y ganaré ésta. Le libraré de esa mujer.

—Usted no la conoce.

—No tengo interés en conocerla. Le anticipo quinientos francos. No más, porque entonces volvería usted mañana a Cannes.

—Esta misma noche.

—En cambio, al precio en que está la vida, con sus quinientos francos sería usted despedido sin tardanza.

—¡Ay!

—Provisto de ese dinero, tratará de vivir ocho días. Estamos a viernes.

—Día de Venus.

—Le doy cita para el viernes próximo en la estación aérea del Bourget. Saldremos juntos para Praga. Le revelaré mis intenciones en ruta. Una recomendación, no obstante. Allá no se ande escatimando la moneda. En el extranjero eso está mal visto.

—Caballero...

—Excuse esta advertencia que le molesta. Usted no tiene una cartera repleta; pero le doy la mía. Poseo otra, la de los cheques... Me asombra que no me lo agradezca.

—¿Qué voy a agradecerle? Praga está muy lejos de Cannes.

—Por fortuna. Eso es una garantía. Hemos llegado a Charentón. Permita que doble este pijama, me haga la corbata y me ponga mi chaqueta. Se aproxima París. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—Dígame su nombre.

—Se lo diré el viernes próximo en la estación del Bourget.

—¿Irá usted?

—Iré. Aun cuando no fuera más que para devolverle sus quinientos francos...

—Hasta la vista, señor.

—Hasta la vista.



II

LA ESTACIÓN AÉREA DEL BOURGET

ANTES de ir al banco de los Campos Elíseos, el señor Carlos Dampierre, director del Crédito Interaliado, hizo a su *chauffeur* parar en la calle de las Pirámides, en la casa central de la Compañía Franco-Rumana de Navegación Aérea, para retener dos puestos en el avión de Estrasburgo y Praga del viernes siguiente. ¿Dos puestos? Titubeó un instante antes de pedirlos a la joven transilvana de ojos demasiado negros, de dientes demasiado blancos, de mejillas dema-

siado doradas, que, arrastrando las erres, se informaba de sus deseos, pues detestaba los gastos inútiles, aunque se complacía en los suntuarios.

«¿Vendrá mi desconocido?—pensaba el financiero, con horror a la incertidumbre—. No me ha dado su nombre; por tanto, no vendrá. Pero ¿cómo no ha de venir? Está a punto de agotar sus recursos y le ofrezco la salvación. Es un loco, y quizá un loco peligroso. ¿Por qué le he empleado? ¿Estaré loco yo también? Todo el mundo lo está más o menos. El día en que cese la locura, ya no girará la tierra, se enfriará. Inscribamos en la partida de quebrantos los quinientos francos que anticipé. Y añadamos el precio del trayecto París-Praga.»

Así pagó los dos billetes, no sin alguna vacilación, que se advirtió al otro lado de la ventanilla.

—¿A qué hora es la salida, señorita?

—A las nueve, como de costumbre.

—Espero que estemos allí.

Allí estuvo, y mucho antes de la hora.

Pasadas las afueras leprosas de Aubervilliers, la llanura se liberta de pronto de las bicocas, de las casuchas y de los escombros que la devoran y la roen detrás de la barrera, como un ejército de polillas ensa-

ñándose con una piel. Es el campo de aviación del Bourget, que se extiende a lo lejos hasta las ligeras colinas vaporosas de Montmorency, bordeado a los dos lados por los *hangars* militares y los *hangars* de las Compañías, algunos de los cuales, monumentales, tienen aspecto de catedrales modernas, pero de catedrales severas, desnudas, sin adornos, sin arte, sin estilo, caparazones de hierro con una bóveda única y formidable donde pueden caber a gusto los Goliath y que inducen a prever la construcción de aparatos más grandes y más poderosos todavía. Los talleres de reparación y casi de fabricación se alínean detrás de la avenida reservada a las cocheras de los vehículos aéreos. En el centro están aglomerados los edificios blancos, con tejados planos, de las Oficinas; del Pabellón Paul-Bert, vasto puesto médico en que los pilotos son sometidos a todas las presiones atmosféricas y a todas las observaciones científicas antes de contratarlos; de la Telegrafía sin hilos, que acompaña a los aviones a todo lo largo de su trayecto; de la Cartografía, que presenta un extracto de todos los fenómenos meteorológicos; del Terminus-Hotel, en fin, que ofrece a los viajeros, al propio tiempo que salas de espera y *buffet*

a todas horas, la visión de las salidas y llegadas, bien a través de amplios miradores encristalados, bien desde su terraza acondicionada para café.

A causa de sus negocios, Dampierre se había acostumbrado a esos viajes aéreos que ponen Londres a dos horas de París, Bruselas a hora y media, Amsterdam a tres, Estrasburgo a dos y media, Praga a cinco, Viena a siete y Bucarest a diez y seis o diez y ocho, transportándonos frescos y ágiles, sin gastos exorbitantes, dentro del mismo día, a todas las citas comerciales o financieras. Llegaba a la estación siempre en el último momento, con el tiempo justo para ocupar en la caja interior del pez volador un asiento retenido al borde de un tragaluz, con su comida fría, sus periódicos y sus legajos. Porque podía comer y trabajar en ruta, como hombre presuroso, tan insensible al mareo del aire cual a la vista de la tierra demasiado geométricamente dividida. Por una vez estuvo con un adelanto de cincuenta minutos y pudo observar el espectáculo del campo de aviación, que jamás había tenido espacio de observar.

Sobre el terreno pavimentado, los aviones estaban dispuestos como caballos de carrera o más bien como grandes trineos des-

lizándose sobre la nieve. Por turno, según el horario, recibían en sus flancos pasajeros y equipajes, y a raíz de los primeros movimientos de la hélice y de los ronquidos del o de los motores, se lanzaban por la pista un poco torpes, comparables a albatros ineptos para la marcha; tomaban viento y se elevaban majestuosos, dichosos, a su guisa en el espacio libre: blancos Handley-Page o amarillos Goliath con nombres de provincias francesas, camino de Inglaterra; elegantes Focker azules de alas de oro, con destino a Holanda, grises Blériot, Farman o Candron de la Compañía Franco-Rumana, la más ambiciosa, que abarca por los senderos del cielo Alsacia, Bohemia, Polonia y Rumania; biplanos sólidos y recogidos o monoplanos ligeros y como abandonados al aire, cuyas salidas resultaban gozosas en la pureza límpida de la mañana apenas turbada hacia el confín del horizonte por el aborregamiento algodonoso de algunos bellos cúmulos.

Incapaz de un descanso intelectual, el banquero se interesó en balde por esos dramas de las estaciones, a los que la humanidad aporta más franqueza, se entrega más de prisa que en la vida ordinaria: adioses rápidos y lacerantes, promesas cambiadas,

miradas ansiosas sustituyendo las confidencias imposibles entre el ruido de huracán desencadenado por los motores. Entretanto, se había preparado el avión de Estrasburgo. Y hasta se había traído de un gran almacén de alimentación el fiambre de ave reservado a la comida que había de dar aquella misma noche en Praga el ministro de Francia, quien tenía la costumbre de encargar uno de sus platos a París para asombro y golosina de sus invitados.

Las nueve menos cuarto. Carlos Dampierre empezaba a dudar del extraño compañero de viaje que había escogido. Sin duda, fué presa de un bandido industrioso y letrado. El relato de Cannes no constituiría más que una invención. Los hombres poderosos, prontos al enervamiento y con la imaginación quebrantada sin cesar, siempre se dejarán prender en los cuentos orientales de *Las mil y una noches*, en que se trata de sultanas y de tesoros. ¿Cómo había podido de Dijón a Charentón—en Charentón debió precipitar por la portezuela al miserable, designándole el asilo de alienados—, escuchar a un individuo que no se dió a conocer de él sino sustrayéndole su cartera? ¿No había, en verdad, perdido la razón él mismo, que se creía infalible y manejaba a

los hombres y los negocios a su antojo, de cerca o de lejos, de viva voz, por teléfono, por cable y por telegrafía sin hilos; él, que sabía de memoria las cotizaciones de Bolsa del mundo entero y a quien nadie había atrapado en falta de clarividencia? ¿No sería víctima de la eterna, de la tonta generosidad francesa, que no se contenta con perdonar al enemigo menos honrado, sino que aun le abruma a obsequiosidades, aportándole su concurso y ofreciéndole su amistad?

«¡Bah!—se dijo para excusarse—, me he distraído así...»

Pero tenía en la mano los dos cupones: luego no era por distraerse por lo que los había comprado. Un sueño no deja consecuencias. Se disipa con la aurora. El suyo duraba después de ocho días y se imponía a él bajo una forma doble: un Aladino de la lámpara maravillosa que descubría ratas y aves del paraíso, con un rostro afeitado, casi azul, y ojos de terciopelo sombrío; una sultana toda blanca bajo sus velos transparentes, con la piel nacarina, lisa y coloreada como una flor, a quien había distinguido apenas en el andén de una estación, pero que se cristalizaba en su recuerdo, alumbra-

da por la luminaria de aquel hechicero nefasto.

«La locura es contagiosa—pensó todavía—. No me conviene encontrarme más con ese hombre.»

Y conforme promulgaba este decreto individual contra el desconocido, le vió apearse de un lujoso automóvil delante del Terminus-Hotel, lo cual le inspiró incontinenti una reflexión práctica:

«Habría podido venir en taxi o tomar el autobús, por cierto muy confortable, de la Compañía...»

Ya el recién llegado, vestido con elegancia, avanzaba hacia él sin despedir su coche.

«¿Me dejará pagarlo?»—se indignó el director del Crédito Interaliado, que le recibió con frialdad:

—Llega usted con el tiempo tasado. ¿Dónde están sus quince kilos de equipaje? Embarquemos.

—Yo no me marcho: excúseme.

Esta negativa produjo el efecto de exasperar al banquero:

—¿Cómo que no se marcha? Están reservados nuestros asientos. Cuento con usted.

—Pues no cuente, caballero. Y aquí tiene sus quinientos francos.

—No se trata de reembolsarme. Necesito quien me secunde en Checoeslovaquia.

—Márchese solo cuanto antes. Le están llamando.

—Que me aguarden. Estaba usted con el agua al cuello. ¿Ha heredado, pues?

—No; es toda una historia.

—Resúmala en dos palabras.

—Una historia no se resume en dos palabras, y va a perder usted el avión.

—¿Está decidido a no partir?

—¿Para Praga? Claro que no; pero sí para Cannes. Sepa que hoy tengo veinte mil francos, ganados honradamente, en mi cartera.

—En la mía.

—Me la dió usted.

Entretanto, roncaban a toda orquesta los motores.

Un empleado con gorra fué a advertir al señor Dampierre que ya no se podía aguardar a nadie.

—No me marcho—declaró de súbito.

Una pareja joven, que a distancia prudencial observaba sus movimientos con atención, se precipitó sobre él:

—Caballero, caballero, nosotros le compramos a doble precio sus cupones. Nos lo había advertido la muchacha.

—¿Qué muchacha?

—La de la oficina de la Compañía. Ya no había puestos libres en la carlinga, y por toda clase de razones nosotros queremos huir hoy mismo por la vía aérea. Nos previno que un señor provisto de dos cupones parecía indeciso, y estábamos aquí por si acaso...

Se hizo el cambio con rapidez, y los dos enamorados escalaron a toda prisa el escabel para entrar en el vientre del avión. Dampierre y el otro asistieron a la partida, que fué brusca a causa de algunos minutos de retraso. La pareja les sonreía a través de la vidriera. Luego el carro volante corrió por el césped.

—¿Por qué no se ha marchado usted?—preguntó el desconocido cuando el pájaro hubo dejado el suelo.

—Para oír el relato de su nueva aventura.

—Es usted tan curioso como el rey Schahriar, y yo soy su sultana Scheherezada. Ya notó su aire preocupado la pequeña funcionaria de la Compañía Franco-Rumana, a quien también hube de visitar para cerciorarme de la veracidad de su invitación. Todas las mujeres poseen los primeros elementos de la psicología. Esa había advertido a los dos viajeros retrasados,

porque adivinó que no se marcharía usted. Las mujeres son más maliciosas que nosotros.

—¡Vaya! Pero ¿no ve que he hecho un negocio? Me devuelve usted quinientos francos, revendo mis cupones a doble precio y me desembarazo de un agente infiel y de un acompañante quizá homicida.

—¿De quién habla?

—De usted.

—Dispense: soy yo quien le deja.

—Pero yo me aprovecho. Si quiere, dentro de un rato almorzaremos juntos en el Terminus. Antes habrá usted satisfecho de nuevo mi curiosidad.

—Prefiero entenderme en el acto con una de estas Compañías de navegación y pedirle un piloto.

—¿Un piloto?

—Sí, deseo trasladarme a Cannes por el cielo. Estaré allí esta noche y descenderé cual un ángel sobre la *villa* de Gisela.

—Se topará usted con su campeón.

—¿Qué importa, si la veo?

El director del Crédito Interaliado contempló al demente, procurando contenerse; pero no pudo lograrlo mucho rato y estalló:

—No partirá usted. O le denuncio por estafador.

—¡Caballero!

—Sin duda. ¿De dónde proceden esos veinte mil francos a los cuales ha aludido usted? ¿De qué nuevo embeleco?

Su interlocutor rechazó con un ademán delicado la acusación infamante y se determinó a las confidencias.

—Me llamo Eduardo Malval. Le ruego que retenga este nombre, pues mañana será célebre. A cuenta de tal fama futura he cobrado ya automáticamente veinte mil francos. Un simple anticipo. Seguirán otros cheques.

—Basta de enigmas. Hablemos claro.

—Claro estoy hablando, señor. Pero es usted impaciente. Exige revueltos desenlace y peripecias. He aquí, pues, mi nuevo avatar. Yo había escrito en mis insomnios y durante las pruebas modistiles de Gisela, frecuentes y prolongadas, el relato de nuestra dolorosa unión, sin omitir nada.

—¿Ni siquiera lo del rata de hotel?

—Ni siquiera lo del rata de hotel. Un relato desprovisto de pretensiones y aun de lirismo, exacto como un acta cuya tinta estuviera borrada a medias por las lágrimas del firmante. A salga lo que saliere, lo había enviado al concurso *Manón Lescaut*.

—¿Cómo dice?

—Digo que al concurso *Manón Lescaut*. Naturalmente, usted ignora los grandes combates literarios de nuestro tiempo: es un financiero. La literatura tiene sus campeones, como el *tennis*, el boxeo, las carreras a pie, el caballo y todos los juegos olímpicos.

—Sí, vamos, sueña usted con eclipsar al señor Decoise.

—Eso mismo. El premio de novela de la Academia y el premio Goncourt son las arenas oficiales. Pero hay otros, abiertos por ricos particulares: el premio de *La Vida Dichosa*, el premio Balzac, el premio Flaubert, de feliz memoria. En fin, una gran señora de retiro y que fué galante, según se asegura, ha puesto a la disposición del editor más ingenioso y más audaz de la capital una suma anual de cincuenta mil francos para laurear la mejor novela de amor. El jurado está elegido entre mujeres del gran mundo autorizadas.

—¿Por sus esposos?

—Claro que no, sino por la moda. Al punto encontró el señor Max Beylier, que es el editor, este título genial: concurso *Manón Lescaut*. Y he concurrido.

—¡Ah!—exclamó el señor Dampierre—, empiezo a comprender.

—Al apearme en París, me presenté por si acaso en casa del editor, que varias veces seguidas no se había dignado recibirme. Pero ayer me saltó al cuello.

—¿Para estrangularle?

—Para abrazarme... «Tenemos, me dijo, un éxito prodigioso. ¡La mejor novela de amor! ¡Qué publicidad!...» Y acto seguido me contó veinte billetes grandes como pago de una tirada de cien mil ejemplares.

—Pero no está dado el premio. Vende usted la piel del oso antes de haberla cogido.

—Todo el mundo la vende hoy así. ¿Y usted mismo, en los bancos, qué otra cosa hace? Es más seguro. Comprenda que una tirada de cien mil ejemplares, y no olvidemos los de contrabando, exige cierto tiempo para la fabricación. Es menester, pues, que el editor enseñe su juego de antemano. Corre un riesgo; pero a ése le gusta correrlo. Mañana seré el afortunado ganador. Mis triunfos son los mejores. Tengo noventa probabilidades de ciento.

—¡Un noventa por ciento de probabilidades!—corrigió el banquero, deslumbrado—. Bonita cifra.

—Y quizá un noventa y cinco. En ningún otro manuscrito se ha envilecido tanto como en el mío el amante, y eso es la mayor prueba de amor, ¿verdad? Mañana o pasado mañana llenaré con mi nombre los periódicos.

—¡Como si me hubiera usted asesinado en el tren azul!

—¡Sí, a fe mía! Los procedimientos literarios se han perfeccionado. Una novela puede valer tanto como un crimen. ¿Tendré la paciencia de aguardar a ese estallido para volar a Cannes? No lo creo. Decididamente, voy a parlamentar con la Compañía aérea.

—Caballero—proclamó el director del Crédito Interaliado—, se lo prohibo.

—¿Con qué derecho, vamos a ver?

—Con el derecho que tengo sobre usted. ¿Cómo se entiende? Conque le sorprendo con la mano en mi chaqueta...

—En su pijama, por fortuna.

—Callará usted al instante, señor mío. Le atrapo en una postura de ladrón. Le perdono y le escucho en vez de entregarle a los gendarmes. Más aún, me inspira usted lástima y simpatía, y le ofrezco rehacer su porvenir. En lugar de arrepentirse y de mostrarse agradecido, va usted a pu-

blicar el relato de sus indignos amores, a envanecerse de su envilecimiento, a sacar provecho de él, a inundar con él el mundo. ¿Quién me asegura que, arruinado por segunda vez, no recomience usted la aventura del salón-cama? ¿Quién me garantiza que el robo no le conduzca hasta el asesinato? Robar por amor o matar por amor, será siempre amor a sus ojos. No tiene usted más que esa palabra en la boca. Está aquejado de locura. No se deja en libertad a los locos. Aquí mismo, cerca del campo de aviación, hay una comisaría policíaca. Voy a denunciarle.

—No bromee, señor. Está usted reembolsado.

—¡Qué mal conoce usted la justicia de los hombres! No fué arrestado por un crimen que había cometido; pero lo será por uno del que está inocente. No hay cosa más sencilla.

—Le ha tocado el turno de asombrarme. Pero prescindo de cortesías y corro a esas oficinas que disponen del cielo.

Y el concursante del premio *Manón Lescaut* se esquivó a grandes zancadas para ir a negociar su transporte inmediato a Cannes. Viéndole alejarse, el señor Dampierre tuvo el mohín indiferente del profesor

que sabe dónde flaqueará el alumno, del cazador al acecho que tiene segura la caza, del justiciero que ha organizado la ratonera donde caerá fatalmente el malhechor. En efecto, un cuarto de hora lo más tarde, el futuro literato, de conciliábulo con unos mecánicos debajo de un *hangar*, se vió interpelar por un inspector de la Seguridad General:

—¿El señor Eduardo Malval?

—Servidor de usted.

—Haga el favor de seguirme, caballero.

—Usted se equivoca.

—Evitemos el escándalo. Le detengo. Existe una denuncia contra usted.

—¿Una denuncia?

—Ha sustraído usted la cartera al señor Carlos Dampierre, director del Crédito Interaliado.

—De ningún modo: esta cartera es mía.

—Lleva en letras entrelazadas la cifra C. D.

—Es verdad.

—Y contiene diez y nueve mil quinientos francos.

—Es verdad asimismo. ¿Cómo lo sabe usted?

—Porque lo especifica la denuncia.

Este cálculo encantó al enamorado de

Gisela, quien desde entonces cesó de formular una protesta cuya inutilidad le pareció absoluta. El anticipo del editor, disminuído por el reembolso de su deuda, arrojaba exactamente la suma de diez y nueve mil



quinientos francos. Su enemigo había pensado en todo. Conducido a la comisaría, se encontró allá con el señor Dampierre.

—Aquí está el culpable—declaró, orgulloso, el inspector.

El banquero se imaginaba hallarse frente a un detenido que vociferaría y se debatiría. La calma de su víctima le dejó estupefacto.

—Irá usted a la cárcel.

—Por ella.

—Será usted condenado.

—Por ella.

—Conocerá usted el oprobio.

—Por ella.

—Y la reclusión.

—Por ella.

Había adoptado con naturalidad la actitud hierática de los mártires en los cuadros del siglo XV. Y como los polizontes le empujaran sin miramientos, se volvió, para añadir con una voz angélica:

—¡Pero qué reclamo para mi editor!



III

LA PRISIÓN FLORIDA

En el aeródromo de Neuhos, próximo a Estrasburgo, mientras roncaban los motores, corría de un viajero a otro una pequeña vendedora de periódicos, semejante con su gran cofia alsaciana a una mariposa que revolotease de flor en flor. El señor Dampierre, quien regresaba por la vía más práctica, o sea la más rápida, de Varsovia, toda henchida de discusiones políticas y de grandes ceremonias conmemorativas, y de Praga, convertida en mercado de granos de la

Europa central, le compró un montón de papeles, no sin alguna repugnancia, pues no tenía ni la *Cote Desfossés* ni las gacetas de la Bolsa.

—¿Qué tiene usted, entonces?

—Todos los diarios de París y los ilustrados.

—¿Qué se va a hacer? Démelos.

Con su menguado botín se instaló bien cómodo en su butaca reservada al borde de la vidriera para pasar las dos horas que le separaban del aterrizaje en Bourget. El avión fué a tomar altura por encima del Rhin para salir luego directo a los Vosgos. En algunos instantes, los viajeros pudieron poseer con los ojos todo el hermoso jardín reluciente y craso, sembrado entre el río y la montaña, mientras la flecha puntiaguda de la catedral rosa los apuntaba desesperadamente.

«¡Tiempo perdido!»—pensó Dampierre durante la travesía de los Vosgos, de los cuales, quinientos metros abajo, lograría distinguir las buenas carreteras entre abetos y hayas, y hasta los senderos, pues las hojas de marzo no tapizaban las selvas todavía.

Se irritaba por no conseguir sustraer su espíritu y sus sentidos al espectáculo de

aquel paisaje, y para ilustrarlo lamentaba no estar informado con exactitud respecto a la superficie de los bosques, a su esencia, al precio del esterio de leña. Para cobrar cuerpo y vida, la materia inerte reclama un cálculo.

Por fin desplegó sus periódicos. Buscando las cotizaciones del cambio en última página—en última página, ¿no era un escándalo?—cayó sobre la información deportiva y pudo leer en el grave *Tiempo:*

«El campeón de Francia en el juego de *tennis,* el señor Héctor Decoise, a la vuelta de los Estados Unidos y del Brasil, después de una paseata triunfal de cerca de dos años, en el curso de la cual no encontró más que un adversario de su talla, el señor Tilden, acaba de dejarse vencer en el campeonato de Cannes, con estupefacción de todos los aficionados a ese deporte mundano en el que parecía incomparable su *perfonmance.* El joven señor Lacoste ha ganado contra él la final en dos *sets* rápidos, a 6-2 y 6-2, por medio de un juego de red preciso y seguro que ha parecido desconcertar al jugador a su retorno de ultramar. A causa de las apuestas que se habían hecho por su nombre, ha sido tan vivo el descontento entre los circunstantes, que

han roto las banquetas y que al desgraciado vencido ha tenido que protegerle la policía. En materia de *sport* también, la roca Tarpeya puede limitar con el Capitolio.»

¿Por qué podría interesar esta noticia al director del Crédito Interaliado? Jamás había leído tan por extenso lo relativo a las cosas sportivas, que despreciaba copiosamente, como sólido mocetón seguro de su fuerza. Le había retenido el nombre del señor Decoise. Conocía de cabeza a pies al personaje cuya plástica y cuyos éxitos anteriores subyugaban a la sultana del andén de la estación en Cannes, quien no era ya sino un fantasma en su recuerdo; pero los fantasmas tienen más prestigio sobre los vivos, por ser inasequibles e inmateriales. Y de la sultana corrió su pensamiento a la lámpara maravillosa del Aladino a quien con harta injusticia hizo encarcelar.

«Le he confiscado diez y nueve mil quinientos francos—se dijo con una sonrisa que sus compañeros de avión tomaron por testimonio de feliz confianza en la travesía—. ¡Bah, no le vendrá mal recuperarlos en su día! Porque se los devolveré. Se los habría gastado con esa mujer. Merecía que se le encerrara. Debiera encerrarse a

todos los enamorados. Ellos son los que hacen marchar el mundo cabeza abajo. Ya lleva diez días de meditar en una celda. Iré a libertarle si ha sido bueno...»

Y dándose las gracias a sí mismo por su magnanimidad, abrió *El Fígaro*. En primera página campeaba este título:

UN NUEVO FRANCISCO VILLÓN

EL SEÑOR EGDAR MALVAL, LAUREADO CON EL PREMIO «MANÓN LESCAUT», EN PRISIÓN

Atraído por el nombre, pero exasperado por la importancia de esta publicidad, tuvo un acceso de mal humor antes de empezar la lectura del artículo. Decididamente, todas las gacetas estaban redactadas a cuál peor. ¡Había que desojarse para descubrir las noticias de Bolsa, relegadas a rincones oscuros, igual que en penitencia, y se celebraba en caracteres tan gruesos como los de la política a los novelistas y a los ladrones! Tras de esta observación, comenzó a leer, no sin escupir por el postiguillo entreabierto, sobre Nancy, encima del que volaba:

«Anteayer anunciamos—escribía el cronista—los resultados del concurso *Manón*

Lescaut, instituído por la munificencia de la señora marquesa de Rialto y organizado bajo los auspicios del conocidísimo editor parisiense Max Beylier. Un jurado compuesto de mujeres del gran mundo proclamó por votación unánime al feliz ganador del premio, es decir, al autor de la mejor novela de amor. El manuscrito del señor Edgar Malval, *Infelix amor*, ha recogido sin contestación posible todos los sufragios.

»Así, pues, la fortuna (el premio es de cincuenta mil francos, y el editor anuncia ya una tirada de cien mil ejemplares del libro) y la gloria han sacado bruscamente de la sombra a un desconocido. En vano, durante la jornada de ayer, indagaron los reporteros para dar con la huella del laureado misterioso. En su domicilio, calle Jasmin, 12, en Auteuil, la portera no pudo dar ninguna indicación: desde dos años atrás, su inquilino sólo efectuaba breves apariciones por París; había venido recientemente, pero para volver a marcharse hace diez días sin dejar señas. Le describió de la manera más exaltada y más extraña, lo que concluyó de picar la curiosidad.

»Una agencia de Cannes acaba de anunciar que había pasado cerca de dos años

en la Costa Azul, llevando una vida de lujo y de placer en compañía de una encantadora joven, aunque había desaparecido súbitamente. Su desaparición coincide con el regreso de América de una de nuestras raquetas más brillantes.

»Estaban desorientados todos los gacetilleros literarios, cuando por sí mismo ha dado el vencedor noticias suyas. Procedían de la cárcel de la Salud, donde se halla detenido por inculpación de robo, robo cometido bajo la influencia de móviles particulares que modificarán la naturaleza del delito y atenuarán la culpabilidad.

»El despiadado director de una de nuestras más fuertes casas de crédito, que en este momento viaja a través de la Europa central para fundar en ella nuevas sucursales, ha presentado contra él una denuncia que ha de seguir sus trámites. Por respeto a la justicia, nos guardamos de intervenir en un asunto pendiente que en plazo próximo terminará por un «no ha lugar» o una vista ante el tribunal correccional del Sena y quizá—lo cual sería más ventajoso—ante el jurado; sin embargo, nos es dable argüir que el infeliz acusado no llevaría a cabo su acto criminal o delictuoso sino en un estado de anestesia, consecuencia de la

pasión que analiza en el manuscrito elegido por los jueces del concurso *Manón Lescaut*.

»Él mismo sería entonces el personaje principal de su obra, un Des Grieux moderno, víctima de una coqueta Manón y de un severo financiero, y se equipararía por la gracia verídica y cínica de su obra a un Villón y a un Verlaine, a quienes el arte hizo perdonar mucho porque se hicieron amar mucho.

»Parece ser que su novela constituye una obra de primer orden y la misma prisión no perjudicará su lanzamiento. Se asegura que su activo editor ha pronunciado la siguiente frase: «Por lo que atañe a éste, ¡me-»nuda suerte! No tengo más que cruzarme »de brazos...» En efecto, supone un buen reclamo gratuito que el autor de «la me-»jor novela de amor» sea criminal por amor, y por amor esté preso. El acontecimiento ha producido tanta emoción en el mundo de las letras, que nosotros mismos nos vemos obligados a comentarlo. Sólo la publicación del libro, que se anuncia inminente, permitirá juzgar si debemos al arrestado nuestra lástima, nuestra indulgencia o nuestra admiración.»

De cólera, cuando hubo terminado su lectura, Carlos Dampierre estrujó el perió-

dico, lo redujo al más mínimo volumen y lo arrojó por la menuda abertura del tragaluz sobre el Mosela, cuyo curso seguía el avión ahora. El repentino encumbramiento de su agresor le ponía fuera de sí.

« ¡He ahí—gruñía para su fuero interno—un hombre al que pude matar impunemente, habiéndole sorprendido de noche con la mano en mi cartera, y a quien, por lo menos, debí denunciar como al peor malhechor! ¡Le perdono, y le basta publicar el relato de su degradación para hacerse célebre! Son repugnantes las costumbres actuales, que exhalan un olor de anarquía. Pues bien; ¡ya veremos! Pensaba volver a París para retirar mi denuncia; pero la mantendré. En resumidas cuentas, he operado en mi acusación una transferencia, y las transferencias han sido siempre operaciones admitidas. Es menos grave su caso (robo en un campo de aviación) que el hecho primitivo: robo de noche en un tren. Por lo que afecta a los diez y nueve mil quinientos francos, se los restituiré más tarde, después de su condena. Porque es menester que se le condene. Y puesto que el mundo busca un ídolo, adorará a ese petardista. En cuanto a la mujercilla de Cannes, espero que se alejará para siempre de

ese individuo, si no lo ha hecho ya por haber recobrado a su campeón. Campeón vencido y precipitado de su pedestal, por cierto. No tiene suerte la pobre chica...»

Y cuando pasaba por encima de la Champaña, cuya blancura de tiza relucía bajo el sol después de las hermosas praderas aterciopeladas del Mosela, evocó el fantasma de Cannes, mucho más con arreglo al relato del novelista archiconocido—archiconocido mañana—Edgar Malval que con arreglo a su demasiado rápida visión personal. Gisela—no sabía más que su nombre, y no le pesaba—se enteraría a la vez de la fama y de la indignidad de su antiguo amante, sublevándose, sin duda. ¿Y estaría en situación de aportarle consuelos el campeón vencido? A punto estuvo el banquero de enternecerse por la suerte de la infortunada. Más se habría enternecido sin la preocupación que le causaban sus asuntos, embrollados de Checoeslovaquia y su fracaso en Polonia. Ninguna mujer le había turbado nunca sus cálculos financieros, y había dicho la verdad al confiar a su agresor la incomprensión en que se hallaba de los sacrificios que se puede otorgar al sentimiento. La batalla de la vida y del crédito por extender bastaba a sus ambiciones.

Para él no podía ser la mujer sino un desahogo agradable y fugitivo. En el fondo, la conceptuaba un animalito amable al que se tolera algunos instantes para acariciarle, darle azúcar y ponerle a la puerta bonitamente.

Encima de Chalons optó por el castigo del culpable; encima de Château Thierry y del Marne apacible, por desistir de la denuncia. Pero, al aterrizar en el Bourget, ya no pensaba más que en sus negocios: era preciso suprimir la sucursal de Varsovia, inscribir en la partida de quebrantos los gastos que había hecho allí el Crédito Interaliado, reforzar, por el contrario, el personal de la sucursal de Praga, llamada a un gran porvenir como Bolsa de los granos, sobre todo si la Sociedad se instalaba también en Viena y en Budapest. En suma, el imperio de Austria, fabricado con trozos cuyo ensamblamiento parecía debido exclusivamente a un artificio político, se recomponía por sí solo con las negociaciones financieras y los cambios.

Carlos Dampierre se imaginaba dominar a la voz su Consejo de Administración. Pero tropezó con una resistencia inesperada el día mismo en que debían adoptarse las de-

cisiones relativas a las sucursales de la Europa Central.

—¿Qué historia es ésa—se le opuso—en la cual mezclan al Crédito Interaliado todos los periódicos?

—No tengo tiempo de leer periódicos más que de viaje.

—Arman contra usted y contra nosotros una verdadera zalagarda acerca de la inculpación del novelista de moda por una denuncia emanada de usted mismo.

—No conozco, y de ello me envanezco, a ningún novelista de moda.

—¿Ni siquiera al señor Edgar Malval, autor de ese *Infelix amor* que se disputa todo el mundo en la actualidad?

—¡Ah! ¿Es de él de quien se trata?

—¿Pues de quién iba a tratarse? No se habla más que de él. Usted le ha hecho encarcelar. Por culpa suya se enmohece en un calabozo. Va a verse la causa en breve. Insinuaciones malévolas le acusan a usted de que, al revés de haber sido desvalijado por él, le ha sustraído el primer pago de su editor. En resumen, todos esos rumores resultan muy desagradables para el Crédito Interaliado. Deseamos que nos informe sin dilación si le interesa conservar nuestra confianza.

—Está bien, señores. Me había olvidado de esa tonta aventura. El señor Edgar Malval es un malhechor de la peor especie. Pero dentro de veinticuatro horas retiraré mi querella y quedará en disposición de reanudar el curso de sus fechorías.

—Dentro de cuarenta y ocho horas nos reuniremos nosotros para tomar decisiones. No conviene jamás andar de dimes y diretes con esas gentes que ocupan puestos en las gacetas, sobre todo con los recién venidos, que son turbulentos y agitados.

Y ante el aplazamiento de su Consejo de Administración, Carlos Dampierre midió la vivacidad de su rasgo en el campo de aviación del Bourget quince o veinte días antes. En quince o veinte días, París había creado una celebridad; pero, por un rebote inesperado y desastroso, él estaba metido de lleno en el asunto. Se disponía, pues, a presentarse en el Juzgado del Sena para poner en ejecución su promesa, cuando se le comunicó que una señora insistía por verle.

—No recibo señoras. Despídanla.

—Se niega a marcharse.

—Pues recíbanla.

—No; es a usted a quien reclama, y a usted sólo.

—Pregúntenla qué quiere.

Se le avisó que venía de parte del señor Malval. Decididamente, su prisionero le perseguía como el fantasma de *Macbeth*. En el despacho de trabajo que ocupaba, amueblado con severidad, recibió desde su altura a la desconocida, quien no era otra que la dama de Cannes. Se lo presumía, aun cuando no se explicara su intervención, puesto que ella propia, en el andén de la estación, se desembarazó de su amante, al que no amaba. En seguida pensó asombrarla llamándola por su nombre:

—La señora Gisela...

—La señora Gisela Désilières. Le ha hablado a usted de mí. Le ha confiado su amor, nuestro amor. ¿Cómo ha sido usted lo bastante bárbaro para entregarle a la justicia?

Atacaba con una prontitud magnífica y sin perder un segundo. La indumentaria de combate que llevaba era perfectamente adecuada a las circunstancias y denotaba su buen gusto a la par que su tacto: gris desde el tocado al calzado, sombrero de plumas, capa, piel, falda, medias y zapatos, grises; un tono discreto, medio luto, de mujer elegante en la tristeza. Era tal el brillo de su persona que aquellas tintas neutras no conseguían empañarlo. La blancura deslumbra-

dora del rostro que avivaban los labios pintados, la armonía del cuerpo largo, aunque se adivinaba lleno y firme, debían de provocar en pos de ella toda una estela de deseos y de codicias. Ella lo sabía; él lo advirtió al instante y le fastidió que se ocupara del enchironado de la Salud.

—Mañana estará libre; tranquilícese usted, señora.

Ella se atribuyó en seguida este triunfo, sin saber que marchaba de acuerdo con el Consejo de Administración del Crédito Interaliado, y no pudo por menos de admirar su poder:

—¡Ah, qué bien está, caballero, eso de conceder tan pronto a una mujer lo que venía a implorar! Los favores inmediatos son favores dobles.

A él le dieron ganas de pedirle los suyos. Quizá los distribuyese con aquella rapidez fulminante. Pero se sintió intimidado y azorado, y hubo de reconocer que le turbaba. Le abandonaba de un modo brutal el cinismo que le servía en su rebusca limitada del placer. Y hasta le dejó creer en el prodigioso efecto de su intervención:

—Voy ahora mismo a la Audiencia. Después de lo cual iré a anunciarle en persona la buena noticia.

—No, no, déjeme dársela yo, se lo ruego.

—Tengo una deuda con él, señora, y deseo pagársela. Luego estará usted en libertad de llevársele consigo a la Costa Azul.

—Se acabó la Costa Azul. A la Costa de Plata.

Se exaltaba ella, y a él le producía un placer harto intenso seguir en su rostro y en todos sus movimientos los testimonios de aquella exaltación. Sin embargo, habituado a conocer todos los datos de un problema, se irritaba por no poder resolver éste. En la conversación del tren azul, el ladrón había insistido sobre la indiferencia de su amiga. En Cannes, ella le había llevado al vagón con desenvoltura, mientras él derramaba lágrimas y se esforzaba por disimularlas. Y hela aquí acudiendo a París en socorro suyo y confesando abiertamente la pasión que por él sentía. ¿Por qué esta doble actitud? Quiso esclarecer sin tardanza un asunto tan embrollado:

—Perdone, señora, una curiosidad indiscreta. Yo creía consumada la ruptura entre usted y ese señor.

—Jamás, jamás.

—No obstante, usted se separó de él en Cannes.

—Por el momento.

—Él lo ignoraba y pensaba morir. Incluso se creía sustituído.

—¿Por quién, Dios mío?

—Por esa raqueta de *tennis*, bien lo sabe, el señor Decoise.

—¿Por el señor Decoise? Pero si acaba de ser vencido, vencido de una manera vergonzosa.

—Esa no es una razón, señora.

—¿Cómo que no es una razón? Héctor Decoise era guapo, elegante en el *tennis*, invencible, campeón de Francia y aun campeón del mundo, ganando todas las copas, nunca chasqueado, fresco y ligero en los finales. Nos vuelve de ultramar después de dos años de ovaciones, y es vencido en los dobles y vencido en los sencillos. ¿Quiere usted que una mujer se entusiasme con una pelota desinflada en la mano?

—Le había gustado a usted, señora.

—Sin duda me había gustado en la época en que gustaba a todas las mujeres. Sus camisas de seda y sus reveses eran igual de irresistibles. Como su torso abombado y el vigor de sus voleos.

—¿Los ha perdido?

—Lo mismo que si los hubiera perdido. Ya nadie repara en ellos.

—¿A causa de su derrota?

—Evidentemente.

—¡Qué miseria ¿Conque las mujeres, señora, no aman sino a los vencedores?

—¿Pero a quién quiere usted que amen las pobres mujeres? ¿Pueden tener bastante fe en su propio criterio para hacer de su solo grado su elección, cuando todo se la designa, el rumor público, la fama y esa aureola que nimba la frente del héroe? En mi bachillerato...

—¿Es usted bachillera?

—Como todas las mujeres de hoy... tuvimos para tema de composición: «¿Cuál es en la *Ilíada* su héroe preferido?» Las muchachas todas habían escogido a Aquiles, y fueron aprobadas. Los muchachos habían escogido a Héctor, y fracasaron. El señor Decoise debía fracasar.

—Sí, vamos, usted no amaba al señor Edgar Malval desconocido. Célebre, le ha descubierto usted.

—Le he descubierto dentro de mí, caballero. Le amaba en principio; pero le amaba ya. Y cuando en Cannes me he enterado de su injusto encarcelamiento...

—Dispense, eso de injusto...

—... de su injusto encarcelamiento, he concebido al punto el proyecto de liber-

tarle. Trajeron la noticia con retraso los diarios de la noche. No quedaba ya más que el tren de las flores.

—¿El tren de las flores?

—Sí, el tren que cada madrugada, durante un corto interregno, se lleva a la capital todas las flores abiertas en los jardines y los invernaderos del país azul. Va cargado de lilas y de rosas, de claveles y de narcisos, de mimosas, de fresias, de jacintos, de violetas, de tuberosas, y deja detrás de él cual una estela odorífera.

—No lo sabía.

—Los hombres no saben nada. Pues bien; compré el tren de las flores aquella madrugada con objeto de poder subir dentro y de llegar más pronto a la cárcel. Estaba en traje de baile y con abrigo de pieles. He viajado en un lecho de perfumes.

—¿Lo ha comprado usted? ¿Por cuánto?

—Por el importe de mi *villa* o por el de mi auto, ya no me acuerdo. Eso no tiene importancia.

—Es insensato, señora.

—Cuando se ama, no se calcula.

—Y al apearse, ¿qué ha hecho usted con todas esas flores?

—Las he mandado llevar a su prisión en

varios autobuses. La cárcel estaba sumergida en ellas. Las había en los pasillos, en los patios, en las celdas. Por una vez, los presos se han creído en la procesión. Los celadores regaban con diligencia sus ramos. Los han conservado varios días. Aun encontrará usted algunas. Adiós, caballero; las aspirará cuando vaya a libertar a mi amigo.

Se despidió ni más ni menos que un avión al elevarse. Y cuando hubo desaparecido, el banquero permaneció inmóvil largo rato, igual que si tuviera una visión. Tenía una visión, en efecto, una visión que no tuvo jamás ningún banquero antes de él: la de una mujer en traje de baile, tendida en un lecho de rosas, de violetas y de tuberosas, a quien arrastraba a toda marcha en medio de la noche una locomotora lanzando gritos estridentes como los de los pavos reales enamorados, y echando llamas que alumbraban el extraño espectáculo.



IV

EL PRESO RECALCITRANTE

Carlos Dampierre fué mal recibido aquel día en todas sus visitas. Por lo pronto, en el Juzgado, donde se atrajo las iras de un sustituto arrogante.

—¡A buena hora retira su querella! No es tiempo ya. ¿Se imagina usted que un novelista célebre se confunde fácilmente con un cualquiera que se siente en el banquillo?

—El señor Malval no había escrito nada todavía.

—Haberlo previsto.

—Lo peor es que no se prevé la gloria,

ni la santidad, ni el heroísmo. No se conoce esas cosas hasta después.

—Peor para usted, caballero. Porque se volverán contra usted mismo sus acusaciones. No cabe duda de que en la Audiencia se coaligarán el ministerio público y el abogado para abrumarle.

—Gracias.

—Se lo tendrá merecido. Por su culpa hemos experimentado grandes tribulaciones.

—¿Por mi culpa?

—Indudablemente. Se han mezclado en el asunto los periódicos y no nos han tratado bien. Tampoco a usted, por cierto. Detestamos los contratiempos. Lo que necesitamos son criminales ignorados, de los que no se ocupa nadie y de los que se desentienden las gacetas. Eso es lo que nos hace falta, y no laureados de los premios literarios.

—¿Me autoriza usted a presentarme en la cárcel para llevar al inculpado la noticia de su libertad?

—¿De su libertad? ¿Pero usted se imagina que se liberta así como así a un preso? Pues se requieren formalidades, numerosas formalidades, caballero. Una orden de «no ha lugar». La baja en los asientos. Vamos a precipitarlas. Usted desea ofrecer

sus excusas en persona al detenido. Como guste.

—Mis excusas, mis excusas...

—¡Ah, si no son excusas lo que ha de llevarle usted, le niego la autorización.

—Vaya por las excusas.

Y el director del Crédito Interaliado, baqueteado de tal guisa, tomó el camino de la Salud. En el patio interior, un equipo de celadores estaba dedicado a cargar en volquetes brazadas de flores marchitas. Las había a más no poder, de todos los matices, pero ajadas y descoloridas, con largos tallos, en ramas o prensadas, rosas, mimosas, narcisos, jacintos, violetas, tuberosas. Y de estos tristes vestigios destinados al muladar se exhalaba ya un olor de podredumbre.

«El tren de las flores»—, pensó Dampierre, cuyos ojos fueron al punto acariciados por una visión novelesca.

Entretanto, pasó las penas del purgatorio para ser puesto en presencia de su ladrón convertido en su víctima. Y cuando apareció éste, con un clavel—el último, salvado del desastre—en el ojal, fué para mofarse con una impertinencia de dudoso gusto:

—¡Buena la ha hecho usted, señor mío!

—He retirado mi querella. Estará usted libre esta noche o mañana.

—Eso es precisamente lo que no quiero a ningún precio.

—Y la señora Désilières le espera.

—No me produce ningún placer tal perspectiva.

Carlos Dampierre, atónito, se preguntó si bastarían algunas semanas de encarcelamiento para deformar a un hombre normal en apariencia, pero peligrosamente sobreexcitado. Por hábito de imponer su voluntad, se tomó la pena de argumentar:

—¿Cómo, hombre de Dios? Van a abrirse para usted a la gloria y al amor juntos las puertas de este establecimiento oficial, pero especial, ¡y pone una cara patibularia!

El recién laureado con el premio *Manón Lescaut* no se dejó desconcertar por esta amonestación. Se apoyó resueltamente en la mesa que los separaba, y comenzó, como si fuera a pronunciar una conferencia:

—Me roba usted parte de esa gloria, caballero.

—Ya lo sé: aquí tiene sus diez y nueve mil quinientos francos.

—No se trata ya de los diez y nueve mil quinientos francos. Sin embargo, los tomo.

Pero es que no sabe usted que la gente arrebata las ediciones de *Infelix amor* como los periódicos a raíz de una crisis presidencial. Vea, si no, el estado que cada mañana me envía por un emisario mi editor Max Beylier.

Y tendió a su interlocutor un gráfico exactamente comparable a las hojas de temperatura clavadas en cada celda de toda buena clínica. La marcha de la fiebre editorial era siempre ascendente. No había ningún descenso. Partiendo de doscientos o trescientos por día, pasaba de mil.

—¡Admirable!—comprobó el director del Crédito Interaliado, devolviéndoselo a su propietario.

—Sí, admirable. Pues bien; no creo engañarme al vaticinar que mañana subirá todavía cuando se conozca mi liberación. Pero, a partir de pasado mañana, va a bajar, lentamente primero y luego con una rapidez que calificaré de infernal. Será obra suya, caballero.

—¿Obra mía?

—Claro que sí. Asuma, pues, sus responsabilidades. Usted me aprisiona y yo apasiono a la opinión. Libertado, ya no intereso a nadie, mientras que un proceso, con toda una serie de audiencias, haría subir aún

la curva. ¿Hasta dónde? Mi editor me profetizaba cifras fantásticas. Superaría el gran éxito de su rival más feliz, esa *María Chapdelaine*, cuyo autor no tenía en su activo más que su aplastamiento por un tren, suceso excelente, no voy a negarlo, pero de un efecto limitado y definitivo. En cambio, bajo una inculpación infamante de robo y quizá de tentativa de asesinato, yo tenía las mayores probabilidades de provocar un debate sensacional y ¿quién sabe? acaso de dividir Francia en dos partidos. Habría los malvalistas, que protestarían de mi inocencia, y los antimalvalistas, que me conceptuarían culpable. ¡Qué serie de vistas! Mi abogado no dejaría de arrastrarle por el lodo a usted. El suyo me cubriría de ignominias. Y el remate sería una buena condena.

—¿Cómo, contaba usted con una condena?

—Sin duda: ya ha pasado la época de las absoluciones. Mire la de Germana Berton, que no le ha valido reputación alguna. Hasta ha asqueado a todo el mundo. Cuande un activo empresario trató de introducirla en la lista del todo París de los ensayos generales, el público se limitó a sonreír. Cuando fué detenida en Burdeos, lo tomó

a risa todo el mundo, y cada cual hubo de exclamar: «¡Bien hecho!» El asesino de Jaurés mostró tacto y pudor: se había eclipsado, había desaparecido, y eso que podía alegar largo tiempo de prisión preventiva. Por el contrario, ésa que alardeaba ha parecido lo que era: una bribona. No la ha beneficiado ninguna circunstancia atenuante en la opinión pública. Ha estropeado hasta una fecha remota el placer de ser absuelto. Una condena inmerecida, una condena injusta y severa...

—Injusta...

—Claro que injusta; pero no hago hincapié en este epíteto. Mi editor y yo estamos de acuerdo para ver en una condena severa y aun justa la coronación de nuestra obra, la tirada suprema, el milésimo millar. Usted la hace imposible.

—Es absurdo.

—Imposible, repito. Me asesta un golpe mortal con un «no ha lugar». Y a mi editor, Max Beylier, tan experto en el manejo de la publicidad, tan emprendedor y libre de espíritu, tan notable por su independencia intelectual, me temo que le afecte más que a mí mismo. ¿No tenía ya preparada toda una colección de carteles con miras al proceso? *El caballero Des Grieux en*

el banquillo... Infelix amor o La nueva Manón... La barbarie de un nuevo recaudador general. Eso iba por usted.

—¡Qué audacia!

—«Atreverse a todo» es la divisa de la joven literatura. A la puerta del Palacio de Justicia iba a instalarse, merced al infatigable Max Beylier, un servicio de librería para la venta de *Infelix amor*. Incluso había pensado en utilizar la sala de los Pasos Perdidos, que es vasta y propicia a las discusiones amorosas; pero se ha estrellado contra la negativa cortés y categórica de un magistrado retardatario. El foro se estanca en antiguos reglamentos corporativos. No hay que esperar nada de él, sobre todo desde que el señor Henri-Robert ha sido elegido en la Academia, guardadora de las tradiciones. A pesar de este ligero fracaso, estaba ganada nuestra batalla. Y ahora resulta que se vuelve usted atrás.

—Usted divaga, criatura.

—¿Porque hablo de tiradas, de millares, de ingresos y de publicidad? ¡Como si hicieran ustedes otra cosa en sus bancos! Sólo ha de ser desinteresada la literatura. Tenga cuidado, señor, con el ejército de jóvenes lobos devoradores que va a precipitarse sobre sus cupones. Y no sólo me ha

causado usted un perjuicio material. Queda otro más grave, más irremediable, que a usted debo.

—No lo comprendo. ¿Quiere explicarme cuál?

—No ha reparado usted en el clavel que decora mi ojal. Está marchito; pero será sustituído dentro de un rato. Se me va a traer en seguida un haz de rosas. ¿Puede usted citarme cualquiera de sus amigos y conocimientos a quien se haya ofrecido un tren de flores entero?

—Ya he visto los restos en el patio. Llenaban varias carretas.

—Varias carretas, ¡caray! Centenares de carretas. Hace tres días que están llenándose carretas. ¡Si hubiera visto usted esos jardines en marcha! Los acompañaba un pueblo cuando fué preciso abrirles de par en par las puertas de la cárcel. Quedó ésta convertida en un parterre odorífero. No han podido los celadores, el alcaide ni los inspectores oponerse a tal invasión, porque la muchedumbre estaba a favor mío. La muchedumbre siempre estará a favor del amor entre rejas. No sabe por qué, pero lo aclama. Así es que se nos sumergió en flores. Nos visitó la primavera. No hubo flores en París más que para nosotros. Se care-

ció de ramilletes de mesa; los matrimonios y los entierros tuvieron que prescindir de cestas y coronas, desfilando con el más severo aparato. Habíamos acaparado aquí mismo la flora. ¡Eso es lo que proporciona consideración a un preso!

—Ya me ha contado la señora Désilières...

—¿Ha ido a verle? ¿Le ha pedido mi indulto? Se lo tenía prohibido. ¡Ah, las mujeres enamoradas! ¿Conoce usted algo más terrible? No; las ignora, sin duda alguna.

—Dispénseme; pero...

—No insista. Inútil envanecerse. Usted no ha amado jamás. Y no ha sido jamás amado.

—¿Usted qué sabe?

—Lo adivino. Y ni siquiera se ha atrevido a declararse a la señora Désilières, a Gisela, aun cuando le haya turbado.

—No me ha turbado.

—Sí le ha turbado. De no ser por ello, no habría venido en persona a traerme esta mala noticia de mi libertad. Habría confiado la comisión a cualquier polizonte de tres al cuarto. Para amar, caballero, hay que ser infeliz. Medite en mi aventura. Libre, desconocido, casi rico, me he deshecho durante dos años por conquistar el corazón

de mi bella. Pero se lo había dado a un campeón y no me transmitía con generosidad más que su dolor. Me arruinó sin poder corresponder a mi llama, aun cuando lo intentara lealmente. Arrestado y célebre, he aquí que se prenda de mí de pronto. Un preso puede sin desdoro aceptar los obsequios de una mujer y hasta de varias mujeres. ¿No se le otorga todo a un preso? Está llena de regalos mi celda: un estuche de aseo con cepillos de plata con mi cifra, gemelos de puño con brillantes, un espejito Luis XVI, etcétera. Desde el día en que ponga los pies fuera de esta casa, entraré en el régimen común. Me constriñe usted en lo sucesivo al desaire que se impone a un hombre galante. Pero no vaya a creer que será sin pesar. ¡Se acostumbra uno tan pronto a admitir! Yo conocía poco este placer hasta ahora.

Rebelado por todo lo que oía, pero paralizado a medias por una fertilidad de palabra incomparable, debida, sin duda, a las privaciones inevitables del régimen celular, el director del Crédito Interaliado procuraba en vano hallar un intersticio en las arengas del preso. Los mismos ademanes denegatorios, protestatorios o contradictorios que esbozaba no servían sino para pro-

vocar la verbosidad de su interlocutor. Sufría el juego adverso y no conseguía prepararse una retirada, pues caía a despecho suyo en todas las pifias bajo los malos consejos de la ira. ¿No intentó aludir a la fortuna que valía a su autor aquel *Infelix amor*, semejante a un caballo de carreras?

—Su éxito, caballero, le permitirá asegurar la suerte de la señora Désilières.

—Se equivoca usted, señor mío—repuso al punto el novelista, lanzándose por este derrotero—. Habré podido dilapidar la fortuna adquirida por mis padres, porque conviene poner coto a la acumulación de riquezas. Pero el fruto de nuestro trabajo ha de sernos sagrado. En adelante no participarán de mis beneficios las mujeres.

—Se apartarán de usted.

—¡Ah, qué mal las conoce! Las mujeres no dan ninguna importancia a las cuestiones de dinero.

—Con tal que lo tengan.

—Naturalmente. Creen en la Gloria, en la Belleza, en el Poder; pero no creen en el Dinero. ¿Ha titubeado la señora Désilières, a quien usted aludía, para trocar una *villa* inmóvil y bien construída con piedras de talla por un tren fugitivo y cargado de efímeros perfumes? Acuérdese de ese rasgo

simbólico. Las mujeres no ven en los obsequios sino el testimonio de una pasión cuyas pruebas necesitan recoger sin cesar. Pero un ramito de violetas de veinte sueldos puede lisonjearlas tanto como un collar de perlas. Todo depende de aquel que lo ofrece. La señora Désilières, que le ha turbado y que le obsesiona, ha venido a instalarse en París por mí. Me envía de la casa Voyot mis comidas. Por mí gastaría hasta su último céntimo.

—Que de usted procede, por cierto.

—Ya no me acuerdo. Lo que se ha dado no se cuenta.

—Pero ¿sigue usted amándola?

—Pues no, ése es el caso: por un singulas trastrueque de nuestras situaciones recíprocas, he cesado de amarla el mismo día en que se revelaba ella toda ebria de amor por mí.

—¿Cómo puede ser eso?

—Todavía no lo sé. Espero saberlo al final de la nueva novela que he empezado a escribir en mi celda a la manera sutil y minuciosa de Marcelo Proust y que salía a maravilla. No habría tardado en rematarla si no se hubiera usted encargado de interrumpirla.

—¿Yo?

—¿Quién va a ser sino usted? Aquí trabajo con calma y tranquilidad, sin teléfono, sin comidas fuera, sin tes, sin obligaciones profesionales, sin pejigueras mundanas; poseo un tesoro inapreciable en París: el silencio y la libertad...

—¿La libertad?

—Evidentemente: hoy ya no se está libre más que en prisión. Y viene usted a arrebatarme todo eso, a obligarme a alquilar casa, a tomar servidumbre, a someterme a todos los códigos y a todos los reglamentos complicados de la vida contemporánea. Ésa es, caballero, otra de sus fechorías. Está usted a punto de privar a la literatura de una obra maestra. Una obra maestra de análisis, destinada a descomponer en todos sus elementos, como los precipitados químicos, los fenómenos de la evaporación y de la condensación del amor.

—Entonces no la ama usted ya.

—La huyo. Que ignore ella la hora de mi liberación; es el último servicio que puede hacerme usted en compensación de todos los males que ha acumulado sobre mi cabeza.

—La mía se trastorna.

—Peor para el Crédito Interaliado.

—La señora Désilières quedará desolada, porque le aguarda a usted.

—Ya ve cómo le turba. No se preocupa usted más que de ella. No tiene ni un gesto de conmiseración para mi porvenir. Ayer estaba yo desesperado al pensamiento de decir adiós a la mesita donde tanto he escrito. Hoy he recobrado mi sangre fría. En el montón de las innumerables cartas que se me dirigen desde la publicación de mi libro, he descubierto algunas llegadas de los países norteños, Suecia y Noruega, que me invitan a dar conferencias acerca de los crímenes pasionales. Las poblaciones de esas regiones boreales se aburren de tal modo entre sus nieves, que apelan a todas las ideas y a todas las pasiones, a las más audaces, a las más extravagantes, a las más desatinadas, para distraerse y para sacudir su modorra, o lo que es igual, su actividad en los negocios. Asombra algunas veces ver florecer allí las teorías más subversivas tocantes al amor: les hace falta sacudidas fuertes para no bostezar. Cuenten conmigo para imprimir las sacudidas deseadas. Les está vedada la guerra, porque no codicia nadie sus témpanos, cuando los bárbaros se han precipitado siempre sobre las Italias. Tomás de Quincey, que ha escrito un tratado sobre *El asesinato considerado como una de las bellas artes,* no podía ser

más que un hombre del Norte. La razón y la cordura en las ideas son hijas de Roma y de Atenas.

Cada vez más exasperado por esta ola ininterrumpida de palabras, el banquero puso sus manos en forma de bocina y chilló:

—O me toca el turno de hablar, señor mío, o me voy.

—No soy sordo; hable, caballero, hable.

—Usted me ha desvalijado y yo le he hecho célebre.

—Dispense; pero...

—Me importa un bledo su gratitud.

—Por mi parte se la rehuso.

—Mañana estará usted libre. Me lo ha prometido el sustituto.

—No propalemos este maldito asunto.

—¿Debo, si o no, advertir a la señora Désilières la hora de su salida?

—Guárdese muy mucho de hacerlo. Pero reténgame un puesto en la Compañía de Navegación Aérea que asegura el servicio con Holanda. Quiero aterrizar mañana en Amsterdam: desde allí ganaré la Escandinavia, que ya no vive aguardándome.

—¿Y la señora Désilières?

—No se ocupe de la señora Désilières.

—Ella no se ocupa sino de usted.

—¿Qué vamos a hacer? Me acaparan

otras preocupaciones puramente literarias. La gloria no permite ya los caprichos del corazón.

—Bueno, ¿qué tengo que decirle?

—¿A quién?

—Pues a la señora Désilières.

—¡Dale con la señora Désilières! ¿Va usted a volver a verla?

—Sin duda.

—Pues bien; dígale que se la regalo.

—Caballero, está usted insultando a una señora.

—Ya ve cómo la ama. Será la primera vez. Seguiré esa aventura, que servirá de argumento a mi tercer novela. Le ruego que me tenga al corriente.

—Señor—dijo el banquero, ganando la puerta—, he demostrado demasiada paciencia con usted. Basta ya: nuestro adiós es definitivo.

—No se olvide de reservarme el billete del avión.

—Se le enviará el cupón esta noche. Adiós.

—Adiós.

Por el patio desfilaban lastimosamente, como los camiones de la basura por el París matinal, los volquetes cargados de claveles y de rosas podridos.



V

EL HOLANDÉS VOLANTE

Bullía el terreno de aviación del Bourget, como si uno de los aviones sacados de los *hangars* hubiera de llevarse a bordo a algún soberano, por ejemplo, al rey de los belgas, familiarizado con esos aparatos locomotivos, o a la reina María de Rumania, inaccesible al temor y susceptible de crear la moda de la navegación aérea. Periodistas y fotógrafos invadían el Terminus-Hotel, acechando la llegada del ilustre viajero. Incluso se mostraba uno de los directo-

res de las Compañías, quien tenía que ir aquel día a inspeccionar los servicios y cuya presencia se interpretaba en el sentido de la actualidad.

—¡Ahí está, ahí está!—anunciaron heraldos benévolos.

—No, si es un anciano.

—¿Cómo está formado?

—Es un joven afeitado, vivaracho y agradable, con ojos negros, nariz corta y ligeramente remangada por la punta. Un aire tímido. La cruz de guerra.

—¿Le conoce usted?

—Como todo el mundo, por las revistas ilustradas que han publicado su retrato.

—¿Guapo mozo?

—No es mi tipo.

—El mío, sí.

—También el mío.

—Pues miren, ahí llega.

—Es él, es él, es él.

Así fué acogido por una muchedumbre, al apearse de un automóvil en el Bourget, el autor de *Infelix amor*.

—¡No se mueva!—le gritaban los operadores fotógrafos apuntándole.

—¡A mí, a mí!—reclamaban los reporteros—. Una *interview*. Dos palabras. Tres lo más.

«¡Otra trastada de ese banquero funesto!—pensó Edgar Malval ante la formación de aquellas tropas de la publicidad—. Habrá facilitado una nota a la prensa, cuando yo quería partir de incógnito, antes siquiera de que se susurrase mi salida de la cárcel...»

Y de mal humor, se disponía a hender las apreturas para ganar el avión sin responder a nadie, cuando, en el momento oportuno, surgió su perspicaz editor Max Beylier. ¡También él era de la pandilla! Se inclinó al oído de su potro, de su autor favorito.

—¡Doscientos mil!

Y bastó esta cifra fatídica para que el rostro arisco e irritado del novelista se tornase afable y sonriente:

—¡Servidor de ustedes, señores! ¿Qué puedo hacer en su obsequio?

Al punto se precipitaron fotógrafos y periodistas.

—Un retrato con gorra.

—Sin gorra.

—Dentro de un rato, en la carlinga.

—¿Sus impresiones de la cárcel?

—¿Sus impresiones del avión?

—¿El asunto de sus conferencias en Noruega?

—¿El de su próxima novela?

—¿Es *Infelix amor* una novela vivida?

—¿Existe la nueva Manón?

Bajo la mirada vigilante de su despiadado *manager*, Edgar Malval hubo de afrontar innumerables preguntas. De buen talante posó junto a los aparatos. Distribuyó *interviews* a voleo: la frase «a voleo» se estimó encantadora. Ensalzó la prisión y el avión, Manón y Noruega. Por último, se pusieron de acuerdo todos para declararle seductor.

—¡Bravo, querido!—aplaudió Max Beylier—. Con estos documentos y estos artículos, alcanzamos los trescientos mil.

—¿Lo cree usted?

—Estoy seguro.

—Pero ¿y el proceso?

—El proceso nos proporcionaría los quinientos mil y más. ¿Qué quiere usted? No todo el mundo puede ser condenado, porque se ha puesto eso muy difícil desde la absolución de Germana Berton. Hay que tomar un partido. Ya es un hallazgo esta marcha en avión. ¿Sabe usted cómo le llaman los diarios de la mañana?

—¿Cómo voy a saberlo?

—*El Holandés Volante.* He telegrafiado

a Amsterdam. Asistirá a su aterrizaje el cónsul. La colonia enviará una delegación.

—¿Era eso necesario?

—Indispensable. Ya me arreglaré para publicar informaciones en distintos sitios. Y lo mismo durante su excursión. Usted representa las letras francesas en Escandinavia. No olvide mi librería, si le place. Aquí hay paquetes de *Infelix amor*.

—Los viajeros sólo tienen derecho a sus quince kilos de equipaje, más quince kilos de suplemento.

—Precisamente, el conjunto de estos paquetes no pasa de treinta kilos.

—¿Y mi ropa blanca? ¿Y mi *smoking?*

—Se pasará usted sin ropa blanca; en un preso es natural. Le basta su traje de viaje.

—No, no, es imposible.

—Le ruego que no ande con tonterías—mandó Max Beylier con su voz más imperiosa, la que le servía para dictar órdenes directivas en su casa editorial—. Los trajes y la lencería se compran en todas partes. ¿Quiere usted un cheque? Se lo firmo. Siempre llevo conmigo mi talonario. Porque es preciso en absoluto (en absoluto, ya lo oye) que desembarque usted con algunas muestras de su obra maestra. Se requiere

eso para la propaganda francesa, de que tan activamente se ocupan algunos compañeros suyos bajo la tutela benéfica del señor Enrique Beraud.

—Está bien; sin embargo, envíeme facturadas por el primer tren mis maletas—concedió el laureado, consternándole tantas exigencias y añorando con amargura la libertad de la prisión.

—Le dejo, querido maestro—lanzó Max Beylier, quien, deseoso de amansarle, le otorgaba este título por primera vez—. Porque me reclama mi taller de obras póstumas.

—¿Cómo dice?

—Mi taller de obras póstumas. ¿No lo conocía? Antes de que yo interviniera, lo que ocurría en el mundo de las letras era un escándalo secular. Unos morían a edad avanzada, habiendo agotado toda su fuerza productora, tales como Chateaubriand, Lamartine, Víctor Hugo, Sainte-Beuve, y otros, por el contrario, un Andrés Chénier, un Gerardo de Nerval, un Maupassant, desaparecían en pleno rendimiento. ¿Dónde ve usted la igualdad democrática en todo eso? ¿No convenía reparar, en la medida de nuestros medios, los desórdenes de la naturaleza?

—Pero ¿cómo?

—Con un equipo de fervientes discípulos patentados. ¿Qué cosa más tranquilizadora? Mientras una nube de catedráticos ha barajado sin piedad los *Pensamientos* de Pascal para imponerles un orden, mientras ávidos herederos publican diarios o correspondencias que manifiestamente no estaban destinados al público, cual las audaces confidencias de Stendhal, nosotros nos limitamos a poner el punto final a obras que sólo la muerte habría impedido aparecer. Por ejemplo, supongamos que usted pereciera en un accidente de avión a la altura de Bruselas o de Rotterdam. ¿Puedo yo contentarme con haber editado *Infelix amor* y haber organizado su éxito?

—Creo que a él he contribuído yo—protestó el novelista, indignado.

—En cierta parte, sin duda. Un editor no podrá prescindir por completo de los autores, aunque se haya exagerado la importancia de éstos. Autores habrá siempre de sobra: no existe pipiolo enamorado, soltera instruída, hombre político agasajado ni general retirado que no prepare su volumen; en cambio, el editor es un pájaro raro. ¿Cuántos hay en París? Escribir un libro no supone nada; es mucho mejor lan-

zarlo. Así, pues, ¿vamos a dejar desaparecer sin más ni más esa nueva novela que ha esbozado usted en su celda y que, por contraste, se llamará *Felix amor*.

—Me propongo acabarla.

—Pero hemos admitido su fallecimiento. De ningún modo: nosotros aseguramos su gloria de ultratumba. La haríamos terminar geométricamente.

—¿Geométricamente?

—Científicamente, si lo prefiere: los primeros capítulos escritos de su puño darán la continuación y el desenlace. Cuvier, con un hueso, reconstituía un ictiosaurio o un plesiosaurio. Y nosotros la lanzamos con un prefacio en que se relatará a través de una prosa enternecida su accidente.

—Es usted temible, mi querido editor.

—Soy de mi tiempo. Y espero sobrepujar a los más emprendedores y a los más inteligentes entre mis colegas. En resumen, le compro sus derechos póstumos. Porque no quiero tener que entenderme con herederos escrupulosos. Hasta la vista o adiós. No obstante, preferiré que el libro sea todo de usted mismo.

—Muchas gracias.

Y con su paso elástico de conquistador, el amable y elegante Max Beylier, satisfe-

cho de haber ostentado su genio ante un autor deferente, se dirigió a su automóvil para correr a la cueva donde sus presidiarios resucitaban a los muertos. Al arrancar, se cruzó con un coche más poderoso y más rápido que el suyo, digno en un todo de pertenecer a un establecimiento de crédito. De él se apeó Carlos Dampierre, con una dama muy arrebujada en velos malva que, a pesar de su transparencia, la disimulaban a medias. Juntos se encaminaron al terreno de aviación, buscaron con los ojos el azul Focker de alas doradas que asegura el servicio de Holanda, divisaron a Edgar Malval, que se disponía a instalarse en la carlinga, y saltaron a él, llamándole de diversas maneras:

—Caballero, caballero.

—Amigo mío, mi tierno amigo.

Él se volvió, inquieto al reconocerlos por la voz.

—¿Usted, señor? ¿Usted, señora? ¿Qué vienen a hacer aquí?

—Impedirle marcharse.

—Retenerte, querido.

El futuro conferenciante de los países escandinavos, por consideración a una mujer, descargó su furor contra el banquero:

—Ya nos hemos encontrado acá, señor mío.

—En efecto.

—Entonces quería usted que me marchara. ¡Y ahora pretende impedirme que me marche! ¿Dónde está la lógica de todo esto?

—No se trata de lógica.

—Dispense, caballero. Se le cree un hombre razonable porque maneja números. Y se ha apoderado de usted la demencia. ¿Va a emplear los mismos medios coercitivos que la otra vez? ¿Piensa hacerme detener aún?

—¡Ojalá pudiera!

—La justicia no es una especie de cheque a su orden. Ha querido usted devolverme la libertad. Pues permita que use de ella a mi gusto.

—Olvida usted a la señora Désilières.

—¿Con qué derecho me habla en su nombre? ¿Es usted su hermano, su primo, algún otro pariente suyo? No. Pues bien; apártese y aguante que hable con la señora en particular.

—Está bien. Me retiro; pero piense que ella...

—Basta, señor mío, basta.

Cuando se hubo alejado el banquero gru-

ñendo, Gisela separó sus velos malva, como una mujer de Oriente que consintiera desvelarse para su dueño y señor, y tendió a su amante un lindo rostro refrescado por el aire de la mañana:

—Eduardo, bésame.

—Llámeme Edgar.

—¿A qué viene ese cambio de nombre? ¿Por qué no me tuteas ya?

—Edgar es más literario.

—Prefiero Eduardo. Eduardo temblaba de amor por mí. Tengo miedo a Edgar. Acuérdate de la época en que te sentabas sobre los cojines al borde de mi diván y te contentabas con apoyar la mejilla en mi rodilla, murmurando: «Sólo le pido el favor de sufrir a sus plantas, sin quejarme, mirándola.» Era por el tiempo en que creía yo no amarte...

—En que no me amaba usted.

—No he amado jamás a nadie sino a ti.

—¡Oh! Omite al señor Decoise.

—¿A ese horrendo Héctor Decoise? ¿Cómo puedes creerlo?

—¿Horrendo? Pues usted le comparaba con los dioses griegos. Y en las pistas donde evolucionaba se precipitaban todas las mujeres para verle a través de la rejilla.

—Ha sido derrotado por Lacoste y Cochet.

—Pero sigue teniendo su plástica.

—No sé. Ya no se le mira.

—¡Oh, las mujeres!

—No hablemos más de él. Ya no supone nada para mí. Hasta me pregunto si lo ha supuesto alguna vez.

—¡Qué facultad de olvido!

—¡Qué dulzura la de amarte!

—¿A mí? ¿Y desde cuándo?

—Desde siempre. Pero no me he enterado hasta saberte preso.

—Preso y célebre.

—Ignoro si eras célebre. Pero estabas en la cárcel. Y he venido entre flores.

—¡Bonita invención! Original y halagüeña. Ha contribuído al éxito de *Infelix amor*. De eso la estaré siempre agradecido.

—Te traigo mi corazón y me hablas de gratitud. Voy a llorar.

—Guárdese muy mucho de hacerlo. Se llora en una estación, no en un aeródromo. No es costumbre.

—Entonces, déjame partir contigo.

—Imposible. Personaje oficial. Propaganda francesa.

—¿No constituyo una amable propaganda?

—Daría usted lugar a escándalo. Esas gentes del Norte no son atrevidas más que en ideas.

—Me vestiré de hombre.

—Tendría usted aspecto de garzona...

—Pues quédate conmigo.

—He prometido salir.

Como un duelista que ataca sin cesar y pierde terreno, trataba él de acercarse al avión. Por lo menos, el ruido de la hélice puesta en movimiento le impediría oír los más tiernos reproches, los peores, si se prolongaba la espera antes de la salida. Pero ella advirtió su manejo y le cortó la retirada. Le ofreció sus brazos, fuera de todo velo, y comenzó a gritar a causa del barullo:

—¿Y a mí, querido, no me has prometido nada? Dos años o casi hemos vivido juntos. No tenías en el mundo más que un móvil: distraerme, servirme, gustarme. Según me decías, mis confidencias mismas te aportaban al principio un tormento delicioso, porque hablaban de amor.

—De amor a otro.

—Te bastaba que hablasen de amor. Y ahora soy yo quien te suplica, quien te ofrece mis días y mis noches para distraerte, para servirte, para gustarte. ¿Cómo pue-

des, Eduardo, esquivarte todavía? ¿He cambiado y no soy linda ya?

—Cada vez más linda, Gisela.

—No te comprendo. ¿No me amas ya entonces? ¿Cómo puede cesarse de amar?

—Usted no ama ya al señor Decoise.

—No ha existido nunca a mis ojos.

—¡Suprimido en absoluto!

—Detesto que me cites ese nombre. Te prohibo pronunciarlo delante de mí. Eso es injusto, estúpido, indelicado. No amo a nadie más que a ti, bien lo sabes.

Y de los ojos de Gisela brotaron las lágrimas en abundancia. A pesar de la dureza acostumbrada en los aviadores, aunque disimulándolo, enjugó por sí mismo los hermosos ojos húmedos, a riesgo de mojar su último pañuelo, que la severidad de su editor le vedaba sustituir. Y el grupo se distanció un poco, con objeto de poder entenderse fuera del ruido ensordecedor de los motores, tan poco favorable a escenas amorosas.

—Reflexionemos, amiga mía, reflexionemos y analicemos. Según me han descubierto los críticos literarios, soy el último analista. Después de mí, ya no habrá más. Es una suerte en medio de nuestra desgracia, porque así vamos a poder conocerla. Veamos claro y confesémonos el uno al otro.

—Mi confesión, Eduardo, se resume en dos palabras: te amo.

—¿A mí solo?

—A ti solo.

—Es maravilloso.

—Pues así es.

—¿No será por haber leído en las gacetas mi triunfo en el concurso *Manón Lescaut.*

—Eso no tiene importancia: estabas en la cárcel. Para reunirme contigo he vendido mi *villa.*

—Nuestra *villa.* ¡Qué imprudencia! Ya no podremos retornar a ella.

—Yo no habría retornado.

—¿Por qué? ¿Ha ido a habitarla el señor Decoise?

—Ha querido ir. No debemos hablar más de él. ¿Pero qué ha pasado por tu corazón? El señor Dampierre me ha revelado que buscabas un avión para Cannes cuando te hizo meter en un calabozo. ¡Qué individuo tan innoble!

—Me ha prestado el mayor servicio posible.

—¿Impidiéndote buscarme? Eduardo, tú amas a otra mujer.

—Te juro...

—Es la única explicación. Si no amaras

a otra mujer, no me habrías olvidado. No me habrías olvidado tan pronto.

—La conservo a usted fielmente en mi recuerdo.

—Sí, a la manera de los hombres, como un ataúd en un panteón. Un panteón de familia para las mujeres amadas. Un panteón donde hay sitio siempre. No te hagas el hipócrita, Eduardo; tú amas a otra mujer.

—Bueno, sí.

—¡Ah, lo sabía!

Y redoblaron los sollozos. Ya no bastaría el pañuelo. Edgar Malval lo utilizaba con precaución, considerando, no sin pesadumbre, que hasta Holanda no se renovaría su ropa blanca.

—No es lo que se figura usted, Gisela. La mujer a quien amo no puede darle celos.

—¿Quién es?

—Es una mujerona estrepitosa y vistosa, que hace efecto, pero sobre todo desde lejos. Por supuesto, cuando se la conoce, ya no se puede prescindir de ella.

—¿Quién es?

—Llega de pronto, y sobreviene el flechazo. Se la pertenece.

—¡Ah, la perteneces! ¿Quién es? Acaso la conozco?

—Sí, la conoce, Gisela. Creo, inclusive, que es a ella a quien busca usted en mí y a quien buscaba antes que en mí en el señor Decoise.

—No hablemos más del señor Decoise. ¿Cómo se llama?

—Se llama la Celebridad.

—¡Ah! Bien veo que te burlas de mí. Cuando un hombre se burla de una mujer, ya no puede esperar ella nada de él. Esto se ha acabado. Estoy abandonada, estoy traicionada. Voy a morir.

—Gisela, sea prudente.

—Me has asesinado.

—No, no. Volveré, Gisela.

—¿Volverás? ¿Qué día?

—Más tarde. Cualquier día.

—Me encontrarás en el campo de aviación. Te veré descender del cielo.

—Por mí, Gisela, no se moleste.

Y mientras la consolaba, Edgar Malval hacía señas al señor Dampierre, quien se paseaba de un lado a otro, procurando arrimarse a cada vuelta.

—Venga, caballero—le gritó—. Se aproxima el instante de la separación. Le confío a la señora Désilières.

—Cuente conmigo.

—Está triste. Sea paciente.

—Lo seré.

—Juntos hablarán ustedes de mí.

—No quiero ver a nadie—protestó Gisela—. Por lo demás, no viviré mucho tiempo. Ya no tengo amante, ya no tengo *villa,* ya no tengo auto.

El banquero esbozó ademanes tranquilizadores, aunque apenas visibles, como conviene a un hombre galante. Y tranquilo, el autor de *Infelix amor* besó las mejillas de su amiga, a quien dejaba, y subió luego al vientre del avión, donde ya estaban alineados los paquetes de Max Beylier. En el momento de la partida se sintió invadir por una melancolía que la espantosa batahola de la hélice, comparable al trajín de la vida moderna, le impidió expresar y aun profundizar. ¿Por qué no amaba ya a aquella encantadora joven que se ofrecía y que desde el suelo tendía hacia él sus velos malva? Conforme había ella olvidado al señor Decoise, la olvidaba él a ella misma, célebre y colmado. ¿No podía amar, pues, más que en el infortunio, y la dicha le tornaba imposible el amor? Lanzado el avión, se despegó del césped, abandonando el terreno de aterrizaje, y en ruta hacia el norte, fué por los aires donde el novelista balan-

ceó este grave problema. Encima de la selva de Chantilly y del claro en que el castillo se duplica dentro del estanque, renunció deliberadamente a resolverlo. Había arrojado, como un lastre inútil, al hombre que en el tren azul extremara hasta el crimen el deseo de reunirse con Gisela...



VI

LA PARTIDA DEL RACING-CLUB

CARLOS Dampierre hizo parar su lemosina entre los dos lagos. Le aguardaría su *chauffeur;* deseaba pasearse solo a orillas del agua o bajo los árboles. ¿Cómo podía un banquero hallarse a semejante hora—las diez de la mañana, la hora sagrada en que se abre el correo llegado de todas partes del mundo y ostentando los sellos más varios, júbilo de los filatelistas—en pleno bosque de Boulogne, a la busca de juegos de aire libre y hasta encargado de una misión

de confianza para el Racing-Club por una mujer joven? Asustado él mismo del giro que tomaban los acontecimientos, se adentró a toda prisa por un sendero umbroso y empezó a extraviarse. Se extravió deliciosa y tristemente. Porque descubría la naturaleza, la de los verdores lozanos y ligeros de principios de mayo. Aspiraba ese olor de las mañanas de primavera, que parece proceder de los gérmenes en fermentación debajo de tierra. A lo largo de las avenidas ecuestres se deslizaban caballos de aterciopelado paso, escondidos a medias por las ramas. Una corza apacible se acercó a él sin manifestar la menor alarma. Conmovido con aquella ternura que le envolvía, dejó el camino para sentarse en la hierba. ¡Un banquero sentado en la hierba! Si el Consejo de Administración del Crédito Interaliado hubiera podido sorprenderle en tal postura, no cabe duda de que reclamaría su destitución en la primera asamblea de los funcionarios. Ya no se reconocía él a sí propio y se esforzaba por poner orden en sus recuerdos.

«Me ha rogado que en el Racing-Club me informe del próximo *match* de *tennis* y que me entere de si en él tomará parte el señor Decoise. ¿Pero dónde está el Ra-

cing-Club? No he ido ahí nunca. ¿Y a qué viene esa renovación de interés por el señor Decoise?...»

Le desconcertaba la actitud extraña de Gisela. Desde que Edgar Malval voló abandonándole a la joven, ésta permanecía inconsolable, aunque se dignaba aceptar todos los consuelos que intentaba él prodigarle en forma de regalos. La había instalado y amueblado un hotelito próximo a la avenida del Bosque, no sin trabajo, y a peso de oro, a causa de esa interminable crisis de la vivienda. Apenas le dió las gracias ella, y no le recibía allí más que de día, para llorar en sus brazos y desasirse en cuanto creía él poder estrechar la presión. ¿No había acabado por regañarla?

—Cuando añoraba usted al señor Decoise—le recordó—, era usted, con todo, la querida del señor Edgar Malval. Llore a su novelista, pero sea mía. No pido sino eso. ¿Acaso puedo mostrarme más conciliador?

—¡Qué grosero es usted!—le respondió Gisela sin miramientos—. No seré suya jamás.

—¿Por qué? Pero ¿por qué?

—Pues a causa del dinero. Debiera adivinarlo.

—¿Cómo? ¿A causa del dinero?

—Sin duda: ¿me cree usted una mujer que se vende?

—Que se vende, no, sino que se alquila.

—No tengo por qué hacer caso de sus insolencias. Me conoce usted mal, caballero. Yo amaba a Eduardo Malval aun antes de saberlo. Y por eso era suya.

—Pero la sostenía.

—¡Qué palabras usa! ¡Ah, no comprende usted nada a las mujeres! Y por añadidura las insulta.

Tuvo él que presentarle sus excusas y ofrecerle una sortija antigua para obtener de ella una simple sonrisa de conmiseración. No, no comprendía nada a las mujeres. Le era forzoso convenir en ello sobre la hierba donde se revolcaba a riesgo de manchar de verde su pantalón. Y a los hombres tampoco, si juzgaba por él mismo. ¡Qué apurado se veía para averiguar lo que le pasaba! Para ello se requería todo el genio del autor de *Infelix amor,* promovido de repente, por un azar del destino, a la categoría del mejor psicólogo de los tiempos modernos. Porque en algunas semanas había cambiado de un modo prodigioso. Aquella Gisela le enloquecía, no con el banal deseo que hasta entonces hubo de confun-

dir él con el amor, sino con una necesidad dolorosa de ternura y de caricias a la par, con una voz de dulzura apasionada que no oyera nunca y cuya música misteriosa le embriagaba y le enervaba a la vez. Tan pronto anhelaba romper con ella y desembarazarse de sus trabas o embarazarse a la fuerza, como se tendía a sus pies igual que un pobre perro, sin pedirle otra cosa que no rechazarle y soportar su presencia adorante. Luego, con vergüenza de estas locuras, ridículas en un hombre de su edad, de su peso intelectual, de su valer y de su importancia, se abalanzaba al Crédito Interaliado, cuyas cajas de caudales sacudía a la manera de Sansón desgajando las columnas del templo al recuerdo de Dalila. La Europa Central se resentía de ello. Polonia era conminada a restaurar su hacienda. A Checoeslovaquia se la invitaba a suministrar por adelantado una cifra engrosada con sus cosechas futuras. La reposición de Austria no se estimaba bastante pronta. Y ninguna de estas naciones sospechaba el origen de todos aquellos cambios de humor, a consecuencia de los cuales las bancas les abrían o les cerraban sus grifos. En cuanto al Crédito Interaliado, pasaba por alternativas de alza y baja como si se hu-

biera lanzado a toda velocidad por una pista de montañas rusas. Descendía al borde de la quiebra y se remontaba a la cima de la especulación. Así se procuraba Carlos Dampierre emociones violentas, por cuyo medio pensaba olvidar su tormento. No conseguía sino acrecentarlo, mezclándolo con las operaciones más aventuradas. Hacía de él un fetiche. Sufría su obsesión. Pero, por otra parte, su cuita le revelaba sensaciones desconocidas. ¿Habría sin ella hallado tanto encanto en aquella frescura de mayo, bajo las hojas nuevecitas, en aquellos cánticos de pájaros dentro del bosque, en el galope apagado de jinetes y amazonas entre las ramas, en la mirada enternecedora de una corza confiada? De él nacía un hombre diferente, y le inquietaba este personaje cual si la sombra que proyectaba no correspondiera a su propia forma.

¿Y aquel no menos incomprensible Edgar Malval, que se esquivaba a las persecuciones de la mujer más deseable, después de atracar, por amor a ella, a un financiero en una banqueta de vagón? ¿Cómo explicar su mudanza? Gisela le dirigía interminables cartas, a las cuales no respondía él jamás. Recortaba ella en los periódicos todos los sueltos que se referían

al conferenciante en las informaciones llegadas de Escandinavia. En los *fjords* obtenía triunfos por doquiera celebrando los crímenes pasionales.

—¿Qué puede usted decirle?—preguntaba el banquero a la señora Désilières.

—Que le amo.

—Escribe usted ocho o diez páginas.

—Viene en mi ayuda el señor Decoise, porque no tengo casi imaginación. Las mujeres no tenemos imaginación.

—¿El señor Decoise? ¡Ah, vamos! ¿Conque ha vuelto a verle?

—No, por cierto, aunque está en París y ha encontrado mi rastro. Pero me escribe cartas exaltadas en que me detalla su pena con tanta gentileza y emoción, que algunas veces lloro sola.

—¿Qué le importa la pena del señor Decoise?

—Me place tanto, que no tengo más que copiar sus cartas para enviárselas a Eduardo. Apenas hay necesidad de cambiar algunas palabras. Espero que el día menos pensado se deje conmover.

—¿Quién?

—Eduardo.

Contaba esta trasposición con tanto candor, que parecía de lo más natural el cam-

bio. Sin saberlo, y sobre todo sin quererlo, el señor Decoise le prestaba un servicio, no sospechando el uso que de su correspondencia hacía ella. Entretanto, le afirmaba sus nuevas *performances:* por ella quería recobrar la victoria, esperaba tornar a ser en breve campeón de Francia y quizá del mundo, y le suplicaba que asistiera a las próximas pruebas internacionales disputadas en el Racing-Club para la copa Davis. Por eso había ella expedido al banquero, igual que a un recadero, al bosque de Boulogne, para informarse de los días y de las horas.

Acordándose de su misión, Carlos Dampierre se levantó del claro en que soñaba e interpeló a un mozo que pasaba por las proximidades:

—¿El Racing-Club, hace el favor?

El individuo, que transportaba con orgullo accesorios de cultura física y participaba de la dignidad de los deportes, le midió con ojos despectivos:

—¿El Racing-Club? Eso no es para usted.

Pero, aunque Dampierre aceptara—sin gusto, además—que le sopapease una mujer, no extendía esta complacencia hasta los individuos de su sexo. Recuperando sin dila-

ción su acometividad de la guerra, brincó más rápido de lo que hubiera podido suponer su insultador, engañado por apariencias un poco macizas, le atrapó cuando escapaba y le distribuyó un par de pescozones con estas palabras:

—¿Y esto es para ti?

De pronto el otro le tomó por un profesional y le veneró:

—No se enfade; voy a acompañarle al Racing-Club, señor.

De tal suerte fué introducido en el santuario de los deportes del bosque, entre el lago grande y el Pré-Catelan, y delante del pabellón, semejante a un *cottage* en el verdor, cayó en medio de los atletas semidesnudos que se ejercitaban en la carrera a pie. Desde allí se le pasó a los terrenos de *tennis*, donde cambiaban pelotas unos blancos jóvenes.

«¡Cuántos empleados perdidos! —pensó—. Quizá estos señores, dóciles y sólidos, no fuesen aptos para manejar números; pero, para frotar los entarimados, cargar paquetes y servir de agentes de relación, serían perfectos, y su trabajo resultaría mucho menos penoso, sin contar una retribución prudencial...»

El señor Decoise estaba inscrito con sus

rivales Lacoste y Cochet para competir por la tarde con los campeones indios Sleem, Jacob y Fyzce. Sería el *match* de los sencillos, antes del de los dobles.

Quedaba cumplida su misión. Ya no tenía más que dar cuenta de ella a Gisela. Sin embargo, no se apresuraba por irse. Se había pronunciado en torno a él el nombre de Héctor Decoise, y deseaba ver a su rival, o más bien a su antiguo rival, hoy desgraciado. ¿No los reunía esta comunidad en el disfavor de una mujer, igual que un duelo congrega a menudo a parientes que se ignoran?

—Indíqueme al señor Decoise—mendigó de un desconocido.

—Aquí está. Señor Decoise, este caballero le llama.

Sin querer, se encontró en presencia de un aventajado joven de veinticinco años, vestido con un pantalón blanco y una camisa blanda de cuello abierto que dejaba adivinar un pecho firme, abombado, sólido, y una impecable plástica bastante rara en los campeones, por lo general desarrollados muscularmente con exceso en el sentido de su especialidad, y por consiguiente deformes y mal proporcionados. El rostro afeitado era regular, pero no inocente y vacío,

conforme ocurre con frecuecia a los atletas, sino, por el contrario, fino y suave, casi afeminado, con un resto de suficiencia anulado de un modo insuficiente. Vencedor, debía de ser insoportable. La duda de sí le arreglaba el semblante. No era intimidador; pero Dampierre no sabía qué decirle. Cogido de improviso, no pudo inventar una mentira y le fué forzoso revelar la verdad:

—La señora Désilières me ha encargado transmitirle que asistirá esta tarde a las pruebas de la copa Davis.

—¡Ah!—respondió el señor Decoise, ruborizándose—, vendrá.

El rubor le sentaba a maravilla, le rejuvenecía aún, le hacía simpático. Añadió, con un azoramiento creciente:

—¿La conoce usted, caballero?

¡Qué sandez! ¿Cómo era verosímil que aquel mensajero no la conociera? Y para subsanar su error, se informó:

—¿Es usted pariente suyo?

—No, su amigo.

Al punto el joven blanco contempló al banquero con un profundo horror y luego con un odio disimulado apenas. ¿No tenía delante de él al que le había sustituído y

suplantado, al famoso novelista Edgar Malval, a quien Gisela amaba?

—Le creía a usted en Noruega, caballero.

—No, no he ido allá nunca.

¡No había ido allá nunca! Aquella falsa noticia publicada por los periódicos acababa de encubrir el enredo de Gisela. Cada vez más entristecido, Héctor Decoise preguntó débilmente, como si implorara:

—Nuestros juegos frívolos no deben de interesarle. ¿Acompañará usted esta tarde a la señora Désilières?

—No puedo—replicó de buena fe Dampierre—, tengo muchas ocupaciones.

—Sin duda—aprobó el señor Decoise.

Y prosiguió con falsía:

—Permítame que lo lamente.

Pero el campeón recobraba ánimos. La presencia de aquel hombre, a quien creía un maestro en lides de amor, le habría paralizado. La de su antigua querida, sola y preocupada de verle combatir, le exaltaría. Ganaría la copa ante sus ojos. Se irguió y repitió inconscientemente su gesto satisfecho de otro tiempo, aunque sólo por un segundo o dos, por tres lo más. Gisela no respondía a sus cartas, Gisela amaba al gran hombre que estaba frente a él y

que poseía una especie de genio espiritual incomprensible para el cerebro de un artista de la cultura física.

Este equívoco les impidió intimar, lo cual habría sido naturalísimo en dos amantes desairados. Se separaron sin cambiar un apretón de manos. Uno pensaba: «¿Me la reintegrará la victoria?» Y el otro: «Este muchacho es guapo, bien formado, simpático a primera vista. Si olvida ella un día al pérfido Malval, será en los brazos de este luchador. ¿Cómo impedir a Gisela que venga aquí esta tarde?»

Carlos Dampierre regresó a su automóvil madurando este proyecto. Pero halló a la señora Désilières inflexible. No sólo asistiría a las pruebas francoindias que serían disputadas por la tarde en el bosque de Boulogne, sino que exigía que la acompañara el banquero.

—Irá usted, querido amigo, irá. Le sentará bien el aire.

—Imposible: tengo que tomar decisiones graves. No puede usted figurarse los desvelos que me ocasiona la Europa Central.

—Me tiene sin cuidado la Europa Central. ¿Conque no me concede usted ni eso?

—Pero si esta mañana misma, Gisela, he perdido el tiempo.

—¡Ah, qué manera de hablar! Por una vez que le pido un servicio insignificante, me acusa usted de hacerle perder el tiempo. Pues bien; no venga a buscarme, pero no venga nunca más.

—Vendré, Gisela, vendré.

—Enhorabuena, y no haga caso de la Europa Central.

—Eso no es fácil. Las mujeres no comprenden los negocios. Los embrollan de lo lindo.

—Con objeto de que puedan ustedes envanecerse de desembrollarlos.

A las cuatro de la tarde, la señora Désilières, escoltada del director del Crédito Interaliado, en divorcio con la banca, se instalaba en el Racing-Club sobre una banqueta de la tribuna de honor, entre los aficionados a los deportes, jóvenes de cuellos blandos y *blazers* rayados de rojo o de verde, jovencitas cuyos brazos desnudos y cuya garganta descubierta a medias estaban bronceados o rojos por las mordeduras del aire vivo, y cuyos perfiles imperiosos y herméticos mostraban la voluntad tendida hacia una meta. La blancura marmórea de Gisela resplandecía entre aquellas carnes recocidas o sanguíneas. A las pruebas internacionales de la copa Davis esta-

ba reservado el recinto rodeado de gradas y semejante a las arenas antiguas. Era un hermoso día de mayo, cálido ya. Por encima del anfiteatro se erguían algunos árboles de hojas tiernas, no para sombrearlo, sino para inclinarse con curiosidad sobre la jofaina donde iban a entrar en liza las Indias y Francia.

Lacoste por Francia y Sleem por las Indias, se disputaron el primer sencillo. El indio, tostado, flexible, atento, diestro cual un encantador de serpientes, pareció sobresalir al pronto: colocaba pelotas con un arte cabal, como se instala los cepos en que va a caer la caza. Nuestro campeón, larguirucho colegial delgado y casi encorvado, con una gorra blanca de larga visera a lo *jockey*, con brazos largos, con piernas largas y con un aire fatigado, libraba batalla con una flema encocorante, una ausencia total de esfuerzos y de efectos, una calma imperturbable y cercana a la indiferencia. Por poco se habría dormido. Luego, cuando hubo estudiado a fondo el juego del adversario, quien ya había ganado el primer *set* y las cuatro primeras jugadas del segundo, se despertó, y revelándose, a pesar de lo precoz, táctico consumado que maniobra a su hora, sin más es-

fuerzos ni efectos, con la misma calma, con la misma flema, con la misma indolencia, le dominó, atrayéndole a la red, cogiendo a voleo las pelotas, rechazándolas a las líneas extremas, constriñéndole a la carrera y al máximum de velocidad, o ejecutando con seguridad, para acabar, *smashes* irresistibles. Pareció tan fácil su victoria, que no apasionó a los espectadores. Le aplaudieron según había jugado él mismo: con negligencia.

En cuanto se presentó en la pista, regada y alisada de nuevo, Héctor Decoise tornó a ser el gran favorito del público. Su complexión vigorosa y no desgarbada, sus andares derechos y con los hombros hacia atrás, su rostro sin acentuación y de buen gusto, le atrajeron casi instantáneamente la benevolencia de las mujeres. Buscó a una con la vista en las gradas de las tribunas, y al descubrirla luminosa y clara entre las rojas y morenas habituales, se engalló. Pero no había atisbado más que a ella, sin el compañero misterioso de por la mañana, que la flanqueaba.

Comenzó la partida. El indio que se le había opuesto no poseía ninguna cualidad eminente: ni en el servicio, ni en la red, ni en los reveses a los *smashes;* pero, seme-

jante a un muro, rechazaba con su raqueta mágica todas las pelotas, hasta las que caían donde nadie podía prever, hasta las que llegaban serpenteando, hasta las cortas. Después de tantearle, Decoise se manifestó deslumbrador. «Nunca ha estado mejor dispuesto—opinaban los aficionados—, ni aun por la época de su triunfo en Cannes, hace dos años.»

Su juego era de precisión en la fuerza. A su retorno de América, los juegos de red, caros a los Lacoste y los Cochet, le habían hecho fracasar. Eran tan tirantes y tan rápidas las trayectorias de las pelotas lanzadas por él, que pasaban exactas y saltaban a lo largo, casi imposibles de recoger. Jacob, campeón de la Indias, las acechaba como una presa difícil; pero no las fallaba, hasta que Decoise, con una maestría incomparable, las distribuyó con tal arte brutal y tan fulminante velocidad sobre uno u otro cuadro, que el indio, atento y listo, se dejó distanciar por fin. Así fué ganado el primer *set* entre vivas.

Decoise, gozoso, brindó su victoria a la dama blanca que había elegido. Ésta, inclinada hacia Carlos Dampierre, escuchaba los cálculos del banquero:

—¿Por qué no se cruzan apuestas? Se

podría hacer dinero acá. Hay que reformar el Racing-Club. Evidentemente, ganará ese muchacho.

—¿Verdad que es guapo?—comprobó Gisela.

—Magnífico—aprobó su acompañante con melancolía; pero también quería él mostrarse jugador leal.

El campeón de Francia, que los observaba, se puso verdoso poco a poco. Gisela se exhibía con su amante. Ya ¿a santo de qué vencer? En el segundo *set* empezó a perder sus ventajas. Le quedaba su fuerza, no su precisión. Las pelotas pasaban del límite o caían en los pasillos. Perdió. Y desde entonces estuvo perdido. El indio ganó los dos últimos *sets* y fué proclamado vencedor.

—¡Qué torpe!—prorrumpió Gisela—. ¡Tan bien como había comenzado!

—¡Pero qué estilo el suyo!—protestó Carlos Dampierre, quien se asimilaba a toda prisa el lenguaje de los profesionales—. Es soberbio.

—¿Se lo parece?

—Hace un rato, usted misma le proclamaba guapísimo.

—¿Yo? Se equivoca, amigo mío: era

usted, cuya exaltación yo atemperaba. Fíjese; nadie le mira.

—Es injusto; vamos a consolarle.

—Me muero de sed; vaya usted solo. Me encontrará en el *restaurant,* adonde corro a refrescarme.

Decoise, friccionado, mudado de camisa y ceñido en una toalla, recibió con asombro y amargura la visita del señor Dampierre. Tenía mucha juventud para disimular su rencor:

—Regocíjese, caballero, que ha hecho vencerme.

—¿Por qué voy a regocijarme de su derrota?—replicó el banquero, atónito.

—Cuando le he visto a usted con Gisela me ha dado un vuelco el corazón. Por eso he perdido.

—La señora Désilières no es ¡ay! más que una amiga para mí.

—¿Gisela una amiga para el novelista Edgar Malval, cuyo genio maléfico han proclamado a son de bombo y platillos los periódicos? ¡Pero si tomó en Cannes el tren de las flores para reunirse con usted lo antes posible!

—Yo no soy el señor Malval. Soy el señor Dampierre, director del Crédito Interaliado.

—¡Haberlo dicho más pronto! A estas horas habría ganado yo la copa Davis y quizá su corazón. Ya es demasiado tarde. Sin embargo, se me vuelve usted más simpático.

—Se le corresponde. Gisela me aguarda. Vamos con ella.

Gisela los vió llegar juntos, y furiosa ante este buen acuerdo, reclamó al punto un automóvil:

—Hasta la vista, señores; los dejo.

Pero ellos no se entristecieron en demasía por tal marcha, siendo dos como eran, y decidieron quedarse en el bosque para comer allí. En el transcurso de la refección, callaron o hablaron de ella. Silencio y palabras se equiparaban, cargados de un pensamiento único.

—Me ha amado y no me ama ya—se quejó Decoise.

—No me ha amado nunca—suspiró Dampierre.

—Es peor mi caso.

—¿Cómo lo sabe usted?

Este debate los apasionó toda la velada. Les costó trabajo separarse y resolvieron verse frecuentemente.



VII

LOS DIÁLOGOS DEL PRÉ-CATELAN

CUANDO estuvieron reunidos en su mesa, Edgar Malval los arengó. De viaje había adquirido la costumbre de los brindis:

—Señores, Cándido en Venecia ofreció una cena a seis reyes destronados. Yo me contento esta noche con la mitad.

Carlos Dampierre, Héctor Decoise y el editor Max Beylier se interrogaban con la mirada. Los asaltó una misma inquietud. ¿Se habría vuelto loco una vez más el autor de *Infelix amor* en el curso de sus andan-

zas por las nieves? Los había hecho ir a comer al Pré-Catelan, y su mesa escogida se apoyaba en la vidriera, a través de la cual los árboles del bosque, entre la neblina transparente de la noche, semejaban un parque submarino, mientras, bajo las lámparas eléctricas, ellos mismos y los demás comensales, sobre todo las mujeres con sus fundas de oro o de plata y sus cendales o sus chales multicolores, evocaban desde fuera la imagen de peces en un acuario luminoso.

—Estamos en república—objetó el editor—, *Doumergue regnante.* ¿Lo ha olvidado usted quizá o no lo ha sabido nunca, en tanto le recibían los soberanos polares? Pero acaso haya invitado a los señores Millerand, Poincaré y Raul Péret. Tres presidentes en el destierro es la equivalencia para una democracia.

—¡No se trata de eso!—replicó desde su altura el ilustre viajero—. Yo no me ocupo de esas contingencias. El cambio es condición de los imperios, y los pueblos se imaginan descubrir en él un remedio a sus males, que vienen a ser análogos de continuo. Dejémoslos con su ilusión. Sólo hay un móvil digno de atraerlos.

—¿Cuál, mi querido autor?

—El amor, por supuesto. Y aquí estamos tres que hemos perdido el de Gisela. Los verdadero reyes destronados son los amantes despedidos.

El editor reclamó explicaciones. Cuando supo que Gisela era la heroína verídica de *Infelix amor* y sería por añadidura la de *Felix amor,* se interesó por el asunto como por un ejemplar de lujo en papel de China o del Japón.

—¿Me presentará a esa señora?

—Inútil—declaró Malval—. Usted está fuera de cacho.

Resulta siempre vejatorio, cuando se es joven todavía, bien portado y agradablemente orgulloso, verse exceptuar así de una discusión de este orden. Max Beylier estimó que su autor tomaba excesivos vuelos y que convendría disminuir sus tiradas. Ya se había lanzado éste a los comentarios, cual a los obstáculos un caballo de concurso hípico:

—¿No conoce la respuesta de aquel gran señor a quien Luis XV preguntaba de un modo bastante indiscreto cómo hacía el amor? «Señor, dijo, lo compro hecho.» Pues bien; usted, Max Beylier, no lo compra, lo vende.

—¿Que lo vendo?

—Y lo fabrica. Nuestras novelas son los pastelillos que distribuye usted, mediante una remuneración apreciable, a todas las bocas enloquecidas de deseo.

—¿Los pastelillos? Los hay grandes.

—Ya lo ve. Los sirve calientes y no los come. Déjenos divagar en compañía de un fantasma. Siempre irá a parar todo esto a casa de usted en forma de historias o de máximas.

—Prefiero las historias.

—Porque en Francia todo acaba por libros.

Luego, encarándose con Decoise, el novelista interpeló:

—Comencemos por su raqueta y ya nos devolverá la pelota. Usted es el primero en fecha.

Los tres enamorados de Gisela se sonrieron con aire clandestino. Formaban entre sí una sociedad secreta, una francmasonería de la cual estaba excluído Max Beylier. El editor se descubrió abandonado y desconsiderado. Un ser invisible se había deslizado hasta su mesa. Seguía siendo el mismo el número de comensales; el mismo, y, sin embargo, diferente. Una mujer y tres hombres, una mujer que pasaba de las rodillas de uno a las rodillas de otro; tres

hombres y nada más: el que se creía allí sentado cerca de ellos, el cuarto, no era sino una apariencia. Ocupaba un sitio engañoso, porque estaba relegado al otro extremo del mundo.

Héctor Decoise, en vez de responder al llamamiento, se abismó en sus recuerdos, y si respondió en voz alta, lo hizo sin mucha coherencia:

—El primero, el segundo *set*. Y todos los demás por el ascendiente de los dos primeros. Los dobles como los sencillos. El campeonato. El triunfo. Se ve uno en las miradas de todas las mujeres. Ella se ofrece, blanca como un ramillete. La aspiro: ¡qué bien huele! Pero hace falta poder tirarlo. Ella no se va. Un vencedor está muy ocupado. Su vida se llena como una copa. Bebe y no la vacia nunca. Esa mujer, sin embargo, reclamaba su parte. Un vencedor es muy egoísta. ¿Será verdad que un vencedor no puede amar?

—Es verdad, es verdad—aprobaron los otros dos.

—¡Pues vaya!—quiso protestar Max Beylier.

Pero se le cerró la boca. No se debía oír el metal de su voz, puesto que estaba al otro extremo del mundo: cuando más,

se le permitiría cablegrafiar al final de la comida o enviar un parte por telegrafía sin hilos. Y el atleta, alentado, empezó a dar mejor con las palabras apropiadas:

—Sí, yo era harto dichoso para amar. Un hombre dichoso nada en su dicha sin poder abordar a ninguna parte. Es un ejercicio muy absorbente y que no deja lugar a nada. No se imagina uno que haya sitio en la vida para otra cosa. Y salí para las Américas, entonces que Gisela me adoraba.

—No me lo ha ocultado ella—atestiguó Malval.

—Pero volví. No conviene volver, no conviene volver nunca ni mirar atrás. Cuando se es dichoso precisamente, no se vive sino los instantes actuales, a medida que van llegando, y esta sucesión sin lazos no crea la presencia amorosa. Volví y Lacoste me venció. Al punto empecé a acordarme de Gisela y a amarla. La derrota me reintegraba al pasado. Ya no era impermeable para el recuerdo y para la ternura. Anhelaba un hombro de mujer donde apoyar mi mejilla, y este anhelo no tendía más que a Gisela. Desearía confiarle mi debilidad y se me antojaba que, si ella la hubiera consolado, habría sido yo más dichoso que con la dicha misma

y con la victoria. Pero, como estaba vencido, las mujeres habían cesado de ofrecerse a mí. Gisela hizo lo que las demás mujeres. ¿Podía guardarle yo rencor por no ser distinta a las demás? ¿Será posible que las mujeres se aparten de los derrotados?

—Todo es posible, querido amigo, por parte de esas criaturas perfectas.

Agotado por sus confidencias, Decoise inclinó el rostro sobre su plato. Unas lágrimas, algunas lágrimas, cayeron sobre sus fresas con crema, aunque no cayeron en bastante cantidad para que la crema se agriase. Era el más joven del grupo. Podía sin excesiva ridiculez llorar un poco sobre un postre del que se le había privado a menudo en su infancia. Pero levantó la cabeza con aire de reto, cual hombre acostumbrado a los *matches:*

—Señores, les toca a ustedes.

—Aguarden, aguarden—intervino el editor—. Es menester escribirme todo eso, caballero. Y aquí tiene un título excelente: *Del tennis al amor*. Lo principal es un título. Con un buen título, ya está lanzado un libro. Vamos a firmar el contrato.

—No sé escribir—protestó el antiguo campeón.

—Dictará usted.

—Eso es más delicado todavía.

—Bueno, bueno, no se preocupe. Escogeremos un colaborador en la brigada de mis presidiarios. Sin duda preferimos a los muertos que no reclaman. Pero podemos entendernos asimismo con los vivos. Y siempre doy yo el toque definitivo. Pregunte al señor Malval.

—Oiga, oiga...

—¿Es que no le he corregido a usted?

—Ni por asomo.

—Usted había escrito en su manuscrito: «Aquella locura me plugo.» Yo introduje esta modificación: «La locura me plugo.»

—Eso no es nada.

—¿Cómo que no es nada? Pues es todo un cambio de estilo, lo concreto sustituído por lo abstracto. «La locura», ya se ve. «Aquella locura» no dice nada. Los autores no se percatarán jamás de todo lo que deben a sus editores. En resumen, de éstos procede su talento.

—Pero ellos nos deben su dinero—lanzó Malval para hacerle callar—. Ha interrumpido usted nuestra conversación pasional; a fin de castigarle, le pasaré la cuenta de la cena.

—Acepto, con la condición de que el se-

ñor Decoise me autorice a publicar *Del tennis al amor*.

—Déjenos tranquilos—terció el banquero—; no hemos venido aquí para tratar negocios. Le toca a usted, Malval. ¿No ha destronado al señor Decoise?

—Me he destronado yo solo—suspiró éste.

El novelista lo corroboró:

—Nada más exacto. Arrojamos nosotros mismos nuestras coronas. Después de la marcha de usted, se me apareció Gisela con el rostro de luto. Su desdicha me interesó; me comunicó ella una parte de la tal, la mayor, porque es generosa. Aceptó mis consuelos. Y cuando no estuve en situación de suministrarle más, con una naturalidad puntual me condujo hasta el tren como se conduce a una oveja al matadero, a una víctima al sacrificio. Veía siempre a un guapo joven blanco que se le asemejaba a usted, Decoise, igual que un hermano y que ya no era usted. Separado de ella, he conocido los trances de la agonía. En el tren azul dormía a mi lado un hombre que representaba todas las posibilidades de reunirme con Gisela y de consolarla aún. Viví entonces instantes magníficos, casi tan intensos cual los de la guerra, aunque re-

conozco que de calidad inferior. Cometí un crimen. Ustedes no han cometido un crimen, señores. ¿No soy yo quien la ha amado más?

—Ese crimen le ha aprovechado, Malval.

—¿Podía yo adivinarlo? Tuve la sensación de llegar al fondo del abismo.

—Yo le saqué de él—convino modestamente el director del Crédito Interaliado.

—Por lo pronto, no se lo agradecí en modo alguno. Su revólver me fascinaba, simbolizando el fin delicioso de mis caros males. Cuando lo bajó usted, me enojé por ello. Pero me salvó a mí mismo, constriñéndome a la confesión. Una desdicha que se cuenta, se torna soportable al punto.

A raíz de este axioma, exultó Max Beylier:

—¡Caray! La literatura es la salvación del mundo. Chateaubriand escribe *René* y Goethe *Werther*. Los lanza su editor y mueren a los ochenta años. ¡Ah, si no hubieran tenido éxito! Eso sí que es motivo para el suicidio.

Pero de nuevo le midió el banquero de pies a cabeza:

—Sus interrupciones, señor mío, resultan intempestivas. Departimos en serio.

—¿Acaso hay algo más serio que una novela de amor?

—Lo hay, caballero, y es el hecho de donde se ha extraído la novela, la carne que cuelga de ella y la sangre de que está manchada.

—¡Y es un financiero quien habla! Pero olvida usted al editor, que cura todas las heridas, salvo, no obstante, las del amor propio.

—Usted me había sacado del abismo—repuso Malval—; pero creyó volver a sumirme en él metiéndome en la cárcel. Entretanto, obtenía yo el premio *Manón Lescaut*.

—Cincuenta mil francos—acentuó Max Beylier.

—Era lanzado mi libro.

—Por mí.

—La gloria me visitaba en mi celda.

—Yo iba a verle.

—Me deslumbró. A distancia, deslumbraba lo mismo que Gisela, que fletó una cesta de flores para venir a reunirse conmigo, como Lohengrin fletara un cisne. Pero también era yo harto dichoso para amar, Decoise. Había amado en el infortunio y hasta en el crimen, usted lo sabe. El amor me abandonó en el triunfo sin avisarme.

Al estudio de esta evasión consagro mi segundo libro.

—¿Y explica usted por qué?—interrogó Decoise con curiosidad.

—No explico nada. No deduzco tesis. Ya no están de moda las tesis. Y cuanto más misterioso permanece nuestro análisis, mejor demostramos nuestra fuerza psicológica. En Gisela se había producido el fenómeno inverso. No había podido amarme en Cannes, desconocido, enamorado y fiel; no bien fuí célebre, sintió el flechazo. La dicha es muy absorbente, según nos ha revelado Decoise. No deja sitio para el amor. Y también yo salí camino de las nieves, dejando debajo de mí (salía en avión) a una mujer adorable que me adoraba.

—Me la abandonó — continuó Carlos Dampierre, que recogía la pelota en su raqueta—. Conforme hizo usted después de la marcha del señor Decoise, me esforcé por consolarla. Aceptó, como los anteriores, mis consuelos. Pero, por un refinamiento de crueldad que hace de mí el más desdichado de nosotros tres, no me ofreció ninguna compensación a cambio.

—¡Eso no es posible!

—¡Eso no es razonable!

—Me habría contentado, señores, con el placer, que, aun sin amor, tiene sus ventajas.

—No son considerables.

—Y no se contenta uno con eso jamás.

—Se me antoja—murmuró el banquero, saturado de melancolía—que, con mi sentido práctico, yo sí me habría contentado...

—Ni por asomo: en cuanto se ama, se intelectualiza el placer y se persigue en vano.

Servidos los licores, los cuatro comensales encendieron cigarros. Afuera, atraídos por la música y la luz, ni más ni menos que mariposas nocturnas, se habían aglomerado los paseantes del bosque para asistir, siquier de lejos, a los escarceos de los peces de fuego en el acuario. Y entregándose mejor al espectáculo, giraban parejas en el espacio vacío entre las mesas.

—¡Gisela!—reconoció Decoise.

Y este grito fué repetido dos veces. Cada cual de los tres por separado había sentido estallar su corazón. Pero una pena se reparte como una torta: devorada entera, ahoga; cortada en trozos iguales, se digiere.

La joven, en traje malva, como un lirio pálido, cimbreante y lasciva, bailaba el tan-

go con un compañero desmañado, apelmazado y barbudo.

—El diputado Caliban —declaró Max Beylier, al corriente del todo París—. Es socialista y además millonario.

—Estupendo—concluyó Malval, reponiéndose de su turbación el primero—. Las elecciones del 11 de mayo han dictado a nuestra amiga su deber.

—¿Su deber?

—Su deber más claro, que consiste en ir adonde va el viento, con objeto de no equivocarse. La suerte le designó al hermoso Decoise, campeón de la cultura física. Yo representé la literatura a sus ojos. Y ahora llega el turno al poder. Para tantas adorables mujeres que no saben elegir, el amor tiene que reducirse al éxito, que constituye la fachada de la fuerza. Porque necesitan apoyo.

—¿Y yo?—aventuró el banquero—. ¿Me olvida usted en esos apotegmas?

—Le olvido adrede. El dinero no es más que una ficción.

—¿Cómo que una ficción?

—Un pedazo de papel si lo prefiere. No falta nunca para la guerra, no falta nunca para el amor. ¿No le despojé a usted?

—Si tuviera el menor pudor, cortaría esas alusiones.

Pero Edgar Malval, inspirado, no tenía ya el menor pudor. Se detuvo, sin embargo, en esta conclusión:

—El amor en el hombre se limita a una debilidad. Cuanto más débil es, más ama. Y por eso añade con tanta facilidad el amor al infortunio. Más tarde, cuando se acuerda, los prefiere, juntos inclusive, a la dicha mayor.

Luego, no bien un ceremonioso lacayo le presentó la cuenta, le rogó que la pasase al plato de Max Beylier:

—Ese manuscrito es para usted, mi querido editor.

El otro lo aceptó como una letra de cambio:

—Lo descontaré de los derechos de todos ustedes por su futura obra escrita en colaboración. Ya he encontrado título.

—¡Dale!

—*Los diálogos del Pré-Catelan.* En caso necesario, para que tenga más unidad, la redactaré yo mismo. Me basta con sus firmas. Son conocidas en tres mundos diferentes: el de los deportes, el de las finanzas y el de las letras.

Gisela, describiendo círculos prolongados

con voluptuosa lentitud, a los sones dolorosos del *jazz-band*, divisó y afrontó a sus tres enamorados de la víspera, de la antevíspera y de antes. Asombrada quizá, satisfecha de seguro al verlos juntos y en perfecta armonía, les dedicó tres sonrisas graduadas.

—Me ha sonreído.

—Me ha sonreído.

—A mí también.

Y como el atleta y el banquero se sumergieran en las tinieblas del recuerdo y de la esperanza, los sacó de ellas Edgar Malval:

—Ha depositado una corona sobre cada una de nuestras tumbas. *Infelix amor:* el amor y la dicha son enemigos. Hay que escoger entre ellos. Pero ¿qué es la dicha sin amor?

París, abril - mayo - junio 1924.

